LIBROdot.com

HERMANN HESSE

Siddhartha

Primera Parte

Capítulo I
El Hijo del Brahman

A la sombra de la casa, al sol de la orilla del río, junto a las barcas, a la sombra de los sauces, a la sombra de las higueras, creció Siddhartha, el hijo hermoso del brahmán, el joven Falke, junto con Govinda, su amigo, el hijo del brahmán. El sol quemó sus claras espaldas a la orilla del río, al bañarse, al hacer las abluciones sagradas, al realizar los sacrificios sagrados. Sus ojos negros se cubrían de sombras en el bosque, sagrado, en el juego infantil, escuchando los cantos de la madre, en los sacrificios divinos, en las lecciones de su padre, el sabio, en las conversaciones con los doctos. Hacía tiempo que Siddhartha tomaba parte en las conversaciones de los sabios, se ejercitaba en la polémica con Govinda en el arte de la meditación, en el servicio de la introspección. Ya comprendía la palabra de las palabras, para pronunciar silenciosamente el Om, pronunciarlo hacia afuera con la espiración, con alma concentrada, con la frente nimbada por el resplandor de los espíritus que piensan con diafanidad. Ya comprendía en el interior de su alma las enseñanzas de Atman, indestructible, unido al universo.
El corazón de su padre estaba lleno de alegría por el hijo, el inteligente, el sediento de ciencia, en el que veía formarse un gran sabio y un gran sacerdote, un príncipe entre los brahmanes.
En el pecho de su madre saltaba el contento cuando le veía caminar, cuando le veía sentarse y levantarse; Siddhartha, el fuerte, el hermoso, el que andaba sobre sus piernas esbeltas, el que la saludaba con toda dignidad.

El amor se conmovía en los corazones de las jóvenes hijas de los brahmanes cuando Siddhartha pasaba por las calles de la ciudad, con la frente luminosa, con los ojos reales, con las estrechas caderas.
Pero más que todas ellas le amaba Govinda, su amigo, el hijo del brahmán. Amaba los ojos de Siddhartha y su encantadora voz, amaba su andar y la completa dignidad de sus movimientos, amaba todo lo que Siddhartha hacía y decía, y amaba, sobre todo, su espíritu, sus altos y fogosos pensamientos, su ardiente voluntad, su elevada vocación.
Govinda sabía. "Este no será un brahmán cualquiera ni un perezoso oficiante en los sacrificios, ningún avaricioso comerciante de conjuros milagrosos, ningún vano y vacío orador, ningún malvado y astuto sacerdote, ni tampoco un buen cordero, un estúpido cordero en el rebaño de los muchos." No, y tampoco él, Govinda, quería ser un brahmán como uno de los cien mil que hay. Quería seguir a Siddhartha, el amado, el magnífico. Y si Siddhartha llegaba un día a ser dios, si algún día tenía que ir hacia el Esplendoroso, Govinda quería seguirle como su amigo, como su acompañante, como su criado, como su escudero, como su sombra.
De esta forma amaban todos a Siddhartha. A todos causaba alegría, era un placer para todos.
Pero él, Siddhartha, no se causaba alegría, no era un placer para sí mismo. Vagando por los senderos rosados del huerto de higueras, sentado a la sombra azul del bosque de la contemplación, lavando sus miembros en el baño diario de la expiación, sacrificando en el sombríos bosque de mangos, en la inmensa dignidad de sus gestos, querido de todos, siendo la alegría de todos, no tenía, sin embargo, ninguna alegría en el corazón. Le venían sueños y enigmáticos pensamientos de las fluyentes aguas del río, de las refulgentes estrellas de la noche, de los ardientes rayos del sol; le venían sueños e intranquilidades del alma con el humo de las hogueras de los sacrificios, de las exhalaciones de los versos del Rig-Veda, destilados gota a gota por los maestros de los viejos brahmanes.
Siddhartha había empezado a alimentar dentro de sí el descontento. Había empezado a sentir que el amor de su padre y el de su madre, y hasta el amor de su amigo Govinda, no le harían feliz para siempre y en todos los tiempos, ni le tranquilizarían ni le satisfarían. Había empezado a sospechar que su venerado padre y sus otros maestros, que los sabios brahmanes ya le habían enseñado la mayor parte y lo mejor de su ciencia, que ya habían vaciado en su vaso expectante todo su contenido, y el vaso no estaba lleno, el espíritu no esta saciado, el alma no estaba tranquila, el corazón no estaba silencioso. Las abluciones estaban bien, pero eran agua, no borraban los pecados, no aplacaban la sed del espíritu, no aliviaban las penas del corazón. Los sacrificios eran excelentes, así como las invocaciones de los dioses. Pera ¿era esto todo? ¿Daban felicidad los sacrificios? ¿Yqué había de los dioses? ¿Era cierto que Prajapati había creado el mundo? ¿No era él el Atman, El, el Unico, el Todo y Uno? ¿No eran los dioses formas creadas como tú y yo, sujetas al tiempo, perecederas? ¿Era, pues, bueno, era justo, era una acción tan llena de sentido sacrificar a los dioses? ¿A quién otro había que hacer sacrificios, a quién otro rendir culto más que a El, al Unico, a Atman? ¿Y dónde encontrar a Atman, dónde moraba El,

dónde latía su Corazón eterno sino en el propio yo, en lo más íntimo, en lo indestructible que cada uno lleva en si? Pero ¿dónde estaba este yo, este íntimo, este último? No era carne y hueso, no era pensamiento ni conciencia, como enseñaban los más sabios. ¿Dónde estaba, pues? ¿Dónde? ¿Adónde dirigirse? ¿Al yo, a mí, a Atman? ¿Había otro camino que mereciera la pena buscarlo? ¡Ah, nadie le mostraba este camino, nadie lo conocía, ni el padre, ni los maestros y sabios, ni las santas canciones de los sacrificios! Todo lo sabían los brahmanes y sus libros santos; ellos lo sabían todo, por todo se habían preocupado, por la creación del mundo, por la conversación, el alimento, el inspirar y el espirar, la ordenación de los sentidos, los hechos de los dioses. Sabían infinitamente mucho; pero ¿de qué valía saber todo esto si ignoraban el Uno y lo Unico, lo Más Importante, lo Unico Importante?

Cierto que muchos versos de los libros sagrados, que los Upanishadas del Sama-Veda, hablaban de este Más Intimo y Ultimo en versos magníficos. "Tu alma es todo el mundo", estaba allí escrito, y escrito estaba también que el hombre que duerme en el sueño profundo se acerca a su Más Intimo y habita en Atman. En estos versos se encerraba una ciencia maravillosa, todo el saber de los más sabios estaba aquí concentrado en mágicas palabras, puro como la miel recolectada por las abejas. No, no era de despreciar el cúmulo de conocimientos reunidos y conservados aquí por toda una serie de generaciones de sabios brahmanes. Pero ¿dónde estaban los brahmanes, dónde los sacerdotes, dónde los sabios o penitentes, que habían logrado no simplemente saber, sino vivir, toda esta ciencia profundísima? ¿Dónde estaba el conocedor que habiendo reposado en Atman durante el sueño mostrara sus maravillas durante la vigilia, la vida, el andar, el hablar y las acciones? Siddhartha conocía a muchos venerables brahmanes, a su padre ante todos, el puro, el sabio, el más venerable. Su padre era digno de admiración, serena y noble era su conducta, pura su vida, sabia su palabra, sutiles y profundos pensamientos habitaban en su frente; pero también él, el que tanto sabía, ¿vivía feliz? ¿Tenía paz? ¿No era también un buscador, un sediento? ¿No tenía que estar siempre buscando en las fuentes sagradas y beber en ellas como un sediento, en los sacrificios, en los libros, en los diálogos de los brahmanes? ¿Por qué había de afanarse cada día en la purificación, él, el incensurable? ¿No estaba Atman en él, no manaba en su corazón la fuente ancestral? ¡Había que buscar esta fuente ancestral en el propio yo, había que apropiársela! Todo lo demás era vagar, inquirir, errar.

Así eran los pensamientos de Siddhartha, esta era su sed, estos sus dolores.

Recitaba a menudo para sí estas palabras de una Chandogya-Upanishada: "En verdad, el nombre del brahmán es Satyam; cierto que quien sabe esto entra a diario en el mundo celestial." El mundo celestial brillaba cercano a menudo, pero nadie lo había alcanzado del todo, nadie había apagado la última sed. Y de todos los sabios y sapientísimos varones que él conocía y cuyas enseñanzas había recibido, ninguno de todos ellos había alcanzado del todo el mundo celestial que había de aplacarles la eterna sed.

-Govinda- dijo Siddhartha a su amigo-, Govinda, querido, ven conmigo bajo el banano, procuremos meditar.

Se iban bajo el banano, se sentaban en el suelo: aquí, Siddhartha, veinte pasos más allá, Govinda. Mientras se sentaba, dispuesto a recitar el Om, Siddhartha repetía murmurando estos versos:
Om es el arco; la flecha, el alma;
Brhama es de la flecha el blanco,
que debe alcanzar infaliblemente.
Cuando hubo transcurrido el tiempo acostumbrado de ejercicios de meditación, Govinda se levantó. Había llegado la noche, era hora de las abluciones vespertinas. Gritó el nombre de Siddhartha. Siddhartha no respondió. Siddhartha estaba ensimismado, sus ojos miraban fijamente a un punto muy lejano, la punta de su lengua asomaba un poco entre los dientes, parecía no respirar. Estaba sentado, completamente extasiado, pensando en Om; su alma, como flecha, había partido hacia Brahma.
Una vez pasaron por la ciudad de Siddhartha unos samanas, ascetas peregrinos, tres secos y apagados hombres, ni viejos ni jóvenes, con las espaldas polvorientas y ensangrentadas, casi desnudas, abrasadas por el sol, rodeados de soledad, extraño y enemigo del mundo, extranjeros y chacales hambrientos en el reino de los hombres. Tras ellos soplaba ardiente un perfume de serena pasión, de servicio destructor, de despiadado ensimismamiento.
Por la noche, después de la hora de examen, habló Siddhartha a Govinda:
-Mañana temprano, amigo mío, Siddhartha se irá con los samanas. Quiere ser un samana.
Govinda palideció, pues había oído aquellas palabras y en el rostro inmóvil de su amigo leía la decisión, imposible de desviar, como la flecha que partió silbando del arco. En seguida, y a la primera mirada, Govinda conoció que Siddhartha iniciaba ahora su camino, que su destino principiaba ahora, y con él, el suyo también. Y se puso pálido como una cáscara de banana seca.
-¡Oh Siddhartha!-exclamó-, ¿te lo permitirá tu padre?
Siddhartha miró a lo lejos, como quien despierta. Con la rapidez de una saeta, leyó en el alma de Govinda, leyó la angustia, leyó la resignación.
-¡Oh Govinda! -dijo en voz baja-, no debemos prodigar las palabras. Mañana, al romper el día, tengo que iniciar la vida de los samanas. No hablemos más de ello.
Siddhartha entró en el cuarto donde su padre estaba sentado sobre una estera de esparto, y se colocó a su espalda, y allí estuvo hasta que su padre se dio cuenta de que había alguien tras él. Habló el brahmán:
-Eres tú, Siddhartha? Di lo que tengas que decir.
Habló Siddhartha:
-Con tu permiso, padre mío. He venido a decirte que deseo abandonar tu casa mañana e irme con los ascetas. Es mi deseo convertirme en un samana. Quisiera que mi padre no se opusiera a ello.
El brahmán calló, y calló tanto tiempo, que en la ventana se vio caminar a las estrellas y cambiar de forma antes que se rompiera el silencio en la habitación. Mudo e inmóvil,

permanecía el hijo con los brazos cruzados; y las estrellas se movían en el cielo.
Entonces habló el padre:
-No es propio de brahmanes pronunciar palabras enérgicas e iracundas. Pero mi corazón está disgustado. No quisiera oír por segunda vez este ruego de tu boca. El brahmán se levantó lentamente. Siddhartha estaba mudo, con los brazos cruzados.
-¿A qué esperas? -preguntó el padre.
Habló Siddhartha:
-Ya lo sabes.
El padre salió disgustado del cuarto; disgustado, se acercó a su cama y se tendió en ella.
Al cabo de una hora, como el sueño no viniera a sus ojos, el brahmán se levantó, paseó de un lado para otro, salió de la casa. Miró al interior por la pequeña ventana del cuarto y vio en él a Siddhartha, con los brazos cruzados, inmóvil. Su túnica clara resplandecía pálidamente. Con el corazón intranquilo, el padre volvió a su lecho.
Una hora más tarde, como el sueño no viniera a sus ojos, el brahmán se levantó de nuevo, paseó de aquí para allá, salió delante de la casa, vio salir la luna. Miró al interior del cuarto por la ventana, allí estaba Siddhartha, inmóvil, con los brazos cruzados; en sus piernas desnudas relumbraba la luz de la luna. Con el corazón preocupado, el padre se volvió a la cama.
Y volvió pasada una hora, y volvió pasadas dos horas, miró por la ventana, vio a Siddhartha en pie, a la luz de la luna, a la luz de las estrellas, en las tinieblas. Y volvió a salir de hora en hora, silencioso, miró dentro del cuarto, vio inmóvil al que estaba en pie; su corazón se llenó de enojo, su corazón se llenó de intranquilidad, su corazón se llenó de vacilaciones, se llenó de dolor.
Y en la última hora de la noche, antes que viniera el día, volvió de nuevo, entró en el cuarto, vio en pie al joven, que le pareció grande y como extraño.
-Siddhartha -dijo-, ¿a qué esperas?
-Ya lo sabes.
-¿Vas a estarte siempre así, en pie, esperando, hasta que sea de día, hasta que sea mediodía, hasta que sea de noche?
-Estaré en pie, esperando.
-Te cansarás, Siddhartha.
-Me cansaré.
-Tienes que dormir, Siddhartha.
-No dormiré.
-Te morirás, Siddhartha.
-Moriré.
-¿Y prefieres morir antes que obedecer a tu padre?
-Siddhartha siempre ha obedecido a su padre.
-Entonces, ¿renuncias a tu propósito?
-Siddhartha hará lo que su padre le diga.
El primer resplandor del día penetró en la estancia. El brahmán vio que las rodillas de Siddhartha temblaban ligeramente. Pero en el rostro de Siddhartha no vio ningún

temblor; sus ojos miraban a lo lejos. Entonces conoció el padre que Siddhartha ya no estaba con él, ni en la patria, que ya le había abandonado.
El padre tocó las espaldas de Siddhartha.
-Irás al bosque -dijo- y serás un samana. Si en el bosque encuentras la felicidad, vuelve y enséñame a ser feliz. Si encuentras la decepción, entonces vuelve y juntos ofrendaremos a los dioses. Ahora ve y besa a tu madre, dile adónde vas. Para mí aún hay tiempo de ir al río y hacer la primera ablución.
Quitó la mano de encima del hombro de su hijo y salió. Siddhartha se tambaleaba cuando intentó caminar. Se impuso a sus miembros, se inclinó ante su padre y fue junto a su madre para hacer lo que su padre había dicho.
Cuando a los primeros albores del día abandonó la ciudad, todavía silenciosa, lentamente, con sus piernas envaradas, surgió tras la última choza una sombra, que allí estaba agazapada, y se unió al peregrino. Era Govinda.
-Has venido -dijo Siddhartha, y sonrió.
-He venido -dijo govinda.

Capítulo II
Con Los Samanas

En la noche de aquel día llegaron junto a los ascetas, los descarnados samanas, y les ofrecieron acompañamiento y obediencia. Fueron admitidos.
Siddhartha regaló su túnica a un pobre brahmán en la calle. No traía puesto más que un paño a la cadera y un lienzo sucio de tierra y descosido, colgado de los hombros. Comió solo una vez al día, y nunca alimentos cocidos. Ayunó quince días. ayunó veintiocho días. Le disminuyó la carne en los muslos y en las mejillas. Sueños ardientes flameaban en sus ojos agrandados, en sus dedos secos crecían las uñas, y en el mentón, una barba seca e hirsuta. Su mirada se volvió fría como hielo cuando se encontraba con una mujer; su boca se contraía en una mueca de desprecio cuando pasaba por una ciudad con gentes bien vestidas. Vio negociar a los comerciantes, vio ir a la caza a los príncipes, a los doloridos llorar a sus muertos, a las hetairas ofrecerse lascivas, a los médicos afanarse por sus enfermos, a los sacerdotes señalar el día de la siembra, amar a los amantes, a las madres callar a sus hijos; y todo esto no era digno de las miradas de sus ojos, todo era mentira, todo era pestilente, todo olía a engaño, todo falseaba los sentimientos, la dicha y la belleza, y todo era inconfesada putrefacción. El mundo sabía amargo. La vida era sufrimiento.
Había una meta ante Siddhartha, una sola: vaciarse, vaciarse de sed, vaciarse de deseo, vaciarse de sueño, vaciarse de alegría y dolor. Morir para sí mismo, no ser más un yo, encontrar la paz en el corazón vacío, estar abierto al milagro por la introspección: esta era su meta. Cuando todo el yo estuviera vencido y muerto, cuando

cada anhelo y cada impulso callara en el corazón, entonces debería despertar el Ultimo, lo más íntimo del ser, que no es ya el Yo, el gran misterio.
Silencioso estaba Siddhartha en pie bajo los perpendiculares rayos del sol, ardiendo de dolores, ardiendo de sed, y así permanecía hasta que ya no sentía dolor ni sed. Silencioso estaba en pie bajo la lluvia; las gotas de agua caían de su pelo sobre los hombros llenos de frío, sobre las heladas caderas y piernas, y así permanecía el penitente hasta que los hombros y las piernas dejaban de sentir frío, hasta que callaban, hasta que quedaban quietos. En silencio, estaba agachado entre los espinos, la sangre brotaba roja de la piel ardiente, el pus, de las úlceras, y Siddhartha permanecía rígido, permanecía inmóvil, hasta que la sangre dejaba de brotar, hasta que nada le punzaba, hasta que nada le quemaba.
Siddhartha estaba sentado muy derecho y aprendía a contener la respiración, aprendía a regularla, aprendía a suprimir el alentar. Aprendía, empezando por la respiración a aquietar los latidos del corazón, a espaciarlos, hasta suprimirlos casi.
Adoctrinado por el más anciano de los samanas, Siddhartha ejercitaba el ensimismamiento, ejercitaba la meditación. Si una garza volaba sobre el bosque de bambúes, Siddhartha tomaba la garza en el alma, volaba sobre el bosque y la montaña, se convertía en garza, comía pescados, pasaba hambres de garza, hablaba con graznidos de garza, moría muerte de garza. Si un chacal aparecía muerto al borde del arenal, el alma de Siddhartha se deslizaba dentro del cadáver, se convertía en un chacal muerto, yacía en la arena, se hinchaba, olía mal, se corrompía, era despedazado por las hienas, era desollado por los buitres, se convertía en esqueleto, se volvía polvo, se esparcía por la campiña. Y el alma de Siddhartha regresaba, estaba muerta, estaba corrompida, estaba esparcida como el polvo, había gustado la turbia embriaguez de los remolinos, atormentado por una nueva sed como un cazador en el puesto; esperaba conocer dónde terminaría el remolino, dónde estaba el fin de las causas, dónde empezaba la eternidad sin dolores. Mataba sus sentidos, mataba sus recuerdos, se salía de su yo para introducirse en mil formas extrañas: era animal, carroña, piedra, árbol, agua, y al despertar se volvía a encontrar a sí mismo; luciera el sol o la luna, volvía a ser un yo, giraba en remolinos, sentía sed, vencía la sed, volvía a sentir sed otra vez.
Mucho aprendió Siddhartha entre los samanas; aprendió a andar muchos caminos fuera de su yo. Recorrió el camino del ensimismamiento por el dolor, por el voluntario sufrir, y venciendo al dolor, al hambre, a la sed, a la fatiga. Recorrió el camino del ensimismamiento por la meditación, por el vacío del pensamiento de los sentidos de toda imagen. Aprendió a andar estos y otros caminos, perdió mil veces su yo, permaneció horas y días hundido en el No-Yo. Pero aunque estos caminos partían del yo, su meta estaba siempre en el mismo Yo. Si Siddhartha huyó mil veces de su Yo, si permanecía en la nada, en la bestia, en la piedra, el regreso era inevitable, insoslayable la hora en que se volvían a encontrar, bajo el resplandor del sol o de la luna, a la sombra o bajo la lluvia, Siddhartha y su yo, y volvía a sentir el tormento del remolino impuesto.

Junto a él vivía Govinda, su sombra; seguía su mismo camino, se imponía los mismos trabajos. Raramente hablaban entre sí más de lo que exigían sus tareas y servicio. A veces iban juntos por las aldeas, mendigando el alimento para sí y sus maestros.
-¿Qué te parece, Govinda? -solía preguntar Siddhartha durante estas correrías implorando la caridad-. ¿Crees que vamos por buen camino? ¿Habremos de alcanzar la meta?
Respondía Govinda:
-Hemos aprendido mucho, y seguiremos aprendiendo. Tú llegarás a ser un gran samana, Siddhartha. Todo lo has aprendido en seguida, los viejos samanas te admiran con frecuencia. Llegarás a ser un santo, ¡oh Siddhartha!
Hablaba Siddhartha:
-A mí no me parece así, amigo mío. Lo que he aprendido hasta ahora entre los samanas, ¡oh Govinda!, lo hubiera podido aprender pronto y con facilidad. En cualquier taberna de barrio de burdeles, entre carreteros y jugadores de dados, hubiera podido aprenderlo, amigo mío.
Hablaba Govinda:
-Siddhartha se burla de mí. ¿Cómo hubieras podido aprender ensimismamiento, el contener la respiración, la insensibilidad ante el hambre y el dolor, entre aquellos miserables?
Y Siddhartha decía en voz baja, como si hablara para sí:
-¿Qué es el ensimismamiento? Qué es el abandono del cuerpo? ¿Qué es el ayuno? ¿Qué la contención del aliento? Es la huida del yo, es un breve alejarse del tormento del ser Yo, es un corto embotamiento frente al dolor y la falta de sentido de la vida. La misma huída, el mismo breve embotamiento encuentra el boyero en el mesón cuando bebe su vino de arroz o la leche de coco fermentada. Entonces no siente ya su Yo, ya no siente el dolor de la vida, entonces encuentra un breve embotamiento. Encuentra, dormitando sobre su taza de vino de arroz, lo mismo que Siddhartha y Govinda encuentran cuando se evaden de sus cuerpos, tras largos ejercicios, y permanecen el No-Yo. Así es, ¡oh Govinda!
Habló Govinda:
-Eso dices, ¡oh amigo!; pero sabe que Siddhartha no es ningún boyero, ni un samana, un bebedor. Cierto que el que bebe encuentra fácilmente el embotamiento, cierto que con facilidad halla la evasión y el descanso; pero vuelve pronto del sortilegio y vuelve a encontrarlo todo como antes, no se ha hecho más sabio, no ha adquirido conocimientos, no ha subido más alto ni un peldaño.
Y Siddhartha habló con una sonrisa:
-No lo sé, no he sido nunca bebedor. Pero que yo, Siddhartha, en mis ejercicios y éxtasis solo encuentro breves embotamientos y que estoy tan lejos de la sabiduría y de la liberación como cuando era niño en el vientre de la madre, eso lo sé bien, Govinda, eso lo sé muy bien.
Y otra vez, cuando Siddhartha y Govinda salieron del bosque para pedir por las aldeas algo de comer para sus hermanos y maestros, empezó Siddhartha a hablar, y dijo:

-¿Estaremos, ¡oh Govinda!, en el buen camino? ¿Nos vamos acercando al conocimiento? ¿Nos acercamos a la redención? ¿O no estaremos quizá caminando en círculo, nosotros, que pensábamos salir de él?
Habló Govinda:
-Mucho hemos aprendido, Siddhartha; mucho nos queda por aprender. No caminamos en círculo, vamos hacia arriba, el círculo es una espiral, hemos subido ya muchos escalones.
Respondió Siddhartha:
-¿Qué edad crees tú que tendrá nuestro samana más anciano, nuestro venerado maestro?
Habló Govinda:
-Quizá tenga sesenta años.
Y Siddhartha:
-Tiene sesenta años y no ha alcanzado el Nirvana. Tendrá setenta y ochenta, y tú y yo seremos igual de viejos y seguiremos ejercitándonos, seguiremos ayunando y meditando. Pero no alcanzaremos el Nirvana, ni él ni nosotros. ¡Oh Govinda!, creo que ninguno de todos los samanas que hay alcanzará quizá el Nirvana. Encontramos consuelos, encontramos embotamientos, aprendemos habilidades con las que nos engañamos. Pero lo esencial, la senda de las sendas no la encontramos.
-¡No pronuncies -dijo Govinda- tan terribles palabras, Siddhartha! ¿Cómo es posible que entre tantos hombres sabios, entre tantos brahmanes, entre tantos severos y venerables samanas, entre tantos hombres sabios, santos e introvertidos, ninguno encuentre el Camino de los Cantinos?
Pero Siddhartha respondió con una voz que tenía tanto de triste como de irónica:
-Pronto, Govinda, tu amigo dejará esta senda de los samanas, por la que tanto ha caminado contigo. Padezco sed, ¡oh Govinda!, y en este largo camino del samana no ha menguado en nada mi sed. Siempre he tenido sed de conocimientos, siempre he estado lleno de interrogaciones. He preguntado a los brahmanes, año tras año, y he preguntado a los Vedas, año tras año. Quizá, ¡oh Govinda!, hubiera sido tan bueno, tan prudente, tan sano, haber preguntado al rinoceronte o al chimpancé. He empleado mucho tiempo y todavía no he llegado al fin para aprender esto, ¡oh Govinda!: ¡que nada se puede aprender! Yo creo que no hay esa cosa que nosotros llamamos "aprender". Hay solo, ¡oh mi amigo!, una ciencia que está por todas partes, que es Atman; está en mí y en ti y en cada ser. Y de esta forma empiezo a creer que esta ciencia no tiene enemigos más encarnizados que los sabios y los instruidos.
Entonces, Govinda se paró en el camino, levantó la mano y habló:
-¡No atormentes, Siddhartha, a tu amigo con semejantes palabras! En verdad que ellas angustian mi corazón. Y piensa solamente en qué queda la santidad de la oración, la dignidad de los brahmanes, la religiosidad de los samanas, si fuera como dices, que no hay nada que aprender. ¿Qué sería, entonces, ¡oh Siddhartha!, de lo que en la tierra tenemos por santo, por venerable y más preciado?
Y Govinda recitó para sí un verso de una Upanishada:

Quien meditando, con el alma purificada, se hunde en Atman, no puede describir con palabras el gozo de su corazón.
Pero Siddhartha callaba. Reflexionaba sobre las palabras que Govinda le había dirigido, y pensaba cada frase hasta el fin.
"Sí -decía para sí, con la cabeza humillada-, ¿qué queda de todo lo que nos parecía santo? ¿Qué queda? ¿Qué se conserva?" Y movió la cabeza.
Una vez, cuando ambos jóvenes llevaban viviendo unos tres años con los samanas y habían tomado parte en todas sus prácticas, llegó hasta ellos por diversos caminos y rodeos una noticia, un rumor, una leyenda: había aparecido uno, llamado Gotama, el Sublime, el Buda, el cual había vencido en sí el dolor del mundo y había sujetado la rueda de las reencarnaciones. Recorría los campos enseñando a las gentes, rodeado de jóvenes, sin poseer nada, sin patria, sin mujer, envuelto en el manto amarillo de los ascetas, pero con la frente radiante, como un bienaventurado, y los brahmanes y los príncipes se inclinaban ante él y se convertían en discípulos suyos.
Esta leyenda, este rumor, esta fábula, resonaba por todas partes, exhalaba su aroma aquí y allá; en las ciudades hablaban de él los brahmanes; en el bosque, los samanas; cada vez penetraba más el nombre de Gotama, el Buda; en los oídos de los jóvenes, para bien y para mal, en alabanzas y en injurias.
Como cuando en una comarca reina la peste y se difunde la nueva de que hay un hombre, un sabio, un perito, cuya palabra y aliento basta para librar a cualquiera de la epidemia, e igual que este rumor atraviesa todo el país y todos hablan de ello, muchos creen, muchos dudan, pero muchos también son los que se ponen al punto en camino para ir en busca del Sabio, del Salvador, así recorrió la región aquella nueva, aquella perfumada leyenda de Gotama, el Buda, el Sabio de la descendencia de Sakya. Según los creyentes, poseía los más altos conocimientos, recordaba su encarnación anterior, había alcanzado el Nirvana y ya no volvería a entrar en el círculo ni se hundiría en la turbia corriente de la transmigración. Se decían de él cosas increíbles y maravillosas: que había hecho milagros, que había vencido al demonio, que había hablado con los dioses. Pero sus enemigos y los incrédulos decían que este tal Gotama era un embaucador, que pasaba los días en una vida de delicias, que despreciaba los sacrificios, que carecía de instrucción y no conocía ni los ejercicios ni la mortificación.
Dulcemente sonaba la leyenda de Buda; estas nuevas exhalaban cierto encanto. El mundo estaba enfermo, la vida era difícil de soportar, y ved que aquí parece brotar una fuente, aquí parece oírse la llamada de un mensajero llena de consuelo, dulce, llena de nobles promesas. Por todas partes donde resonaba el rumor de Buda, por toda la India, escuchaban los jóvenes, sentían añoranza, alentaban esperanzas, y entre los hijos de los brahmanes de las ciudades y aldeas cualquier preregrino era muy bien recibido si traía noticias de él, del Sublime, del Sakyamuni.
También había llegado hasta los samanas del bosque, hasta Siddhartha, hasta Govinda, la leyenda, lentamente, a gotas, cada gota preñada de esperanzas, cada gota llena de dudas. Hablaban poco de ello, pues el anciano de los samanas era poco amigo de esta leyenda. Había sabido que aquel pretendido Buda había sido antes un

asceta y había vivido en el bosque, y luego se había entregado a la buena vida y a los placeres del mundo y no daba mucha importancia a este Gotama.
-¡Oh Siddhartha!- dijo un día Govinda a su amigo-. Hoy estuve en la aldea y un brahmán me invitó a entrar en su casa, y en su casa estaba el hijo de un brahmán de Magadha, el cual ha visto con sus propios ojos al Buda y ha escuchado sus enseñanzas. En verdad que entonces sentí un dolor en el pecho, y pensé para mí: "¡Ojalá pudiera yo también, ojalá pudiéramos ambos, Siddhartha y yo, conocer la hora en que recibiéramos lección de la boca de aquel bienaventurado!" Di, amigo, ¿no podríamos ir nosotros también a su encuentro y escuchar de los labios del Buda la lección?
Habló Siddhartha:
-Siempre, ¡oh Govinda!, he pensado que Govinda permanecería entre los samanas, siempre he creído que su meta era llegar a los sesenta o a los setenta, practicando siempre las reglas y ejercicios que adornan a los samanas. Pero mira: yo conocí poco a Govinda, sabía poco de su corazón. De modo que ahora quieres, mi fiel amigo, tomar la senda y llegar hasta allí donde el Buda enseña su doctrina.
Habló Govinda:
-Te gusta bromear. ¡Puedes bromear cuanto quieras, Siddhartha! Pero ¿no te ha venido en gana, no ha despertado en ti el deseo de escuchar esta doctrina? ¿Y no me has dicho en otra ocasión que no seguirías por más tiempo el camino de los samanas?
Sonrió Siddhartha a su manera, con lo que el tono de su voz adquirió un matiz de tristeza y una sombra de mofa, y dijo:
-Bien has dicho, Govinda, bien has dicho y bien has recordado. Sin embargo, también deberías recordar lo otro que a mí me oíste, es decir, que estoy cansado y desconfío de todas las doctrinas y enseñanzas y que es poca mi fe en las palabras de los maestros que llegan hasta nosotros. Mas, ¡ea, querido!, estoy dispuesto a escuchar aquellas enseñanzas, aunque creo de todo corazón que el mejor fruto de ellas ya lo hemos saboreado.
Habló Govinda:
-Tu buena disposición regocija mi corazón. Pero dime, ¿cómo es posible que antes de escuchar la doctrina del Gotama hayamos gustado ya sus mejores frutos?
Habló Siddhartha:
-¡Gocemos de este fruto y esperemos lo demás, oh Govinda! Pero este fruto que ya hemos de agradecer al Gotama, ¡consiste en que nos llama para sacarnos de entre los samanas! Si nos ha de dar otras cosas y algo mejor, ¡oh amigo!, esperemos en ello con corazón tranquilo. Aquel mismo día dio a conocer Siddhartha al anciano de los samanas su decisión de dejarlos. Se lo dio a conocer con la cortesía y humildad que conviene a un joven y a un alumno. Pero el samana se llenó de enojo al ver que los dos jóvenes querían abandonarlos, y habló descompuestamente y profirió groseros insultos.
Govinda estaba asustado y perplejo, pero Siddhartha se inclinó sobre el oído de Govinda y susurró:
-Ahora quiero demostrar al viejo que he aprendido algo entre ellos.

Mientras se acercaba al samana, con el alma concentrada prendió la mirada del anciano con la suya, le hechizó, le hizo callar, se apropió de su voluntad, le impuso la suya, le ordenó que hiciera silenciosamente lo que le pedía. El anciano quedó mudo, sus ojos miraban fijamente, su voluntad estaba paralizada, sus brazos pendían inertes, estaba sin fuerzas, preso en el encanto de Siddhartha. Pero los pensamientos de Siddhartha se habían apoderado de los del samana, y este debía hacer todo lo que el otro le ordenara. Y así, el anciano se inclinó varias veces, hizo ademán de bendecirlos una y otra vez y pronunció, vacilante, una pidadosa oración de despedida. Y los jóvenes respondieron agradecidos a las inclinaciones, a los votos de ventura, y salieron de allí saludando. Por el camino, dijo Govinda:
-¡Oh Siddhartha!, has aprendido con los samanas más de lo que yo creía. Es muy difícil, dificilísimo, hechizar a un viejo samana. En verdad que si te hubieras quedado allí habrías aprendido pronto a caminar sobre las aguas. -No codicio el andar sobre el agua- dijo Siddhartha-. Que los viejos samanas se den por contentos con semejantes artes.

Capítulo III
Gotama

En la ciudad de Savathi todos los niños conocían el nombre del Sublime Buda, y todas las casas estaban dispuestas a llenar las escudillas de los jóvenes de Gotama, los mudos mendicantes. Cerca de la ciudad estaba la residencia preferido de Gotama, el bosque Jetavana, que el rico comerciante Anathapindika, un rendido adorador del Sublime, había regalado a este y a los suyos.
A esta comarca les habían traído los relatos y respuestas que dieron a los dos jóvenes ascetas cuando preguntaban por la residencia de Gotama. Y cuando llegaron a Savathi, en la primera casa que se detuvieron a pedir, les ofrecieron comida, y comieron, y Siddhartha preguntó a la mujer que le trajo la comida:
-Quisiéramos saber, bondadosa señora, dónde vive el Buda, el Venerado, pues somos dos samanas del bosque que venimos en busca del Perfecto para verle y escuchar de su boca la doctrina.
Habló la mujer:
-En verdad que habéis acertado con el camino, samanas del bosque. Sabed que en Jetavana, el jardín de Anathapindika, está el Sublime. Allí podréis pasar la noche, preregrinos, pues hay bastante sitio para los innumerables romeros que llegan hasta aquí para escuchar su doctrina.
Entonces, Govinda, lleno de alegría exclamó:
-¡Qué gozo! ¡De este modo hemos alcanzado nuestra meta y el final de nuestro camino! Pero dinos, madre de los peregrinos, ¿conoces tú al Buda? ¿Le has visto con tus propios ojos?
Habló la mujer:

-Muchas veces he visto al Sublime. Muchos días le he visto pasar por las calles, silencioso, con su túnica amarilla, o alargar la escudilla en las puertas de las casas para recibir la limosna y retirarse de allí con la escudilla llena.
Govinda escuchaba encantado, y quiso seguir preguntando y oyendo. Pero Siddhartha le exhortó a seguir andando. Dieron las gracias y se fueron, y no necesitaron preguntar apenas por el camino, pues no eran pocos los peregrinos y monjes de la comunidad de Gotama que se encaminaban hacia el Jetavana. Y llegaron allí de noche, y aquello era un continuo llegar de gentes que gritaban pidiendo albergue, que todos recibían. Los dos samanas, acostumbrados a la vida del bosque, encontraron pronto un abrigo tranquilo, y en él descansaron hasta la mañana.
A la salida del sol contemplaron con asombro la gran cantidad de creyentes y curiosos que habían pernoctado allí. Por todos los caminos del magnífico parque paseaban monjes vistiendo túnicas amarillas, otros estaban sentados bajo los árboles, aquí y allá, sumidos en la meditación o conversando de cosas espirituales. El sombroso jardín parecía una ciudad, lleno de gentes que pululaban como hormigas. La mayoría de los monjes salieron con las escudillas a implorar la caridad por la ciudad para la comida del mediodía, la única que hacían al día. También el Buda mismo, el Iluminado, solía hacer por la mañana el recorrido mendicante.
Siddhartha le vio, y en seguida le reconoció, como si un dios se lo hubiera mostrado. Le vio: un hombre sencillo con una capucha amarilla, con la escudilla de las limosnas en la mano, caminando silencioso.
-¡Míralo! -dijo Siddhartha en voz baja a Govinda-. Ese es el Buda.
Govinda miró atentamente al monje de la capucha amarilla, que no parecía diferente en nada de los cien otros monjes. Y pronto le reconoció también Govinda: este es. Y le siguieron le observaron.
El Buda siguió su camino, humilde, abismado en sus pensamientos. Su rostro no era ni alegre ni triste, y parecía que les sonreía. Sonreía con una sonrisa velada, tranquila, silenciosa, semejante a la de un niño sano. Caminaba, llevaba el capillo y echaba el paso como todos sus monjes, como estaba prescrito. Pero su rostro y su paso, su mirada baja, su mano caída, y sobre todo los dedos de aquella mano caída, hablaban de paz, hablaban de perfección, no buscaba nada, no anhelaba nada, respiraba suavemente en una inmarchitable paz, en una inmarchitable luz, en una intangible paz. Así caminaba Gotama hacia la ciudad para recoger las limosnas, y los dos samanas le reconocieron solamente en la perfección de su paz, en la quietud de su figura, en la que no había ningún deseo, ningún anhelo, ningún esfuerzo, solo luz y paz.
-Hoy escucharemos la doctrina de su boca- dijo Govinda.
Siddhartha no respondió nada. Sentía poca curiosidad por aquella doctrina, no creía que pudiera enseñarle nada nuevo; sin embargo, igual que Govinda, había conocido una y otra vez el contenido de aquella doctrina del Buda, aunque por informes de segunda y tercera mano. Pero miraba atentamente la cabeza del Gotama, los hombros, los pies y aquella mano caída, y le parecía que cada miembro de cada dedo de aquella mano era una doctrina que hablaba, respiraba, exhalaba y despedía resplandores de verdad. Este hombre, este Buda, era verdadero hasta en los gestos de su último dedo.

Este hombre era santo. Nunca había reverenciado tanto Siddhartha a un hombre, nunca había amado tanto a un hombre como a este.
Ambos siguieron al Buda hasta la ciudad y regresaron silenciosos, pues habían decidio ayunar aquel día. Vieron volver a Gotama, le vieron comer en corro con sus jóvenes -lo que comía no hubiera saciado a un pájaro- y le vieron dirigirse a la sombra de un bosquecillo de mangos.
Pero al atardecer, cuando cedió el calor y todo era viviente en el campamento, y todos se reunieron, escucharon la predicación del Buda. Oyeron su voz, la que también era perfecta, extraordinariamente reposada, llena de paz. Gotama explicaba la doctrina del dolor, del futuro del padecer, del camino para la supresión del sufrir. Sus palabras fluían serenas y claras. Dolor era la vida, el mundo estaba lleno de dolor, pero se había encontrado la redención del dolor: encontraba la redención el que seguía el camino del Buda.
Con dulce, pero firme voz hablaba el Sublime, enseñaba las cuatro proposiciones esenciales, enseñaba los ocho senderos, pacientemente recorría el acostumbrado camino de la doctrina, el ejemplo, la repetición, y su voz se cernía clara y tranquila sobre los oyentes, como una luz, como un cielo estrellado.
Cuando el buda -ya se había hecho de noche- terminó su charla, salieron de las filas muchos peregrinos y pidieron la admisión en la comunidad, se refugiaron en su doctrina. Y Gotama les aceptó, y dijo:
-Bien habéis comprendido la doctrina, bien ha sido anunciada. Seguidla y caminad hacia la santidad para preparar el fin de todo dolor.
Y ved que Govinda también salió al frente, el tímido Govinda y dijo:
-Yo también me refugiaré en el Sublime y en su doctrina.
Y pidió ser admitido en la comunidad de jóvenes, y fue recibido.
En cuanto el Buda se retiró a descansar, Govinda se volvió hacia Siddhartha y dijo vehemente:
-Siddhartha, no me está permitido hacerte ningún reproche; ambos hemos oído al Sublime, ambos hemos escuchado su doctrina. Govinda ha oído la doctrina y se ha refugiado en ella. Pero tú, venerable hermano, ¿no quieres andar también el sendero de la redención? ¿Vacilas? ¿Quieres esperar aún?
Siddhartha despertó como de un sueño cuando oyó las palabras de Govinda. Se le quedó mirando a la cara. Luego habló en voz baja, con mucha seriedad:
-Govinda, amigo mío, acabas de dar el paso decisivo, ahora has elegido tú el camino. Siempre, ¡oh Govinda!, has sido mi amigo, siempre has caminado tras de mí. A menudo he pensado: "¿No dará Govinda alguna vez un paso solo, sin mí, por propia voluntad?" Mira: ahora te has portado como un hombre y has elegido por ti mismo tu senda. ¡Ojalá la sigas hasta el fin, oh amigo mío! ¡Ojalá encuentres la redención!
Govinda, que no había comprendido aún enteramente, repitió con un tono de impaciencia su pregunta:
-Habla, ¡te lo ruego, amigo mío! ¡Dime cómo es posible que tú, mi docto amigo, no vengas a refugiarte junto al sublime Buda!
Siddhartha puso su mano en el hombro de Govinda:

-Ya has oído mi voto, ¡oh Govinda! Lo repetiré: ¡Ojalá sigas la senda hasta el fin! ¡Ojalá encuentres la redención!
En este momento conoció Govinda que su amigo le había dejado, y empezó a llorar.
-¡Siddhartha!- gritó, sollozando.
Siddhartha le habló amistosamente:
-¡No olvides, Govinda, que ahora perteneces a los samanas de Buda! Has renunciado a tu patria, a tus padres, a tu futuro y bienes, has renunciado a tu propia voluntad, a la amistad. Así lo quiere la doctrina, así lo quiere el Sublime. Así lo has querido tú mismo. Mañana, ¡oh Govinda!, te dejaré.
Aún pasearon un buen rato los dos amigos por el bosque, luego se tendieron en el suelo, pero no encontraron el sueño. Y Govinda no hacía más que instarle a que le dijera por qué no se había refugiado en la doctrina de Gotama, qué faltas encontraba en aquella doctrina. Pero Siddhartha se negó a hacerlo, y dijo:
-¡Date por contento, Govinda! La doctrina del Sublime es buena, ¿cómo habría de encontrar en ella ninguna falta?
Al amanecer de la mañana siguiente, un discípulo de Buda, uno de sus monjes más ancianos, recorrió el bosque llamando a todos aquellos que habían aceptado la doctrina para investirles la túnica amarilla e instruirles en las primeras lecciones y deberes. Entonces Govinda se levantó, abrazó una vez más al amigo de su juventud y se unió al cortejo de los novicios.
Pero Siddhartha se quedó paseando por el bosque lleno de sus pensamientos.
Allí le encontró Gotama, el Sublime, y cuando le saludó reverente y vio que la mirada del Buda estaba llena de bondad y calma, el joven cobró ánimos y pidió permiso al Sublime para dirigirle la palabra. El Sublime, con un gesto mudo, le dio autorización para ello.
Habló Siddhartha:
-Ayer, ¡oh Sublime!, tuve la dicha de escuchar tu maravillosa charla. Junto con mi amigo he venido de lejos para conocer tu doctrina. Mi amigo se ha quedado con los tuyos, se ha refugiado en ti. Pero yo continuaré mi peregrinaje.
-Sea como gustes- dijo el Sublime cortésmente.
-Demasiado atrevidas son mis palabras- prosiguió Siddhartha-, pero no quisiera dejar al Sublime sin haberle comunicado mis pensamientos con toda sinceridad. ¿Querría el venerable Buda concederme unos instantes? El Sublime le autorizó con un gesto mudo.
Habló Siddhartha:
-Una cosa, ¡oh venerable maestro!, me ha admirado de tu lección. Todo en ella es enteramente claro, todo en ella es concluyente. Muestras el mundo como una cadena completa, nunca interrumpida; como una cadena eterna, soldada con causas y efectos. Nunca se ha visto esto tan claro, nunca ha sido representado de manera tan irrefutable; ciertamente que el corazón de todo brahmán ha de latir con más fuerza y amor cuando contemple el mundo a través de tu doctrina, viéndolo enteramente concatenado, sin lagunas, claro como un cristal, no dependiendo de la casualidad ni de los dioses. Si es bueno o malo, si la vida es en sí dolor o alegría, está por dilucidar, y es posible que no

sea cosa muy esencial aclararlo, pero la unidad del mundo, la interdependencia de todo suceso, lo grande y lo pequeño circundado por la misma corriente, por la misma ley de las causas, del ser y del morir, todo esto resplandecía en tu hermosa lección, ¡oh Perfecto! Pero, según tu doctrina, esta unidad y consecuencia de todas las cosas se rompe sin embargo en un punto, a través de una laguna insignificante irrumpe en este mundo de unidad algo extraño, algo nuevo, algo que antes no estaba y que no puede ser señalado y probado: es tu teoría sobre el vencimiento del mundo, de la redención. Con esta pequeña laguna, con esta pequeña interrupción, se rompe de nuevo la eterna ley del mundo. Te ruego me perdones que formule esta objeción.

Gotama le ha escuchado en silencio, inmóvil. Luego habló el Perfecto con su voz bondadosa, con su atenta y clara voz:

-Has escuchado la lección, ¡oh hijo de brahmán!, y te felicito por haber meditado tanto sobre ella. En ella has encontrado una laguna, una falta. Ojalá sigas meditando sobre esta doctrina. Pero tú, que estás ansioso de saber, ten cuidado con la espesura intrincada que son las opiniones y con las discusiones. Las opiniones carecen de fundamento, pueden ser hermosas u odiosas, prudentes o insensatas, cualquiera puede aceptarlas o rechazarlas. Pero la doctrina que has escuchado de mis labios no es mi opinión, y su meta no es aclarar el mundo a los ansiosos de saber. Su fin es otro; su fin es la redención del dolor. Esto es lo que Gotama enseña, no otra cosa.

-No te enojes conmigo, ¡oh Sublime! -dijo el joven-. No te he dicho esto para buscar una controversia contigo. Tienes razón cuando dices que las opiniones sirven de poco. Pero permíteme que añada esto otro: no he dudado ni un momento de ti. No he dudado ni un momento que eres Buda, que has alcanzado la meta, la más alta, hacia la cual se encaminan tantos miles de brahmanes e hijos de brahmanes. Tú has encontrado la redención de la muerte. La has logrado por tu propia búsqueda, en tu propio camino, pensando, meditando por el conocimiento, por inspiración. ¡No la has alcanzado por una doctrina! ¡Y yo creo, oh Sublime, que a nadie se le puede procurar la redención por una doctrina! ¡A nadie podrás, oh Venerable, decir ni comunicar por palabras o por una doctrina lo que te sucedió en el momento de tu transfiguración!

Gran contenido el de la doctrina del transfigurado Buda, bien enseña a vivir rectamente y a evitar el mal. Pero esta doctrina tan clara, tan venerable, no contiene una cosa: no contiene el misterio que el mismo Sublime ha experimentado, él solo entre cientos de miles. Por esto continuaré mi peregrinación, no en busca de otra doctrina mejor, pues sé que no la hay, sino para abandonar todas las doctrinas y todos los maestros y para alcanzar solo mi meta o morir. Pero siempre pensaré en este día, ¡oh Sublime!, y en la hora en que mis ojos vieron un santo.

Los ojos del Buda miraron tranquilamente a tierra, su rostro impenetrable relumbraba sereno, lleno de resignación.

-¡Ojalá tus pensamientos- dijo el Venerable lentamente- no caigan en el error! ¡Ojalá alcances tu meta! Pero dime: ¿no has visto el tropel de mis samanas, de mis numerosos hermanos, que han buscado refugio en mi doctrina? ¿Y crees tú, samana forastero, crees tú que les estaría mejor abandonar mi doctrina y volver a la vida del mundo y del placer?

-Lejos de mí tal pensamiento-exclamó Siddhartha-. ¡Ojalá perseveren todos en tu doctrina, ojalá alcancen todos su meta! ¡No me pertenece juzgar la vida de los demás! Solo la mía, yo solo he de elegir, yo solo he de rehusar. Los samanas buscamos la redención del yo, ¡oh Sublime! ¡Si yo fuera ahora uno de tus jóvenes, oh Venerable, tendría miedo a que me sucediera que solo en apariencia, solo engañosamente, quedara mi yo en paz y liberado, de que sin embargo siguiera viviendo en la verdad y se hiciera más grande, pues entonces yo tendría la doctrina, tendría mi sucesión, tendría mi amor hacia ti, tendría la comunidad de los monjes hecha a mi yo.
Gotama miró con una media sonrisa, con inconmovible resplandor y amistad, al forastero a los ojos y le despidió con un gesto apenas perceptible.
-Cuerdo eres, ¡oh samana! -dijo el Venerable-. Sabes hablar cuerdamente, amigo mío. ¡Guárdate de la demasiada cordura!
El Buda se alejó de allí, y su mirada y su media sonrisa quedaron grabadas para siempre en el recuerdo de Siddhartha.
"Todavía no he visto yo a ningún hombre que mire así, que sonría así, que se siente y ande así -pensaba-. Así me gustaría a mí poder mirar y sonreír, poder andar y sentarme, tan libre, tan majestuosa, tan oculta, tan clara, tan infantil y misteriosamente. Tan verdaderamente solo aparece y camina el hombre, que ha penetrado en lo más íntimo de sí mismo. Pues bien: yo también intentaré penetrar en lo más íntimo de mí mismo."
"Vi a un hombre -pensaba Siddhartha-, al único ante el cual podía bajar la mirada. Ante ningún otro bajaré mis ojos, ante ningún otro. Ninguna doctrina me seducirá ya, no habiéndome seducido la doctrina de este hombre."
"El Buda me ha robado -pensó Siddhartha-, me ha robado, pero me ha regalado mucho más. Me ha robado un amigo, el cual creía en mí y ahora cree en él, el cual era mi sombra y ahora es la sombra de Gotama. Pero me ha regalado a Siddhartha, a mí mismo."

Capítulo IV
Despertar

Cuando Siddhartha abandonó el bosquecillo en el que quedaba el Buda, el Perfecto, en el que quedaba Govinda, sintió que en aquel bosque deba también su vida pasada y se separaba de él. Este sentimiento, que le llenaba por entero, le dio que pensar mientras caminaba lentamente. Pensó profundamente, como si se dejara ir al fondo en unas aguas profundas, hasta los fundamentos de este sentimiento, hasta allí donde descansan las causas, pues el conocer las causas le parecía que era pensar, y solo por este medio se convertirían los sentimientos en conocimiento y no se perderían, sino que se haría real y empezaría a brillar lo que hay en ellos.
Mientras caminaba lentamente, Siddhartha meditó. Comprobó que ya no era un joven, sino un hombre. Comprobó que algo se había desprendido de él, como la piel vieja de una serpiente, que ya no había en él algo que le había acompañado y había poseído

durante toda su juventud: el deseo de tener maestros y de escuchar a los maestros. Al último maestro que había encontrado en su camino, al más alto y sabio maestro, al Santo, al Buda, también lo había abandonado, había tenido que separarse de él, no había podido aceptar su doctrina.

El pensador iba caminando lentamente y se preguntaba: "¿Qué es lo que esperabas aprender en las lecciones y en los maestros y no pudieron enseñarte, a pesar de lo mucho que te instruyeron?" Y halló: "Lo que yo quería aprender era la esencia y el sentido del yo. Quería vencer y librarme del yo. Pero no podía vencerlo, sino engañarlo, no podía huir de él, sino solamente ocultarme ante él. ¡En verdad que nada ha ocupado tanto mi pensamiento como este mi yo, este enigma de mi vivir, de que yo sea uno, separado y diferenciado de todos los demás, de que yo sea Siddhartha! ¡Y de ninguna cosa en el mundo sé menos que de mí mismo, de Siddhartha!"

El pensador se detuvo en su lento caminar, retenido por este pensamiento, y pronto surgió de este uno nuevo, un pensamiento que rezaba: "Si no sé nada de mí, si Siddhartha es para mí tan extraño y desconocido, se debe a una sola causa: yo tenía miedo de mí, ¡huía de mí mismo! Buscaba a Atman, buscaba a Brahma, tenía la intención de desmenuzar mi yo para buscar en su interior el germen, el Atman, la vida, lo divino, el último fin. Pero me perdía."

Siddhartha abrió los ojos y miró en derredor, una sonrisa iluminaba su rostro, y una profunda sensación de despertar de un largo sueño le recorrió todo el cuerpo hasta la punta de los pies. Y pronto volvió a correr, corrió veloz, como un hombre que sabe lo que tiene que hacer.

"¡Oh -pensó, respirando hondamente-, ahora no quiero dejar escapar a Siddhartha! Ya no quiero empezar mi pensar y mi vida con Atman y con el dolor del mundo. Ya no quiero matarme y despedazarme para encontrar un misterio entre las ruinas. Ya no me enseñarán ni el Yoga-Veda, ni el Atharva-Veda, ni los ascetas, ni ninguna otra doctrina. Quiero aprender en mí mismo, quiero ser discípulo, quiero conocerme a mí mismo, quiero conocer el secreto de Siddhartha."

Miró en torno a sí, como si viera el mundo por primera vez. ¡El mundo era hermoso, el mundo era polícromo, el mundo era extraño y misterio! Aquí era azul; allí, amarillo; más allá, verde; el cielo y el río fluían; las montañas y el bosque estaban inmóviles, todo era hermoso, mágico y lleno de misterio, y en medio de todo esto, él, Siddhartha, el que había despertado en el camino hacia sí mismo. Todo esto, el amarillo y el azul, el río y el bosque, penetraba por primera vez en Siddhartha a través de los ojos, ya no era el encantamiento de Mara, ya no era el velo de Maya, ya no era la multiplicidad insensata y casual del mundo visible, despreciable para el brahmán que piensa profundamente, que desdeña la multiplicidad, que busca la unidad. El azul era azul, el río era río, y aunque en el azul y en el río y en Siddhartha vivía oculto lo singular y divino, el arte y el sentido divino era precisamente el que había puesto aquí el amarillo, el azul; allá, el cielo, el bosque, y en medio, a Siddhartha. El sentido y el ser no estaban por ahí tras de las cosas, sino que estaban en ellas, en todas.

"¡Cuán sordo y torpe he sido! -pensó el caminante-. Cuando uno lee un escrito cuyo sentido quiere penetrar, no desprecia los signos y letras ni lo llama engaño, casualidad

y corteza baladí, sino que lo lee, lo estudia con cariño, letra por letra. Pero yo, que quise leer el libro del mundo y el libro de mi propio ser, he despreciado los signos y las letras por amor de un sentido presentido de antemano, he motejado de engañoso al mundo visible, he llamado a mi ojo y a mi lengua fenómenos casuales y despreciables. No, esto ha pasado, he despertado, he despertado de verdad y hoy he nacido."
Mientras Siddhartha pensaba todo esto, se detuvo varias veces, de repente, como si hubiera una serpiente ante él en el camino.
De pronto comprendió también muy claramente que él, que en realidad había despertado o era como un recién nacido, debía empezar de nuevo y enteramente desde el principio su vida. Cuando en esta misma mañana dejó el bosque de Jetavana, el bosque de aquel Sublime, ya despierto, ya en camino hacia sí mismo, tenía intención y le parecía natural y evidente volver a sus años de ascetismo, en su patria y junto a su padre. Pero ahora, en este momento en que se hallaba detenido, como si hubiera una serpiente en el camino, despertó también a este convencimiento: "Ya no soy el que antes era, ya no soy asceta, ya no soy sacerdote, ya no soy brahmán. ¿Qué puedo hacer entonces en casa y junto a mi padre? ¿Estudiar? ¿Hacer sacrificios? ¿Practicar el ensimismamiento? Todo esto ha pasado ya, todo esto ya no está en mi camino"
Siddhartha permaneció inmóvil, y durante un instante, durante una inspiración, su corazón se heló, lo sintió helarse en el pecho como un animalillo, como un pájaro o una liebre cuando ve cuán solo está. Ha carecido de patria durante años y no lo ha sentido. Ahora lo siente. Antes, aun en los éxtasis más profundos, seguía siendo hijo de su padre, seguía siendo brahmán, un religioso. Ahora no era más que Siddhartha, el despertado, nada más. Respiró profundamente, y por un instante sintió frío y se estremeció. Nadie estaba tan solo como él. Ningún noble que no pertenecía a los nobles, ningún comerciante que no pertenecía a los comerciantes y buscaba refugio entre ellos, compartía su vida, hablaba su lenguaje. Ningún brahmán, que no contaba entre los brahmanes y vivía con ellos; ningún asceta, que no encontraba refugio en el estado de los samanas, y hasta el habitante más solitario de un valle no era uno ni estaba solo, también le rodeaban circunstancias, pertenecía a una clase que eran para él una patria. Govinda era monje, y mil monjes eran sus hermanos, llevaban su vestido, creían su credo, hablaban su lenguaje. Pero él, Siddhartha, ¿a qué clase pertenecía? ¿Qué vida había de compartir? ¿Qué lenguaje hablaría?
Desde ese instante en que el mundo se fundía a su alrededor, en que estaba tan solo como una estrella en el cielo, desde este instante Siddhartha surgió de la frialdad y del desaliento más yo que antes, más concentrado. Se daba cuenta de que esto era el último estremecimiento del despertar, el último espasmo del nacimiento. Y pronto volvió a caminar, raudo e impaciente, no hacia casa, no hacia el padre, no hacia atrás.

Segunda Parte

Capítulo V
Kamala

Siddhartha aprendió muchas cosas nuevas a cada paso que dio por su camino, pues el mundo había cambiado y su corazón estaba encantado. Veía salir el sol sobre las montañas y ponerse tras las lejanas playas rodeadas de palmeras. Por la noche veía en el cielo las estrellas guardando su orden eterno, y la hoz de la luna navegando como un barco en el azul. Veía árboles, estrellas, bestias, nubes, arcos iris, rocas, hierbas, flores, arroyos y ríos, relámpagos de rocío en los matorrales al amanecer, altas montañas lejanas azules y pálidas, pájaros cantores y abejas, vientos que soplaban plateando los campos de arroz. Todo esto, múltiple y abigarrado, había existido siempre; siempre habían brillado el sol y la luna, siempre había susurrado el río y la abeja, pero en los primeros tiempos todo esto no había sido para Siddhartha más que un velo ligero y engañoso ante los ojos, observado con desconfianza, destinado a ser traspasado por los pensamientos y a ser destruido, porque no era un ser, pues el ser está más allá de lo visible. Pero ahora sus ojos liberados se detenían de esta parte de acá, veía y conocía lo visible, buscaba una patria en este mundo, no buscaba el ser, no apuntaba a ningún más allá. Bello era el mundo cuando se le miraba así, sin buscar nada, tan sencilla e infantilmente. Bella la Luna y las montañas, bello el arroyo y la ribera, el bosque y las rocas, la cabra y la cetonia, la flor y la mariposa. Bello y amable era caminar así por el mundo, tan infantilmente, tan despierto, tan accesible a lo próximo, tan sin desconfianza. El sol quemaba en la piel de otra forma, la sombra del bosque refrescaba de modo distinto, el agua de los arroyos y cisternas sabía de otra manera, como la calabaza y las bananas. Breves eran los días; cortas, las noches; las horas pasaban raudas como una vela en el mar; bajo la vela, un barco lleno de tesoros, lleno de alegrías. Siddhartha vio un pueblo de simios caminando por la alta bóveda del bosque y escuchó un canto salvaje y codicioso. Siddhartha vio un carnero que perseguía a una oveja, con la que se apareó. En un charco cubierto de juncos vio al sollo cazar su cena, haciendo huir ante él al tropel de pececillos plateados, revolviendo el agua con sus movimientos impetuosos.

Todo esto había siempre así, y no lo había visto; nunca había estado allí. Ahora sí estaba en ello, le pertenecía. Por sus ojos pasaban luces y sombras; por su corazón, estrellas y luna.

Siddhartha recordó también por el camino todo lo que había experimentado en el jardín Jetavana, la doctrina que en él escuchó, la del divino Buda, la despedida de Govinda, la conversación con el Sublime. Sus propias palabras, las que dirigió al Sublime, volvían a su recuerdo, palabra por palabra, y comprendió con asombro que había dicho allí cosas que entonces no sabía de cierto: su tesoro y misterio, el del Buda, no era la doctrina, sino lo inexpresable y no enseñable que sintió en el momento de su transfiguración; esto era precisamente lo que él empezaba a sentir. Ahora debía

sentirse a sí mismo. Ya hacía mucho que sabía que su ser era Atman, un ser eterno como Brahma. Pero nunca había encontrado realmente este ser, porque había querido atraparlo con la red del pensamiento. También estaba seguro de que el cuerpo no era este ser propio, ni el juego de los sentidos, ni tampoco el pensamiento ni la razón, ni la ciencia aprendida, ni el arte adquirido, ni sacar conclusiones e hilar nuevos pensamientos de lo ya pensado. No, tampoco este mundo del pensamiento estaba de este lado ni conducía a ninguna parte si se mataba el yo accidental de los sentidos y se alimentaba, en cambio, el yo accidental del pensamiento y del saber. Tanto los pensamientos como los sentidos eran cosas hermosas; tras ellas estaba oculto el último significado; importaba escuchar a las dos, jugar con las dos, ni despreciarlas a ambas ni sobreestimarlas: escuchar las voces secretas de su interior. No quería aspirar a nada que no le mandaran aspirar las voces, no quería permanecer junto a nada que no le hubieran aconsejado las voces. ¿Por qué había estado en otro tiempo Gotama, en el momento de los momentos, sentado bajo el Bo, donde le alcanzó la iluminación divina? Había oído una voz, una voz en su propio corazón, que le ordenaba buscar descanso bajo este árbol, y había pospuesto las mortificaciones, los sacrificios, las abluciones u oraciones, el comer y el beber, el dormir y el soñar, y había obedecido a la voz. Obedecer así, no las órdenes exteriores, sino solamente la voz, estar así dispuesto, esto era lo bueno, esto era lo necesario y no lo otro.

La noche en que durmió en la choza de paja de un barquero, a la orilla del río, Siddhartha tuvo un sueño: Govinda estaba ante él, vestido con una túnica amarilla de asceta. Govinda aparecía muy triste, y le preguntó: "¿Por qué me has abandonado?" Entonces abrazó a Govinda, y cuando le atrajo hacia sí y le besó, Govinda se convirtió en una mujer, cuya túnica se entreabrió mostrando un pecho henchido, sobre el que descansó Siddhartha y del que bebió leche dulce y fuerte. Aquella leche sabía a mujer y a hombre, a sol y a bosque, a bestias y a flores, a todas las frutas, a todos los placeres. Aquella bebida emborrachaba y hacía perder el conocimiento. Cuando Siddhartha despertó, brillaba el pálido río a través de la puerta de la cabaña, y en el bosque se oía profundo y armonioso el canto oscuro del búho.

Y cuando rompió el día, Siddhartha rogó a su huésped, el barquero, que le llevara sobre el río. El barquero le llevó en su balsa de bambúes sobre el río, que brillaba rojizo con el arrebol de la aurora.

-Es un río muy hermoso-dijo Siddhartha a su acompañante.

-Sí-dijo el barquero-, un río muy hermoso, yo lo amo sobre todas las cosas. Le he escuchado con frecuencia, con frecuencia he mirado en sus ojos, y siempre he aprendido algo de él. Se puede aprender mucho de un río.

-Te doy gracias, mi bienhechor -dijo Siddhartha cuando desembarcó en la otra orilla-. No tengo nada que regalarte, querido, ni dinero para pagarte el pasaje. Soy un hombre sin patria, un hijo de brahmán, un samana.

-Ya lo veo -dijo el barquero-, y no esperaba de ti ni dinero ni regalos. Ya me lo darás otra vez.

-¿Tú crees? -preguntó Siddhartha, regocijado.

-Ciertamente. También eh aprendido esto del río: ¡todo vuelve! Tú también, samana, volverás un día. Ahora, ¡que te vaya bien! Ojalá tu amistad sea mi recompensa. Acuérdate de mí cuando ofrendes a los dioses.
Se separaron, sonriendo, Siddhartha se regocijó pensando en la llaneza y amistad del barquero. "Es como Govinda -pensó, sonriendo-. Todos los que me encuentro en mi camino son como Govinda. Todos son agradecidos, aunque son ellos los que tienen derecho al agradecimiento. Todos son sumisos, todos son inclinados a la amistad, están dispuestos a obedecer, poco a pensar. Los hombres son como niños."
Al mediodía atravesó una aldea. Ante las chozas de barro jugaban los niños con semillas de calabaza y conchas, gritaban y se peleaban, pero todos huyeron atemorizados al ver al samana. Al otro extremo de la aldea, el camino cruzaba un arroyo, y a la orilla del arroyo había una mujer joven lavando la ropa. Cuando Siddhartha la saludó, levantó la cabeza y le miró con una sonrisa, viendo Siddhartha brillar sus ojos. Pronunció una bendición sobre ella, como era costumbre de los caminantes, y preguntó qué distancia había hasta la ciudad. Ella entonces se levantó y se acercó a él, refulgiéndole graciosamente la húmeda boca en el rostro joven. Cambió algunas bromas con él, le preguntó si había comido y si era verdad que los samanas duermen solos en el bosque por la noche y no pueden tener ninguna mujer a su lado. Luego puso ella su pie izquierdo en el derecho de él e hizo un movimiento, como el que hace la mujer cuando provoca al hombre a aquella manera de gozar amoroso que los libros sabios llaman "trepar al árbol". Siddhartha sintió que la sangre le hervía, y como recordara en aquel instante el sueño pasado, se inclinó un poco sobre la mujer y besó los botones morenos de sus pechos. Al levantar los ojos vio su rostro que sonreía lleno de deseo y sus ojos empequeñecidos suplicando con vehemencia.
También Siddhartha sentía deseos ardientes y que la fuente del sexo se movía; pero como todavía no había tocado nunca a una mujer, vaciló un momento, mientras sus manos estaban ya dispuestas a asir las de ella. Y en este instante escuchó estremecido la voz de su interior, y la voz decía no. Entonces desapareció del rostro sonriente de la joven mujer todo encanto y no vio nada más que la húmeda mirada de una hembra ardiente. La acarició amistoso la mejilla, se apartó de ella y desapareció con pies ligeros por entre un bosquecillo de bambúes, dejándola desilusionada.
En este día llegó por la noche a una gran ciudad, y se alegró, pues anhelaba la compañía de las gentes. Había vivido mucho tiempo en el bosque, y la choza de paja del barquero, en la que había pasado la noche, era el primer techo que le cobijaba desde hacía mucho tiempo.
Delante de la ciudad, junto a un bello bosquecillo cercado, encontró el caminante un pequeño séquito de criados y criadas cargados con cestos. En medio, en una silla de manos muy adornada que traían entre cuatro, venía sentada sobre cojines rojos y bajo un toldillo de colorines una mujer, la señora. Siddhartha se detuvo a la entrada del parque de recreo, miró a los criados, a las criadas, los cestos, la silla, y en la silla, a la dama. Bajo unos cabellos muy rizados y muy negros vio un rostro luminoso, muy delicado, muy discreto, una boca roja como un higo recién abierto, unas cejas cuidadas y pintadas formando un arco alto, unos ojos negros sensatos y despiertos, un cuello

esbelto y blanco emergiendo de entre unas telas verdes y doradas, unas manos finas y largas con pulseras de oro en las muñecas.
Siddhartha vio cuán hermosa era, y su corazón sonrió. Se inclinó profundamente cuando la silla estuvo cerca, y al incorporarse la miró a la cara; leyó por un instante en los ojos prudentes y muy arqueados, respiró un aroma que no conocía. La señora inclinó la cabeza sonriendo un memento, y desapareció dentro del jardín, y los criados, tras ella.
"Entro con buenos augurios en la ciudad", pensó Siddhartha. Se le ocurrió entrar en el jardín, pero examinó su figura y comprendió que no era extraño que los criados y criadas le hubieran mirado con desprecio, con desconfianza, rechazándole.
"Todavía soy un samana -pensó-, todavía soy un asceta y un mendigo. No puedo seguir así, así no puedo entrar en el jardín." Y sonrió.
Al primer hombre que pasó por el camino le interrogó sobre aquel parque y le preguntó el nombre de la dama, y supo que aquel era el jardín de Kamala, la famosa cortesana, y que tenía, además del jardín, una casa en la ciudad.
Luego entro en la ciudad. Ahora tenía un objetivo.
Siguiendo su plan vagó por la ciudad, recorrió sus calles, se detuvo en las plazas, descansó en la escalinata de piedra del río. Al anochecer hizo amistad con un mozo de barbería, al que había visto trabajar a la sombra de una arquería, al que volvió a encontrar pidiendo a la puerta de un templo de Visnú, al que contó la historia de Visnú y Laksmi. Pasó la noche tendido junto a los botes del río, y muy de mañana, antes que los primeros parroquianos vinieran a la barbería, se hizo afeitar y cortar el pelo por su amigo, se peinó y se ungió el cabello con un fino aceite. Luego se bañó en el río.
Cuando la hermosa Kamala se retiró al atardecer a su jardín, a la puerta estaba Siddhartha, se inclinó y recibió el saludo de la cortesana. Al último criado del cortejo le hizo una seña y le rogó que hiciera saber a su señora que un joven brahmán deseaba hablarla. A poco regresó el criado, pidió al que esperaba que le siguiera, lo condujo en silencio hasta un pabellón donde reposaba Kamala en un diván y le dejó a solas con ella.
-¿No eres tú el que ayer me saludó ahí afuera?- preguntó Kamala.
-Sí, ayer te vi y te saludé.
-Pero ¿no tenías ayer una barba y largos cabellos y polvo en el pelo?
-Bien lo observaste, todo lo viste. Viste a Siddhartha, el hijo del brahmán, que dejó su patria para convertirse en un samana y que ha sido samana durante tres años. Pero ahora he dejado esta senda y he llegado a esta ciudad, y lo primero que encuentro antes de entrar en ella eres tú. Es decir, ¡que he venido a ti, oh Kamala! Eres la primera mujer a la que hablo sin bajar los ojos a tierra. Nunca más abatiré la mirada cuando me encuentre con una mujer hermosa.
Kamala sonreía y jugaba con su abanico de plumas de pavo real. Y preguntó:
-¿Y solo para decirme esto ha venido a mí Siddhartha?
-Para decirte esto y para darte gracias por ser tan bella. Y si no te desagrada, Kamala, quisiera rogarte que fueras mi amiga y maestra, pues no sé nada de este arte en el que tú eres maestra.

Kamala se echó a reír.
-¡Nunca me ha sucedido, amigo, que un samana viniera del bosque a mí y quisiera que yo le enseñara! ¡Nunca me ha sucedido que un samana de largos cabellos viniera a mí con unos harapos en torno a las caderas! Muchos jóvenes vienen a mí, y entre ellos, muchos hijos de brahmanes, pero vienen con hermosos vestidos, traen finos zapatos, tienen perfumado el cabello y dinero en la bolsa. Así son, samana, los jóvenes que se acercan a mí.
Habló Siddhartha:
-Ya empiezo a aprender de ti. Ayer también aprendí algo. Me quité la barba, me peiné, unté mis cabellos con aceite. Poco es lo que me falta, hermosa: vestidos finos, zapatos elegantes, dinero en la bolsa. Mira, Siddhartha se ha propuesto cosas más difíciles que estas y las ha alcanzado. ¿Cómo no va a conseguir lo que ayer se propuso: ser tu amigo y aprender de ti las alegrías del amor? Me encontrarás dócil, Kamala; he aprendido cosas más difíciles que las que tú has de enseñarme. Así que dime: ¿no te basta Siddhartha como es, con aceite en el pelo, pero sin vestidos, sin zapatos, sin dinero?
Kamala exclamó, riendo:
-No, querido; no basta eso. Debe tener vestidos, vestidos hermosos, y zapatos, zapatos lindos, y mucho dinero en la bolsa, y regalos para Kamala. ¿Te enteras, samana de los bosques? ¿Te has dado cuenta?
-Me he dado cuenta muy bien -exclamó Siddhartha-. ¡Cómo no darse cuenta de lo que viene de una boca así! Tu boca es como un higo recién abierto, Kamala. También mi boca es roja y fresca, te gustará; lo has de ver. Pero dime, hermosa Kamala, ¿no tienes temor del samana de los bosques, que viene a aprender el amor?
-¿Por qué he de tener temor de un samana, de un simple samana de los bosques, salido de entre los chacales y que no sabe todavía lo que son las mujeres?
-¡Oh!, el samana es fuerte y no teme a nadie. Podría forzarte, hermosa muchacha. Podría raptarte. Podría hacerte mal.
-No, samana, eso no me causa temor. ¿Ha tenido miedo nunca un samana o un brahmán de que alguien pudiera venir y robarle su sabiduría, su piedad y su profundidad de espíritu? No, pues todo esto le pertenece, y solo da parte a quien él quiere y cuando quiere. Así es y lo mismo sucede con Kamala y con las alegrías del amor. ¡Bella y roja es la boca de Kamala, pero intenta besarla contra la voluntad de Kamala y no alcanzarás ni una gota de dulzura de sus labios, que saben dar tantas dulzuras! Eres dócil, Siddhartha, así que aprende esto: el amor se puede mendigar, comprar, recibirlo regalado, encontrarlo en la calle, pero no se puede robar. Te has trazado un camino falso. No; sería una pena que un joven tan apuesto como tú quisiera obrar así.
Siddhartha se inclinó, sonriendo.
-Sería una verdadera pena, Kamala, ¡tienes razón! Sería una pensa grandísima. No, ¡no se ha de perder ni una gota de dulzura de tu boca, ni de la mía! Quedamos en que Siddhartha volverá cuando tenga lo que le falta: vestidos, zapatos, dinero. Pero dime, noble Kamala, ¿no podrías darme un consejo?

-¿Un consejo? ¿Por qué no? ¿Quién no querrá dar un consejo a un pobre, a un ignorante samana, que viene de entre los chacales del bosque?
-Amada Kamala, aconséjame: ¿dónde iré para alcanzar cuanto antes estas tres cosas?
-Amigo, eso lo sabe cualquiera. Debes hacer lo que has aprendido, y exigir por ello dinero, vestidos y calzado. De otra forma, el pobre nunca llegará a tener dinero. ¿Qué sabes hacer?
-Sé pensar. Sé esperar. Sé ayunar.
-¿Nada más?
-Nada más. También sé hacer versos. ¿Quieres darme un beso por una poesía?
-Te lo daré si me gusta. ¿Cómo dice ese verso?
Siddhartha recitó este poema, después de haber pensado un momento:
En su sombroso vergel entra la hermosa Kamala,
A la puerta del jardín está el broncíneo samana.
Al ver esta flor de loto, profundamente se inclina,
Kamala le responde con una sonrisa.
El joven piensa: mejor que ofrendar a los dioses
Es ofrendar a la hermosa Kamala.
Kamala aplaude ruidosamente, y las pulseras de oro acompañan sus palmadas con tintineos armoniosos.
-Bellos son tus versos, broncíneo samana, y en verdad que no pierdo nada si te doy un beso por ellos.
Le atrajo hacia sí con los ojos; él inclinó su rostro sobre el de ella, y puso su boca sobra la otra boca, que parecía un higo recién abierto. Kamala le besó largamente, y con profundo asombro sintió Siddhartha cómo le enseñaba, cuán sabia era, cómo le dominaba; le rechazó, le volvió a atraer a sí, y siguióse una serie de besos, todos diferentes unos de otros. Respirando profundamente se incorporó; parecía en aquel momento un niño asombrado de la profusión de ciencia y conocimientos que se ofrecían a sus ojos.
-Tus versos son muy hermosos -exclamó Kamala-; si yo fuera rica te daría montones de oro por ellos. Pero te va a ser difícil ganar con tus versos todo el dinero que necesitas. Pues necesitas mucho dinero para ser amigo de Kamala.
-¡Cómo sabes besar, Kamala!- balbució Siddhartha.
-Sí, lo hago bastante bien; por eso no me faltan vestidos, zapatos, pulseras y otras bellas cosas. Pero ¿qué va a ser de ti? ¿No sabes otra cosa más que pensar, ayunar y rimar?
-Conozco también los cantos de los sacrificios -dijo Siddhartha-, pero no quiero volver a cantarlos. Sé también muchos conjuros, pero no quiero volver a pronunciarlos. He leído manuscritos...
-Alto -interrumpióle Kamala- ¿Sabes leer? ¿Sabes escribir?
-Sí. Y muchos también.
-La mayoría no saben. Yo tampoco. Es una suerte que sepas leer y escribir. También podrás valerte de los conjuros.
En este momento llegó corriendo una criada y susurró al oído de la señora un recado.

-Tengo visita -dijo Kamala-. Marcha en seguida, Siddhartha; nadie debe verte aquí, ¡tenlo muy presente! Mañana volveré a recibirte.
Ordenó a la criada que diera una túnica blanca al piadoso brahmán. Sin darse cuenta de nada, Siddhartha se vio llevado de allí por la criada, introducido en una casa del jardín, obsequiado con una túnica, conducido a la espesura y rogado insistentemente que saliera cuanto antes del parque.
Lleno de contento hizo lo que le pedían. Acostumbrado a moverse en el bosque, salió silenciosamente del jardín saltando la cerca. Muy contento regresó a la ciudad, con la túnica enrollada bajo el brazo. En un mesón donde entraban muchos viajeros se colocó a la puerta, pidió silenciosamente de comer y recibió un trozo de pastel de arroz. "Quizá mañana -pensó- no tenga que pedir de comer."
El orgullo se apoderó de él de repente. Ya no era ningún samana, era indigno andar pidiendo. Dio el trozo de pastel de arroz a un perro y se quedó sin comer.
"Sencilla es la vida que aquí llevan -pensó Siddhartha-. No tiene dificultades. Todo era difícil, penoso y al fin desesperanzador cuando todavía era samana. Ahora todo es fácil, fácil como la lección de besos que Kamala me dio. Necesito dinero y vestidos, casi nada, pequeñeces que no me quitarán el sueño."
Anduvo preguntando por la casa de Kamala, y allí se encontró al día siguiente.
-Todo va bien -dijo ella saliéndole al encuentro-. Te esperan en casa de Kamaswami, el comerciante más rico de esta ciudad. Si le agradas te dará un empleo. Sé prudente, broncíneo samana. He logrado que otro le hablara de ti. Sé amistoso con él, es muy poderoso. ¡Pero no sean tan modesto! No quiero que seas su criado, sino su igual; de lo contrario no estaré contenta de ti. Kamaswami empieza a ser viejo y comodón. Si le agradas te confiará muchas cosas.
Siddhartha le dio gracias y sonrió, y cuando Kamala se enteró de que no había comido nada ni ayer ni hoy, mandó traer pan y frutas, y le regaló.
-Has tenido suerte -dijo al despedirle-; una puerta tras otra van abriéndose ante ti. ¿Cómo puede ser esto? ¿Tienes un talismán?
Dijo Siddhartha:
-Ayer te dije que sabía pensar, esperar y ayunar; pero te pareció que esto no servía para nada. Pero sirve de mucho, Kamala, ya lo verás. Comprobarás que el estúpido samana aprendió muchas cosas en el bosque que vosotros no sabéis. Anteayer era yo un mendigo harapiento, ayer ya besé a Kamala, y pronto seré un comerciante y tendré dinero y todas esas cosas en las que pones tanta estima.
-Sí -dijo ella-. Pero ¡qué sería de ti sin mi? ¿Qué serías si Kamala no te ayudara?
-Querida Kamala -dijo Siddhartha, y se irguió-; cuando me llegué a ti en el parque di el primer paso. Era mi intención aprender el amor junto a aquella hermosa mujer. Desde el momento en que tomé aquella determinación sabía también que lo conseguiría. Sabía que me ayudarías; lo supe al recibir tu primera mirada a la puerta del jardín.
-¿Y si yo no hubiera querido?
-Quisiste. Mira, Kamala: cuando arrojas una piedra al agua se va al fondo por el camino más corto. Así sucede cuando Siddhartha se propone algo. Siddhartha no hace nada, espera, piensa, ayuna, pero avanza a través de las cosas del mundo, como la piedra a

través del agua, sin hacer nada, sin moverse; es empujado, se deja caer. Su meta le atrae, pues no deja penetrar nada en su alma que pueda entorpecerle el camino hacia su meta. Esto es lo que Siddhartha aprendió junto a los samanas. Esto es lo que los necios llaman sortilegio, y creen que el sortilegio es obrado por los demonios. Los demonios no hacen nada, no hay demonios. Todos pueden obrar prodigios, todos pueden alcanzar su meta si saben pensar, si saben esperar, si saben ayunar.
Kamala le escuchaba. Le gustaba su voz, le gustaba la mirada de sus ojos.
-Quizá sea así como dices, amigo. Pero quizá sea también porque Siddhartha es un guapo mozo, porque su mirada agrada a las mujeres, por lo que la dicha viene a su encuentro.
Siddhartha se despidió con un beso.
-Ojalá sea así, maestra mía. Ojalá te agrade por siempre mi mirada. ¡Ojalá me venga siempre la dicha de ti!

Capítulo VI
Entre Los Hombres Niños

Siddhartha fue a casa del comerciante Kamaswami, una vivienda suntuosa, y unos criados le introdujeron en una habitación adornada con costosos tapices, donde esperó al amo de la casa.
Kamaswami entró; era un hombre vivo, ágil, de pelo recio y canoso, de ojos cautos, prudentes, de boca codiciosa. Se saludaron amistosamente amo y huésped.
-Me han dicho- empezó a decir el comerciante- que eres un brahmán, un hombre instruido, pero que buscas un empleo en casa de un comerciante. ¿Es que has caído en la pobreza, brahmán, para verte obligado a solicitar un empleo?
-No -dijo Siddhartha-, no he caído en la pobreza, ni he estado nunca en ella. Sabrás que vengo de los samanas, con los que he vivido mucho tiempo.
-Si vienes de los samanas, ¿cómo puedes dejar de estar en la pobreza? ¿Es que los samanas no carecen de todo?
-Yo carezco de todo -dijo Siddhartha-, es como tú piensas. Ciertamente que carezco de todo. Sin embargo, carezco de todo voluntariamente; por eso no estoy en la pobreza.
-¿Y de qué quieres vivir si no tienes nada?
-Todavía no he pensado en ello, señor. He vivido en la pobreza más de tres años, y nunca he pensado en de qué vivir.
-Entonces es que has vivido de la hacienda de otro.
-Posiblemente. También los comerciantes viven de los bienes de los demás.
-Bien hablado. Pero no toma lo de los otros de balde; les da a cambio sus mercancías.
-Así es como debe ser en realidad. Todos toman, todos dan; así es la vida.
-Pero permite: si tú no tienes nada, ¿qué puedes dar?
-Cada cual da lo que tiene. El guerrero da fuerza; el comerciante da mercancías; el maestro, enseñanzas; el labrador, arroz; el pescador, peces.

-Muy bien. ¿Y qué es lo que tú tienes para dar? ¿Qué es lo que tú has aprendido, qué es lo que sabes?
-Yo sé pensar. Yo sé esperar. Yo sé ayunar.
-¿Eso es todo?
-¡Creo que eso es todo!
-¿Y para qué sirve? Por ejemplo, ¿para qué sirve el ayunar?
Para mucho señor. Cuando un hombre no tiene nada de comer, ayunar es lo más razonable que puede hacer. Por ejemplo, si Siddhartha no hubiera aprendido a ayunar, hoy tendría que aceptar cualquier trabajo en tu casa o en cualquier otra parte, pues el hambre le hubiera obligado a ello. Pero, de esta forma, Siddhartha puede esperar tranquilamente, no conoce la impaciencia, no conoce la necesidad, puede dejarse sitiar largo tiempo por el hambre y puede reírse de todo. Por esto es bueno ayunar, señor.
-Tienes razón, samana. Espera un momento.
Kamaswami salió y volvió con un rollo de papel, que alargó a su huésped, mientras le preguntaba.
-¿Sabes leer esto?
Siddhartha examinó el rollo, en el que esta escrito un contrato, y empezó a leer su contenido.
-Perfectamente -dijo Kamaswami-. ¿Y querrías escribirme algo en esta hoja?
Le dio una hoja y un estilo, y Siddhartha escribió en ella y se la devolvió:
Kamaswami leyó:
-Escribir es cosa buena, pero mejor es pensar. La prudencia es buena, pero la paciencia es mejor.
-Escribes muy bien -elogió el comerciante-. Tenemos que hablar de muchas cosas. Te ruego que por hoy seas mi huésped.
Siddhartha dio gracias y aceptó, y vivió en la casa del comerciante. Le trajeron vestidos y zapatos, y un criado le preparaba a diario el baño. Dos veces al día le servían una comida magnífica, pero Siddhartha solo comía una vez al día, y no comía carne, ni bebía vino. Kamaswami le habló de su negocio, le enseñó los almacenes y la tienda, le mostró las cuentas. Siddhartha aprendió muchas cosas nuevas, escuchaba mucho y hablaba poco. Y recordando las palabras de Kamala, no se subordinó nunca al comerciante, le obligó a que le tratara como a su igual, y mejor que a su igual. Kamaswami dirigía su negocio con atención y muchas veces con apasionamiento, pero Siddhartha lo consideraba todo como un juego, cuyas reglas se esforzaba en aprender, pero cuyo contenido no le rozaba el corazón.
No llevaba mucho tiempo en casa de Kamaswami cuando ya tomó parte en el negocio de su amo. Pero a diario, a las horas que ella le marcaba, visitaba a la hermosa Kamala, bien vestido, bien calzado, y pronto pudo llevarla regalos. Mucho le enseñó su boca roja y discreta. Mucho le enseñó su mano delicada y suave. A él, que en amor era todavía un muchacho y por esto estaba inclinado a arrojarse ciego e insaciable al placer como a un abismo, le enseñó a fondo la lección de que no se puede encontrar placer sin dar placer, y que cada gesto, cada caricia, cada contacto, cada mirada, cada trocito del cuerpo tiene su secreto, que prepara la dicha para despertar al iniciado. Le

enseñó que los amantes después de una fiesta de amor no pueden separarse uno de otro sin admitirse mutuamente, sin estar vencido igual que él ha vencido, para que no aparezca la saciedad o el vacío en ninguno de los dos y el maligno sentimiento de haber abusado o de que han abusado de él. Pasó horas maravillosas junto a la hermosa y prudente artista, fue su discípulo, su amante, su amigo. Aquí, junto a Kamala, estaba el valor y el sentido de su vida actual, no en el comercio de Kamaswami.

El comerciante le encargó la redacción de cartas y contratos y se acostumbró a discutir con él los negocios más importantes. Pronto se dio cuenta de que Siddhartha entendía muy poco de arroz y algodón, de fletes y mercados, pero sí de que tenía buena mano y de que le superaba en calma e indiferencia y en el arte de saber escuchar e influir en las gentes extrañas.

-Este brahmán- dijo una vez a un amigo- no es un verdadero comerciante, ni lo será nunca; no pone su alma en el negocio. Pero posee el secreto de aquellas personas a las que el éxito sonríe siempre, ya por haber nacido bajo buena estrella, ya por sortilegio, ya por algo que ha aprendido entre los samanas. Siempre parece estar jugando con el negocio, nunca lo acepta en su interior, nunca le domina, nunca teme al fracaso, nunca le preocupa la pérdida.

El amigo aconsejó al comerciante:

-Dale un tercio de las ganancias en los negocios que inicie para ti; pero que pague también un tercio de las pérdidas cuando las haya. Con esto pondrá más celo en los asuntos.

Kamaswami siguió el consejo. Pero Siddhartha se preocupó poco de ello. Si ganaba, lo aceptaba con indiferencia; si había pérdida, sonreía y decía:

-¡Eh, mira, esto no ha ido muy bien!

En realidad parecía que los negocios le tenían sin cuidado. Una vez viajó a una aldea para comprar una cosecha de arroz. Pero cuando llegó ya habían vendido el arroz a otro almacenista. Sin embargo, Siddhartha se quedó varios días en aquel pueblo, convidó a los aldeanos, regaló monedas de cobre a sus hijos, asistió a una boda y regresó muy satisfecho del viaje. Kamaswami le hizo algunos reproches por no haber regresado en seguida, por haber malgastado el dinero. Siddhartha respondió:

-¡Déjate de regaños, querido amigo! Nunca se logra nada con ellos. Si te he causado una pérdida, yo la pagaré. Estoy muy contento de este viaje. He conocido a mucha gente, me he hecho amigo de un brahmán. Los niños han cabalgado sobre mis rodillas, los labradores me han enseñado sus tierras, nadie me ha tratado como a un comerciante.

-¡Muy bonito todo eso! -gritó Kamaswami, malhumorado-; sin embargo, tú eres un comerciante, creo yo! ¿O es que solo viajaste por capricho?

-Efectivamente- dijo, sonriendo Siddhartha-, he viajado por capricho. ¿Por qué si no? He conocido hombres y comarcas, he gozado de amistades y confianzas, he encontrado amigos. Mira, querido, si yo hubiera sido Kamaswami, al ver que la compra había fracasado, me hubiera vuelto con premura y lleno de enojo, y hubiera perdido tiempo y dinero en realidad. De esta forma, en cambio, he aprendido, he gozado de

paz, no he molestado a los demás ni a mí mismo con enojos y premuras. Y si alguna vez vuelvo por allí para comprar quizá una cosecha venidera, o con cualquier otro motivo, todos me recibirán amistosamente y con calor, y me alabaré de no haberme mostrado antes malhumorado. Así que déjalo estar, amigo, y no te disgustes reprendiéndome. Si llega el día en que veas que Siddhartha te perjudica, di una palabra y Siddhartha se irá por su camino. Per hasta entonces deja que vivamos contentos los dos.

Vanos fueron también los intentos de hacer ver a Siddhartha que estaba comiendo su pan, el del comerciante. Siddhartha comía su propio pan, mejor dicho, ambos estaban comiendo el pan de los demás, el pan de todos. Nunca prestaba oídos Siddhartha a las preocupaciones de Kamaswami, y Kamaswami las tenía en abundancia. Si una operación amenazaba ruina, si un envío se extraviaba, si un deudor no podía pagar, nunca pudo Kamaswami convencer a su socio de que era útil pronunciar palabras de preocupación o de cólera, tener arrugas en la frente, dormir mal. Cuando Kamaswami le dijo una vez que todo lo que sabía lo había aprendido de él, le contestó:

-¡No digas tonterías! De ti no he aprendido otra cosa que el precio de un cesto de pescado o el tanto por ciento que debe rentar un dinero prestado. Esa es toda tu ciencia. Contigo no he aprendido a pensar, querido Kamaswami; antes bien, procura tú aprenderlo de mí.

En realidad no tenía el alma en el negocio. Los negocios eran buenos y le daban dinero para Kamala, y le traían más de lo que necesitaba. Por lo demás, Siddhartha no sentía simpatía y curiosidad más que por los hombres, cuyos negocios, trabajos, preocupaciones, diversiones y locuras habían sido antes para él cosas tan extrañas y lejanas como la Luna. Fácilmente logró hablar con todos, vivir con todos, aprender de todos, pero estaba convencido de que había algo que le separaba de ellos: su cualidad de samana. Veía vivir a los hombres de una manera infantil o bestial que le agradaba y despreciaba al mismo tiempo. Les veía afanarse, les veía sufrir y envejecer por cosas que le parecían enteramente indignas de este precio, por el dinero, por pequeños goces, por pequeños honores, los veía disputar entre sí e injuriarse. Los veía quejarse de dolores, de los que el samana se reía, y sufrir por privaciones que un samana no sentía.

Siempre estaba dispuesto a recibir todo lo que estos hombres le traían. Bienvenidos eran para él los comerciantes que le ofrecían lino, bienvenidos los que estaban llenos de deudas y venían a contraer otra, bienvenidos los mendigos que se pasaban más de una hora contándole la historia de su pobreza, y ninguno de los cuales era tan pobre como un samana. A los ricos comerciantes extranjeros no los trataba ni mejor ni peor que al criado que le afeitaba, y al vendedor ambulante, del que se dejaba engañar en unas monedas al comprarle bananas. Cuando Kamaswami se le acercaba para lamentarse de sus contrariedades o para hacerle reproches por una operación le escuchaba con interés, se admiraba de él, intentaba comprenderle, le daba un poco la razón, todo lo que le parecía imprescindible, y le dejaba para atender al primero que venía en su busca. Pues eran muchos los que venían a él; muchos, para tratar con él; muchos, para engañarle; muchos, para sondearle; muchos, para excitar su compasión;

muchos para oír su consejo. El daba consejo, se compadecía, regalaba, se dejaba engañar un poco, y todo este juego y la pasión que todos los hombres ponían en este juego ocupaban su pensamiento tanto como en otro tiempo habían entretenido a los dioses y a Brahma.

De cuando en cuando sentía en el fondo del pecho una voz apagada, mortecina, que amonestaba quedamente, que se quejaba débilmente, tanto que apenas la entendía. Después se daba cuenta por un momento de que llevaba una vida extraña, que hacía cosas pomposas, que no eran más que un juego, que estaba demasiado alegre y a veces sentía paz, pero que la propia vida se deslizaba sin embargo a su lado y no le rozaba. Como un jugador juega con su pelota, así jugaba él con sus negocios, con los hombres que le rodeaban, los contemplaba, se divertía con ellos; con el corazón, con la fuente de su ser, nunca estaba en nada de esto. La fuente manaba en alguna parte, lejos de él, manaba y manaba invisible; no tenía nada que ver con su vida. Y a veces se sobrecogía ante estos pensamientos y deseaba que le fuera concedido a él también el poder compartir la infantil actividad del día con pasión y con el corazón, vivir de verdad, trabajar de verdad, gozar y vivir de verdad, en lugar de estar allí sólo como simple espectador.

Pero siempre volvía junto a la hermosa Kamala, aprendía el arte de amar, practicaba el culto del placer, donde más que en parte alguna es una misma cosa el dar y recibir; charlaba con ella, aprendía de ella, le daba consejos y los recibía. Ella le comprendía mejor que Govinda le había comprendido en toro tiempo, era semejante a él.

Una vez le dijo:

-Eres como yo, eres distinta a la mayoría de las gentes. Eres Kamala, no otra, y dentro de ti hay una paz y un refugio en el que penetras a veces y puedes estar a solas contigo misma, como yo también suelo hacer. Pocos hombres tienen esto, y, sin embargo, todos podrían tenerlo.

-No todos los hombres son juiciosos- dijo Kamala.

-No-dijo Siddhartha-, no consiste en eso, Kamaswami es tan juicioso como yo, y no obstante no tiene un refugio dentro de sí. Otros lo tienen, los que en espíritu son semejantes a los niños. La mayoría de los hombres, Kamala, son como hojas que caen del árbol, revolotean en el aire, vacilan y caen al suelo. Pero otros, unos pocos, son como estrellas que recorren un camino fijo, no las alcanza el viento y llevan en sí su propia ley y su propio rumbo. Entre todos los sabios y samans que he conocido no encontré más que uno de estos y no le puedo olvidar. Es aquel Gotama, el Sublime, el profeta de aquella doctrina. Miles de jóvenes escuchan cada día su doctrina, siguen a diario sus preceptos, pero todos ellos son hojas desprendidas, no llevan en sí mismos la doctrina y la ley.

Kamala le observó con una sonrisa.

-Otra vez vuelves a hablar de él-dijo, vuelves a tener pensamientos de samana.

Siddhartha calló, y se entregaron al juego del amor, uno de los treinta o cuarenta juegos distintos que Kamala sabía. Su cuerpo era flexible como el del jaguar y como el arco del cazador; quien había aprendido de ella el amor, era perito en muchos deleites y conocía muchos secretos. Mucho tiempo estuvo jugando con Siddhartha: le sedujo, le

rechazó, le forzó, le abrazó, se alegró de su maestría, hasta que le venció y descansó agotado a su lado.
La hetaira se inclinó sobre él, le miró largamente a la cara, a los ojos fatigados.
-Eres el mejor amante que he tenido-dijo pensativa-. Eres más fuerte que los otros, más tratable, más complaciente. Bien has aprendido mi arte, Siddhartha. Cuando sea vieja quiero tener un hijo tuyo. Y, sin embargo, querido, sigues siendo un samana; sin embargo, no me amas, no amas a nadie. ¿No es así?
-Es posible-dijo Siddhartha, fatigado-. Soy como tú. Tú tampoco amas. ¿Cómo podrías si no practicar el amor como un arte? Los seres de nuestra clase quizá no pueden amar. Los hombres infantiles lo pueden; este es su secreto.

Capítulo VII
Sansara

Hacía tiempo que Siddhartha venía viviendo la vida del mundo y del placer sin pertenecer a ella. Sus sentidos, a los que durante los años ardientes del samana había matado, habían vuelto a despertar, había gozado de la riqueza, del placer, del poderío; sin embargo, había seguido siendo con el corazón un samana, como Kamala, la inteligente, había adivinado. Su vida seguía asentada en el arte de pensar, de esperar, de ayunar; los hombres infantiles del mundo seguían siendo extraños para él, como él lo era para ellos.
Los años pasaban y Siddhartha apenas se daba cuenta. Se había hecho rico; hacía tiempo que poseía una casa y una servidumbre propias, y una quinta fuera de la ciudad, junto al río. Las gentes le querían, venían a él cuando necesitaban dinero o consejo, pero nadie había intimado con Siddhartha, excepto Kamala.
Aquel alto y luminoso estar despierto, que en otro tiempo, en los albores de su juventud había experimentado, en los días que siguieron al sermón de Gotama, después de la separación de Govinda, aquella tensa esperanza, aquel orgulloso aislamiento sin doctrinas ni maestros, aquella flexible disposición para escuchar la voz divina en el propio corazón, se habían convertido poco a poco en recuerdos, se habían hecho perecederos; lejana y mansa susurraba la fuente bendita, que antes había manada próxima, que antes había susurrado dentro de él. Era cierto que lo que había aprendido con los samanas, con Gotama, con su padre el brahmán, había permanecido mucho tiempo en él: vida frugal, alegría en el pensar, las horas de meditación, secretos conocimientos de sí mismo, del eterno yo, que no es cuerpo ni conciencia. Mucho de aquello había quedado en él, pero aquellas cosas habían ido desapareciendo unas tras otras y se habían cubierto de polvo. Como el torno del alfarero, una vez puesto en marcha gira mucho tiempo y va disminuyendo su velocidad lentamente hasta inmovilizarse, así giró por mucho tiempo en el alma de Siddhartha la rueda del ascetismo, la rueda del pensar, la rueda del discernimiento, y siguió girando siempre, pero lenta y vacilante, próxima a detenerse. Lentamente, como penetra la humedad en el tronco del árbol moribundo, hinchándole y pudriéndole, así había penetrado en el

alma de Siddhartha el mundo y la indolencia; lentamente fueron pudriendo su alma, volviéndola pesada, fatigándola, adormeciéndola. En cambio, sus sentidos se habían vuelto más vivos, habían aprendido mucho, habían experimentado mucho.
Siddhartha había aprendido a llevar un negocio, a ejercer el poder sobre los hombres, a gozar con las mujeres; había aprendido a llevar hermosos vestidos, a mandar a los criados, a bañarse en aguas perfumadas. Había aprendido a comer platos cuidadosamente preparados, pescado, también carne y aves, especias y confitería, y a beber vino, que nos vuelve perezosos y nos hace olvidar. Había aprendido a jugar a los dados y al ajedrez, a contemplar a las bailarinas, a dejarse llevar en una silla, a dormir en un blando lecho. Pero siempre se había sentido diferente de los demás y superior a ellos; siempre los había mirado con un poco de mofa, con un poco de orgulloso desprecio, con aquel desprecio precisamente que siempre siente un samana hacia las gentes del mundo. Si Kamaswami estaba enfermo, si estaba enojado, si se sentía ofendido, si le atormentaba con sus preocupaciones de comerciante, Siddhartha lo consideraba todo con orgullo. Lenta e imperceptiblemente, al venir el tiempo de la recolección o la época de las lluvias, su orgullo se apaciguaba, se acallaba su sentimiento de superioridad. Solo lentamente, en medio de su creciente enriquecimiento, Siddhartha había recogido algo del modo de ser de los hombres-niños, algo de su infantilismo y de su angustia. Y sin embargo los envidiaba, los envidiaba tanto más cuanto más se parecía a ellos. Los envidiaba por lo único que a él le faltaba y ellos poseían, por la importancia que querían dar a su vida, por el apasionamiento de sus alegrías y angustias, por la mezquina, pero dulce dicha de su eterno enamoramiento. Estos hombres estaban siempre enamorados de sí mismos, de sus mujeres, de sus hijos, de los honores o del dinero, de sus planes o de sus esperanzas. Pero él no aprendió esto de ellos, esto precisamente no, esta alegría o esta locura infantiles; aprendió de ellos precisamente lo desagradable, lo que él mismo despreciaba. Con mucha frecuencia le sucedía que, a la mañana siguiente de una velada en sociedad, se atardaba en el lecho y se sentía descontento y fatigado. Sucedía que se ponía irascible e impaciente si Kamaswami le aburría con sus cuitas. Sucedía que reía demasiado alto cuando perdía a los dados. Su rostro era siempre más prudente y espiritual que el de los demás, pero sonreía raras veces, y tomaba alguna de aquellas expresiones que tanto suelen verse en las caras de la gente adinerada; aquellas expresiones del descontento, de la enfermedad, del mal humor, de la indolencia, del egoísmo. Lentamente se fue apoderando de él la enfermedad del alma de los ricos.
Como un velo, como una fina niebla fue cayendo sobre Siddhartha la fatiga, lentamente, cada día un poco más tupido, cada mes un poco más sombrío, cada año un poco más pesado. Como un vestido nuevo envejece con el tiempo, pierde con el tiempo sus hermosos colores, aparecen las manchas, surgen las arrugas, se deshilacha en los dobleces y empiezan a aparecer aquí y allá tazaduras, así le ocurrió a la nueva vida de Siddhartha; la vida que inició después de la separación con Govinda, envejeció, perdió con los años los colores y el brillo, se acumularon sobre ella las arrugas y las manchas, y ocultos en el fondo, mirando ya odiosamente hacia fuera,

esperaban la decepción y el asco. Siddhartha no lo notaba. Solo se daba cuenta de que aquella clara y segura voz de su interior, que antes estaba despierta en él y siempre le había guiado en sus tiempos esplendorosos, ahora estaba muda.
El mundo le había atrapado; el placer, el ansia, la pereza, y últimamente también aquel lastre que él siempre había tenido por el más insensato y al que había despreciado y escarnecido más: la codicia de bienes. También le tenían cogido la propiedad, la posesión y la riqueza; ya no eran estas para él un juego y una frivolidad, sino cadenas y hierros. Por un extraño y sutil camino había venido Siddhartha a caer en esta última dependencia insultante: por el juego a los dados. Desde el momento mismo en que había dejado de ser en su corazón un samana, Siddhartha empezó a jugar con furor y pasión por ganar dinero y joyas, afición que había adquirido en otro tiempo, creyéndola una inofensiva costumbre de los hombres-niños. Era un temido jugador; pocos se arriesgaban a enfrentársele por ser muy elevadas sus posturas. Jugaba por una necesidad de su corazón: el perder y el derrochar el maldito dinero le causaba una alegría colérica; de ninguna otra manera más clara y burlona podía mostrar su desprecio de la riqueza, del ídolo de los comerciantes. Jugaba fuerte y despiadado, odiándose a sí mismo, despreciándose a sí propio, embolsaba miles, tiraba miles, perdía el dinero, perdía las joyas, perdía una casa, volvía a ganar, volvía a perder. Aquella angustia, aquella angustia temerosa e inquietante que sentía al arrojar los dados, al hacer una de aquellas posturas tan elevadas, le satisfacía ya agradaba y procuraba renovarla siempre, acrecentarla siempre, hacerla cada vez más excitante, pues solo en esta sensación sentía algo así como un gozo, algo así como una borrachera, algo así como una vida realzada en medio de su vida saciada, indiferente, insípida. Y después de cada gran pérdida pensaba en nuevas riquezas, se entregaba al comercio, exigía severamente el pago de las deudas, pues quería seguir jugando, quería seguir derrochando, quería seguir mostrando a la riqueza todo su desprecio. Siddhartha perdió la calma en las pérdidas comerciales, perdió la paciencia ante los pagadores morosos, perdió la bondad de corazón ante los pordioseros, perdió el gusto de regalar y prestar el dinero al solicitante. El, que perdía diez mil en una postura y se reía de ello, era en la tienda severo y minucioso, ¡soñaba a menudo con el oro! Y todas las veces que despertaba de este odioso embrujamiento, todas las veces que se miraba al espejo de la pared de su dormitorio, viéndose envejecer y afearse; todas las veces que le acometía el asco y la vergüenza, volvía al placer del juego, al ensordecimiento del placer, del vino, y de allí, al ansia de amontonar riqueza. En este insensato círculo se movía fatigándose, envejeciendo, enfermando.
Entonces tuvo un sueño admonitorio. Había estado al atardecer con Kamala en su hermosa quinta. Se habían sentado bajo los árboles, y durante la conversación, Kamala había pronunciado unas palabras reflexivas, palabras tras las cuales se ocultaba la tristeza y la lasitud. Le había pedido que hablara de Gotama, y no se cansaba de oírle ensalzar la tranquilidad y la belleza de su boca, la bondad de su sonrisa, la majestuosidad de su andar. Después de haber hablado un buen rato del sublime Buda, Kamala suspiró y dijo:

-Algún día, quizá muy pronto, yo también iré en pos de ese Buda. Le regalaré mi parque y me refugiaré en su doctrina.
Pero luego le había incitado, le había atraído al juego del amor con doloroso ardor, entre mordiscos y lágrimas, como si quisiera exprimir las últimas y dulces gotas de aquel gozo vano y pasajero. Nunca había sido tan evidente para Siddhartha la semejanza del placer con la muerte. Luego estuvo tendido a su lado, y el rostro de Kamala reposó muy cerca del suyo, y en sus ojos y en las comisuras de su boca leyó claramente, como no lo había leído nunca con tanta claridad, un receloso escrito, un escrito de finas líneas, de suaves surcos; un escrito que recordaba el otoño y la vejez, y que Siddhartha mismo, que ya estaba en los cuarenta, tenía canas entre sus cabellos negros. En el rostro bello de Kamala estaba escrito el cansancio, cansancio de haber recorrido un largo camino, que no tenía ningún alegre final, cansancio y un comenzar a marchitarse, y una inquietud secreta, no confesada, quizá no pensada tampoco: temor a la vejez, temor al otoño, temor de tener que morir. Se despidió de ella suspirando, con el alma llena de disgusto y de secreto desasosiego.
Luego, Siddhartha pasó la noche en casa, rodeado de bayaderas, bebiendo vino, fingiendo ser superior a sus iguales, lo que ya no era; bebió mucho vino, y mucho después de la medianoche se fue a la cama, cansado, y, sin embargo, excitado, próximo al llanto y a la desesperación; esperó mucho tiempo y en vano que viniera el sueño, con el corazón lleno de una aflicción que nunca creyó poder soportar, lleno de un hastío del que se sentía traspasado como del tibio y dulzón gusto del vino, de la música demasiado dulce y melancólica, de las sonrisas demasiado blandas de las bailarinas, del perfume demasiado dulce de sus cabellos y pechos. Pero más que todas estas cosas, estaba asqueado de sí mismo, de su cabello oloroso, del aliento vinoso de su boca, del somnoliento cansancio y disgusto de su piel. Como cuando uno que ha comido y bebido demasiado devuelve entre fatigas, pero se alegra del alivio que siente, así deseaba el desvelado librarse, en una oleada de asco, de estos deleites, de estas costumbres, de toda esta vida insensata y hasta de sí mismo. Cuando ya clareaba y empezaba a despertar la primera actividad en la calle, delante de su casa de la ciudad, se quedó traspuesto y atrapó por unos momentos el sueño. Y soñó:
Kamala tenía en una jaula de oro un extraño pájaro cantor. Con este pájaro soñó. Soñó que este pájaro se había quedado mudo, el pájaro que en otros tiempos siempre cantaba por las mañanas, y como le sorprendiera este silencio, se acercó a la jaula y miró al interior de ella: allí estaba el pajarillo, muerto y tieso en el suelo. Lo sacó fuera, lo meció un momento en la mano y luego lo arrojó a la calle, y en el mismo momento se estremeció terriblemente y sintió un dolor en el corazón, como si con aquel pajarillo muerto hubiera arrojado de sí todo lo bueno y de valor que tenía dentro.
Al despertar sobresaltado de este sueño, sintióse sumido en profunda tristeza. Le parecía que había llevado una vida despreciable e insensata; en las manos no le había quedado nada vivo, nada apreciable o digno de conservarse. Estaba solo y vacío, como un náufrago en la orilla.
Siddhartha se retiró, sombrío, a una quinta de placer, que le pertenecía; cerró las puertas, se tendió bajo un mango, sintió la muerte en el corazón y el horror en el pecho;

vio y sintió que algo moría en él, se marchitaba e iba a su fin. Poco a poco reunió sus pensamientos y volvió a recorrer el camino de su vida, desde los primeros días que podía recordar. ¿Cuándo había sentido una dicha, un verdadero placer? ¡Oh!, sí, muchísimas veces lo había experimentado. En sus sueños de adolescente lo había gozado, cuando alcanzaba la alabanza de los brahmanes, cuando, dejando atrás a los de su edad, recitando los versos sagrados, discutiendo con los sabios, se había ganado el puesto de ayudante en los sacrificios. Entonces había sentido en su corazón: "Un camino se abre ante ti, hacia el cual eres llamado; los dioses te esperan." Y otra vez, de joven, cuando la meta cada vez más alta de toda meditación le sacó y arrastró del tropel de aspirantes al Nirvana, cuando corría entre dolores en torno al sentido de Brahma, cuando cada nuevo conocimiento solo hacía que encender nueva sed, cuando, en medio de la sed, en medio de los dolores, volvió a sentir: "¡Adelante! ¡Adelante! ¡Has sido llamado!" Percibió aquella voz cuando dejó su patria y eligió la vida de los samanas, y otra vez, cuando abandonó a los samanas para ir hacia aquel Perfecto, y cuando dejó a este para correr hacia lo incierto. ¡Cuánto tiempo hacía que no oía esta voz, cuánto tiempo que no alcanzaba una cima, qué llano y yermo su camino, cuán largos años sin un fin elevado, sin sed, sin exaltación, contentándose con pequeños placeres, y, sin embargo, siempre insatisfecho! Todos estos años se había esforzado, sin saberlo, en ser un hombre como todos estos, como estos niños, y con ello su vida había sido más miserable y pobre que la de ellos, pues sus fines no eran los de él, ni sus preocupaciones; todo este mundo de los hombres como Kamaswani había sido solamente un juego para él, una danza que se contempla, una comedia. Solo Kamala le era amada, solo ella tenía un valor para él. Pero ¿seguía siéndolo? ¿La necesitaba todavía? ¿O era ella la que le necesitaba a él? ¿Estarían representando una comedia sin fin? ¿Era necesario vivir para esto? ¡No, no era necesario! Esta comedia se llamaba Sansara, un juego de niños, un juego encantador para ser jugado una vez, dos, diez veces. Pero ¿toda una vida?

Entonces Siddhartha se dio cuenta de que el juego había llegado a su fin, de que ya no podía seguir jugándolo. Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo, por fuera y por dentro, y sintió que algo había muerto.

Todo aquel día lo pasó sentado bajo el mango, pensando en su padre, pensando en Govinda, pensando en Gotama. ¿Tuvo que abandonar todo esto para convertirse en un Kamaswami? Siguió sentado allí cuando ya había cerrado la noche. Al mirar hacia arriba, vio las estrellas y pensó: "Aquí estoy sentado bajo mi mango, en mi quinta." Sonrió un poco. ¿Era necesario, pues, era verdad, no era una comedia insensata que él poseyera un mango, un jardín?

También aquello acabó, también murió esto en él. Se levantó, se despidió del mango y del jardín. Como había pasado todo el día sin comer, sintió un hambre terrible, y pensó en su casa de la ciudad, en su cuarto y en su cama, en la mesa con sus manjares. Sonrió, fatigado; se sacudió y se despidió de todas estas cosas.

En aquella misma hora abandonó Siddhartha su jardín, abandonó la ciudad y no volvió nunca más. Kamaswami le hizo buscar mucho tiempo, creyendo que habría caído en manos de los ladrones. Kamala no le hizo buscar. Cuando supo que Siddhartha había

desaparecido, no se maravilló. ¿No lo había esperado siempre? ¿No era un samana, un apátrida, un peregrino? La última vez que estuvieron juntos lo había presentido, y se alegraba en medio del dolor de la pérdida, de haberle atraído tan íntimamente hacia su corazón aquella última vez, de haberse sentido penetrada y poseída una vez más tan enteramente por él.
Cuando recibió la primera noticia de la desaparición de Siddhartha, se acercó a la ventana, donde, en una jaula de oro, tenía un pájaro cantor. Abrió la puerta de la jaula, sacó el pajarillo y lo dejó volar. Se quedó mirándolo volar largo rato. Desde aquel día no volvió a recibir a ningún visitante más, y mantuvo cerrada su casa. Pero al poco tiempo tuvo la certeza de que estaba embarazada de la última unión con Siddhartha

Capítulo VIII
En el rio

Siddhartha caminaba por el bosque, lejos ya de la ciudad, y solo sabía que ya no podía volver atrás, que la vida que había llevado estos últimos años había terminado y la había apurado hasta la saciedad. El pájaro cantor de su sueño había muerto. Muerto estaba el pájaro cantor de su corazón. Se había hundido profundamente en el sansara, había sorbido por todas partes hastío y muerte, como un cisne sobre agua, hasta saciarse. Saciado estaba de fastidio, de miseria, de muerte; ya no había en el mundo nada que le pudiera atraer, alegrar o consolar.
Deseaba ardientemente no saber ya nada de sí, gozar de paz, estar muerto. ¡Si viniera un rayo y le fulminara! ¡Si apareciera un tigre que le despedazara! ¡Si hubiera un vino, un veneno, que le aturdiera, que le hiciera olvidar y dormir sin ningún despertar! ¿Había alguna suciedad con la que no se hubiera emporcado, algún pecado o locura que no hubiera cometido, alguna tristeza del alma que no se hubiera echado encima? ¿Era posible seguir viviendo? ¿Era posible seguir respirando, sentir hambre, volver a dormir, volver a acostarse con una mujer? ¿No había concluido para él aquel círculo? ¿No se había cerrado?
Siddhartha llegó al gran río del bosque, al mismo río que, siendo joven y viniendo de la ciudad de Gotama, atravesó con el barquero. A sus orillas se detuvo, vacilante. El cansancio y el hambre le habían debilitado. ¿Y por qué había de seguir caminando? ¿Adónde iría? ¿Hacia qué meta? No, ya no había ninguna meta, ya no había más que el profundo y doloroso deseo de arrojar de sí todo aquel sueño desordenado, de escupir aquel vino insípido, de poner fin a esta vida lamentable y llena de ignominia.
Sobre la orilla del río se encorvaba un árbol, un cocotero, en cuyo tronco se apoyó Siddhartha de espaldas, rodeó con los brazos el tronco y miró hacia las verdes aguas, que se deslizaban a sus pies; miró hacia arriba y se halló enteramente poseído del deseo de dejarse caer en ellas. Un horrible vacío se reflejó en las aguas, en respuesta al horrible vacío de su alma. Sí, había llegado a su fin. Ya no había para él otra cosa que anularse, que romper la imagen malograda de su vida y arrojarla sonriendo burlonamente a los pies de los dioses. Este era el gran crimen de que se acusaba: ¡la

muerte, la destrucción de la forma, que odiaba! ¡Ojalá le comieran los peces a este perro de Siddhartha, a este cuerpo insensato, echado a perder y marchito; a esta alma relajada y profanada! ¡Ojalá le devoraran los peces y los cocodrilos, ojalá le destrozaran los demonios!

Con rostro desfigurado miraba a las aguas, vio reflejado en ellas su rostro, y escupió. Con profundo cansancio, soltó los brazos del tronco del árbol, se enderezó un poco para caer verticalmente, y cayó con los ojos cerrados en busca de la muerte.

Entonces surgió de las apartadas regiones de su alma, del pasado de su vida fatigada, un son. Era una palabra, una sílaba, que pronunció para sí, sin conciencia, con voz balbuciente. Era el viejo principio y final de todas las oraciones brahmánicas, el sagrado "Om", que significaba tanto como "el Perfecto" o "la Consumación". Y en el instante en que el sonido "Om" hirió el oído de Siddhartha, su adormecido espíritu despertó de repente, y reconoció la locura de su acción.

Siddhartha se estremeció profundamente. ¡Así estaba, tan perdido, tan confuso y abandonado de todo conocimiento, que había podido salir en busca de la muerte y había dejado alentar dentro de sí este deseo, este deseo infantil: encontrar la paz anulando su cuerpo! Lo que no habían logrado en todos los tormentos de estos últimos tiempos, todas las decepciones, todas las desesperanzas, lo alcanzó en el momento en que el Om penetró en su conciencia: que se reconociera en su miseria y en su error.

"¡Om! -dijo para sí-. ¡Om!"

Y recordó todo lo que había olvidado de Brahma, de la indestructibilidad de la vida, de la divinidad.

Pero todo esto no duró más que un instante, que un relámpago. Siddhartha se desplomó al pie del cocotero, puso su cabeza sobre las raíces del árbol y cayó en un profundo sueño.

Un sueño profundo y libre de ensueños, como no lo había tenido en mucho tiempo. Cuando al cabo de muchas horas despertó, le parecía que habían transcurrido diez años; oyó el suave deslizarse de las aguas, no supo dónde estaba ni quién le había traído aquí; abrió los ojos, miró con extrañeza los árboles y el cielo sobre él, y recordó dónde estaba y cómo había llegado hasta aquí. Pero necesitó para esto un buen espacio de tiempo, y el pasado le parecía envuelto en un velo, infinitamente lejano, infinitamente indiferente. Solo sabía que había abandonado su vida anterior (en el primer momento de recobrar la conciencia, esta vida pasada le parecía una lejana encarnación, como un temprano nacimiento de su yo actual), que lleno de hastío y aflicción había intentado quitarse la vida, pero que junto a un río, bajo un cocotero, le había venido a los labios la sagrada palabra Om, luego se había adormecido y ahora miraba al mundo como un hombre nuevo. Pronunció en voz baja la palabra Om, con la que se había adormecido, y le pareció que aquel largo sueño no había sido otra cosa que un prolongado y profundo coloquio con Om, un pensar en Om, una sumersión en Om, un penetrar enteramente en Om, en lo Sin Nombre, en lo Perfecto.

¡Que sueño tan prodigioso aquel! ¡Nunca le había refrescado tanto un sueño, renovado y rejuvenecido! ¡Quizá estaba realmente muerto y había reencarnado bajo una nueva forma. Pero no, se reconocía, reconocía sus manos y sus pies, conocía el paraje en

que se encontraba, conocía este yo en su pecho, a este Siddhartha voluntarioso, extravagante; pero este Siddhartha había cambiado, sin embargo, estaba renovado, notablemente despierto, gozoso y lleno de curiosidad.
Siddhartha se incorporó, entonces se vio sentado frente a un hombre, un hombre extraño, un monje de amarilla túnica, con la cabeza afeitada, en postura de estar meditando. Examinó al hombre, que no tenía cabellos ni barba, y a poco reconoció en aquel monje a Govinda, el amigo de su juventud; Govinda, el que había buscado refugio junto al sublime Buda. Govinda había envejecido, él también, pero su rostro seguía teniendo los antiguos rasgos, que hablaban de celo, de fidelidad, de anhelo, de inquietud. Pero cuando Govinda, al sentir sus miradas, abrió los ojos y le miró, Siddhartha se dio cuenta de que Govinda no le reconocía. Govinda se alegró de encontrarle despierto, se comprendía que llevaba allí mucho tiempo sentado, esperando a que despertara, aunque no le había reconocido.
-He dormido -dijo Siddhartha-. ¿Cómo has llegado hasta aquí?
-Has dormido- respondió Govinda-. No es bueno dormir en semejante sitio, donde abundan las serpientes y en una senda frecuentada por todas las fieras del bosque. Yo, ¡oh señor!, soy un discípulo del sublime Gotama, el Buda, del Sakyamuni; venía peregrinando por este camino con unos cuantos de los nuestros, te vi tendido y durmiendo en un lugar donde es peligroso dormir. Intenté despertarte, ¡oh señor!, y entonces vi que tu sueño era muy profundo; me retrasé de los míos y me senté frente a ti. Y luego me parece que yo también me he dormido, en vez de velar tu sueño. He cumplido mal mi tarea, la fatiga me rindió. Pero ahora que ya has despertado, déjame marchar para que pueda reunirme con mis hermanos.
-Te agradezco, samana, que hayas velado mi sueño -habló Siddhartha-. Amables sois los discípulos del Sublime. Ahora ya puedes marchar.
-Me voy, señor. Que el señor siga bien.
-Gracias, samana.
Govinda hizo el ademán de saludo y dijo:
-Adiós.
-Adiós, Govinda- dijo Siddhartha.
El monje se detuvo.
-Perdona, señor, ¿de qué conoces mi nombre?
Siddhartha sonrió.
-Te conozco, Govinda, de la choza de tu padre, y de la escuela de los brahmanes, y de los sacrificios, y de nuestra ida junto a los samanas, y de aquella hora en que tú buscaste refugio en el Sublime en el bosquecillo de Jetavana.
-¡Tú eres Siddhartha!- exclamó Govinda en voz alta-. Ahora te reconozco, y no comprendo cómo no he podido hacerlo antes. Sé bienvenido, Siddhartha; grande es mi alegría al volver a verte.
-Yo también me alegro de ello. Has sido el vigilante de mi sueño, te doy gracias por ello otra vez, aunque no necesitaba ningún celador. ¿Adónde vas, oh amigo?
-A ninguna parte. Nosotros los monjes siempre estamos de camino, mientras no llueve; siempre andamos de pueblo en pueblo, vivimos según nuestra regla, enseñamos la

doctrina, aceptamos limosnas, seguimos nuestro camino. Siempre así. Pero tú, Siddhartha, ¿a dónde vas?
Habló Siddhartha:
También a mí me ocurre lo propio, amigo. No voy a ninguna parte. Estoy de camino solamente. Peregrino.
Govinda habló:
-Dices que peregrinas, y te creo. Pero perdona, ¡oh Siddhartha!, no pareces un peregrino. Llevas vestidos de rico, calzas zapatos como una persona de calidad, y tu pelo, que huele a aguas perfumadas, no es el cabello de un peregrino ni el cabello de un samana.
-Querido, bien lo observas todo, todo lo ven tus ojos. Pero yo no he dicho que sea un samana. Digo que peregrino. Y así es: voy peregrinando. -Peregrinas- dijo Govinda-. Pero pocos peregrinan en semejante vestido, pocos con semejante calzado, pocos con semejantes cabellos. Nunca he encontrado un peregrino semejante en mis muchos años de peregrinaje.
-Te creo, Govinda. Pero ahora, hoy, has tropezado con un peregrino así, con estos zapatos, con este vestido. Recuerda, querido: pasajero es el mundo de las formas, pasajero, muy pasajeros, son nuestros vestidos, y lo que cubre nuestros cabellos, y hasta nuestros cabellos y cuerpo mismos. Traigo vestidos de rico, como bien has observado. Los traigo porque he sido rico, y traigo el pelo como la gente mundana y voluptuosa por haber sido uno de ellos.
-Y ahora, Siddhartha, ¿qué eres?
-No lo sé; sé tan poco sobre esto como tú. Estoy de camino. Era un rico y ya no lo soy, y no sé lo que será mañana.
-¿Has perdido tu riqueza?
-La he perdido, o ella a mí. La he perdido o me la han robado. Rápidamente gira la rueda de la fortuna, Govinda. ¿Qué se ha hecho del brahmán Siddhartha? ¿Qué del samana Siddhartha? ¿Qué del rico Siddhartha? Rápidamente cambia lo perecedero, Govinda, bien lo sabes.
Govinda miró largamente al amigo de su juventud, con duda en los ojos. Luego le saludó como se saluda a la gente principal, y siguió su camino.
Siddhartha le siguió con la mirada, sonriendo; amaba cada vez más a este fiel, a este angustiado. ¡Y cómo podría dejar de amar a nadie después de este sueño maravilloso, traspasado como estaba por el Om! En esto precisamente consistía el encanto operado en él por el sueño y el Om, en que todo lo amaba, en que sentía un alegre amor por todo lo que veía. Y precisamente por esto ahora le parecía que si antes había estado tan enfermo era porque no había podido amar a nada ni a nadie.
Siddhartha siguió con la mirada al monje que se alejaba, con rostro sonriente. El sueño le había fortalecido, pero el hambre le atormentaba mucho, pues hacía dos días que no comía nada, y estaba muy lejos el tiempo en que sabía resistir el hambre. Con pena y, sin embargo, también con risas pensó en aquel tiempo. Entonces, ahora lo recordaba, se había vanagloriado delante de Kamala de tres cosas, era capaz de tres habilidades nobles e invencibles: ayunar, esperar, pensar. Aquel había sido su tesoro, su poder su

fuerza, su más firme báculo; había aprendido aquellas tres artes en los activos y penosos años de la juventud, no en otra época. Y ahora le habían abandonado, ya no era capaz de realizar ninguna de las tres: ni ayunar, ni esperar, ni pensar. ¡Las había trocado por lo más miserable, por lo más perecedero, por el placer de los sentidos, por el buen vivir y la riqueza! En realidad, mal le había ido en todo. Y ahora, así le parecía, se había convertido en un verdadero hombre-niño.

Siddhartha reflexionó sobre su situación. Le costó trabajo pensar: en el fondo, no tenía ninguna gana de ello, pero hizo un esfuerzo.

"Ahora -pensó-, puesto que todas estas cosas pasajeras se han desprendido de mí, me encuentro de nuevo bajo el sol, como estuve de niño: nada es mío, nada puedo, nada sé, nada he aprendido. ¡Qué raro es todo esto! ¡Ahora, que ya no soy joven, cuando mi pelo empieza a encanecer, cuando empiezan a abandonarme las fuerzas, ahora empiezo de nuevo, ahora empiezo a ser niño!" Otra vez hubo de reír. ¡Sí, qué extraño era su Destino! Volvió atrás con él, y se encontró vacío y desnudo y estúpido en el mundo. Pero no sintió pena por ello, no, sino que le vinieron ganas de reír, ganas de reírse de sí mismo, ganas de reírse de este mundo extravagante e insensato.

"¡Me iré contigo aguas abajo!", dijo para sí, sonriendo, y al decirlo posó su mirada sobre el río, y vio al río caminar también aguas abajo, siempre peregrinando aguas abajo, contento y cantarín. Esto le agradó mucho, y sonrió amistosamente al río. ¿No era este el río en el que quiso ahogarse una vez hace cien años, o es que lo había soñado?

"Mi vida era extraña en verdad -pensaba-; tomó caprichosos rodeos. De niño solo me ocupé de los dioses y de los sacrificios. De joven, de ascetismos, de pensar y meditar; busca a Brahma, reverenciaba lo eterno en Atman. De hombre me fui tras los penitentes, viví en el bosque, padecí calores y fríos, aprendí a pasar hambre, aprendí a matar el cuerpo. Milagrosamente encontré el conocimiento en la doctrina del gran Buda, sentí circular dentro de mí, como mi propia sangre, la ciencia de la unidad del mundo. Pero también me aparté del Buda y de la gran ciencia. Fui y aprendí junto a Kamala el placer del amor, aprendí junto a Kamaswami a comerciar, amontoné el oro, derroché el dinero, aprendí a amar a mi estómago, aprendí a adular a mis sentidos. Tuve que emplear muchos años en perder el espíritu, en olvidar otra vez el pensar, la unidad. ¿No es como si yo, lentamente, dando un gran rodeo, me hubiera convertido de hombre en niño, de pensador en hombre-niño? Y, sin embargo, esta camino ha sido muy bueno, y sin embargo no ha muerto en mi pecho el pájaro. Pero ¡qué camino! He tenido que pasar por un sin fin de estupideces, por multitud de vicios, por muchísimos errores, por numerosos ascos y decepciones y penas, solamente para volver a ser niño y poder empezar de nuevo. Pero así tenía que ser; mi corazón decía sí, y mis ojos sonreían. He tenido que soportar la desesperación, he tenido que hundirme hasta el pensamiento más insensato de todos, el pensamiento del suicidio, para poder alcanzar la gracia, para volver a sentir a Om, para poder volver a dormir como es debido. He tenido que ser un loco para volver a encontrar en mí a Atman. He tenido que pecar para poder seguir viviendo. ¿Adónde puede llevarme aún mi camino? Este camino es extravagante, discurre en meandros, quizá se cierra en círculo. Pero vaya como vaya, quiero recorrerlo."

Milagrosamente sintió en su pecho hervir la alegría. "¿Por qué -preguntaba a su corazón- por qué tienes esta alegría? ¿Procede de este largo sueño, de este buen sueño que me ha hecho tanto bien? ¿O de la palabra Om, que pronuncié? ¿O quizá de que me he liberado, de que he realizado mi fuga, de que al fin vuelvo a ser libre y estoy como un niño bajo el sol? ¡Oh, qué deliciosa huia! ¡Oh la alegría de volver a la libertad! ¡Qué puro y hermoso es aquí el aire! ¡Qué gusto da respirar! Allí, de donde vengo, allí huele a unguentos, a especias, a vino, a abundancia, a pereza. ¡Cómo odiaba yo este mundo de los ricos, de los glotones, de los jugadores! ¡Cómo llegué a odiarme a mí mismo por haber permanecido tanto tiempo en este mundo espantoso! ¡Cómo me he odiado, cómo me he envenenado, apenado, envejecido y maleado! ¡No, nunca más volveré a creer, como antes solía hacer con gusto, que Siddhartha era prudente! ¡Pero el haber acabado con aquel odiarme a mí mismo y con aquella vida insensata y yerma me ha hecho mucho bien, me agrada, he de elogiarlo! ¡Te alabo, Siddhartha! ¡Después de tantos años de insensatez has vuelto a tener un arranque genial, has hecho algo, has oído cantar en tu pecho al pájaro y le has seguido!"

Así se alababa, tenía alegría dentro de sí, escuchaba curioso a su estómago, que gruñía de hambre. Ahora tenía un poquito de dolor, un poquito de miseria, y así sentía que en estos últimos tiempos y días había bebido y devuelto, había comido hasta la desesperación y la muerte. Así está bien. Todavía hubiera podido permanecer mucho tiempo junto a Kamaswami, ganar dinero, malgastarlo, cebar su vientre y dejar secar su alma; hubiera podido seguir viviendo mucho tiempo en este infierno grato y bien acolchado, pero no hubiera llegado esto: el momento del desconsuelo completo y de la desesperación, aquel momento supremo en que se inclinó sobre las aguas del río y estaba dispuesto a aniquilarse. Por haber sentido esta desesperación, este profundo hastío, y por no haber sucumbido bajo ellos, por seguir estando vivos en él el pájaro, la alegre fuente y la voz, por eso sentía esta alegría, por esto reía, por esto resplandecía su rostro bajo los cabellos encanecidos.

"Es bueno -pensaba- saborear por sí mismo todo lo que ha sido necesario aprender. Que el placer mundano y la riqueza no son cosa buena ya lo aprendí de niño. Hace tiempo que lo sabía, pero hasta ahora no lo he experimentado. Y ahora lo sé, lo sé no solo con el recuerdo, sino con los ojos, con el corazón, con el estómago. ¡Venturoso de mí que lo sé!"

Reflexionó mucho tiempo sobre su transformación, escuchó al pájaro, que cantaba de alegría. ¿No había muerto este pájaro dentro de él? ¿No había sentido su muerte? No, algo distinto había muerto en él, algo que ya hacía tiempo había deseado que muriera. ¿No era aquello que en otro tiempo, en sus años ardientes de penitencia, había querido matar? ¿No era su yo, su pequeño, su receloso, su orgulloso yo, con el que había luchado tantos años, al que había vencido tantas veces, el que después de aniquilado volvía siempre a resurgir, prohibiéndole toda alegría, haciéndole sentir temor? ¿No era cierto que hoy, al fin había encontrado su muerte, aquí, en el bosque, en este río apacible? ¿No era por esta muerte por lo que ahora era como un niño, tan lleno de confianza, tan sin temor, tan lleno de alegría?

También ahora comprendía Siddhartha por qué siendo brahmán, siendo penitente, había luchado en vano con este yo. ¡El saber demasiado le había impedido vencerlo, la mucha mortificación, el mucho obrar y el mucho esforzarse! Había vivido lleno de orgullo, siempre el más cuerdo, siempre el más celoso, siempre un paso delante de los demás, siempre el prudente y el espiritual, siempre el sacerdote o el sabio. En este sacerdocio, en este orgullo, en esta espiritualidad se había encastillado su yo, allí estaba firmemente asentado y crecía, mientras él creía matarlo con ayunos y penitencias. Ahora lo veía, y veía también que la voz interior había tenido razón, que ningún maestro le había podido liberar. Por esto hubo de salir al mundo, hubo de perderse en el placer y el poder, en la mujer y el dinero; hubo de convertirse en un comerciante, en jugador, en bebedor y en codicioso, hasta que dentro de él murieron el sacerdote y el samana. Por eso hubo de soportar estos años odiosos, el hastío, el vacío, la insensatez de una vida yerma y perdida hasta el fin, hasta la amarga desesperación, para que también pudiera morir el sensual Siddhartha, el ambicioso Siddhartha. Había muerto; un nuevo Siddhartha había despertado del sueño. También él llegaría a ser viejo, también tenía que morir alguna vez; Siddhartha era perecedero, perecedera era toda forma. Pero hoy era joven, era un niño, el nuevo Siddhartha, y estaba lleno de alegría.

Estando en estos pensamientos, escuchaba sonriente a su estómago, oía agradecido a una abeja zumbar. Miró alegre, la corriente, nunca le había agradado tanto el agua como ahora, nunca había comprendido tan recia y bellamente la voz y la parábola del agua corriente. Le parecía que el río le quería decir algo singular, algo que él no sabía aún, que aún le estaba esperando. En este río había querido suicidarse Siddhartha, y en él se había ahogado hoy el viejo, el desesperado Siddhartha. Pero el nuevo Siddhartha sentía un profundo amor hacia este caudal, y determinó en su interior no abandonarlo tan pronto.

Capítulo IX
El barquero

"En este río quiero vivir -pensó Siddhartha-. Es el mismo que atravesé en mi ida hacia los hombres-niños. Entonces, un amable barquero me pasó el río, quiero ir junto a él. En su choza se inició para mí una nueva vida, que se ha hecho vieja y ha muero. ¡Ojalá que mi camino, que mi nueva vida encuentre allí su principio!"

Miró delicadamente la corriente, sus transparentes linfas verdes, las cristalinas líneas de su dibujo lleno de misterios. Vio ascender del fondo perlas luminosas, vio flotar sobre sus espejos una pompas que reflejaban el azul del cielo. Con mil ojos le miraba el río, con sus verdes, con sus blancos, con sus cristales, con su celeste azul. ¡Cómo amaba esta agua, cómo le encantaban, cuán agradecido estaba a ellas! Oía hablar a la voz en su corazón, que despertaba de nuevo y le decía: "¡Ama a esta agua! ¡Permanece junto a ellas! ¡Aprende de ellas!" ¡Oh, sí, él quería aprender de ellas,

quería escucharlas! Quien comprendiera a esta agua y sus misterios, le parecía que llegaría a comprender muchas otras cosas, muchos misterios, todos los misterios. Pero de todos los misterios del río, hoy no veía más que uno, que había conmovido su alma. Vio que esta agua corría y corría, corría sin cesar, y sin embargo siempre estaba allí, siempre era la misma y, no obstante, ¡siempre era nueva! No lo comprendía, solo sentía moverse los presentimientos, los recuerdos lejanos, las voces divinas.
Siddhartha se levantó, era insoportable el hambre que sentía. Prosiguió su camino, resignado, por el sendero de la orilla, en contra de la corriente, escuchando el rumor del agua y las voces de su estómago.
Cuando llegó al lugar del pasaje, allí estaba la barca y el mismo barquero que en otro tiempo había trasbordado al joven samana; Siddhartha le reconoció, aunque él también había envejecido mucho.
-¿Quieres pasarme el río?- preguntó.
El barquero, asombrado de ver solo a un señor tan principal y caminando a pie, le recibió en la barca y desatracó.
-Hermosa vida has elegido- dijo el pasajero-. Debe de ser bello vivir en esta agua y deslizarse sobre ellas.
El remero se inclinó sonriendo:
-Sí que es bello, señor, como dices. Pero ¿no es hermosa toda vida, no es hermoso todo trabajo?
-Posiblemente, si. Pero yo te envidio por la tuya.
-¡Ah!, pronto perderías el gusto por ella. Esto no es para gente bien vestida.
Siddhartha sonrió.
-Es la segunda vez que han reparado en mis vestidos en este día, es la segunda vez que son mirados con desconfianza. ¿Querrías quedarte con ellos? Me pesan mucho. Además, has de saber que no tengo dinero para pagarte el pasaje.
-El señor bromea- sonrió el barquero.
-No bromeo, amigo. Mira: ya en otra ocasión me pasaste el río por caridad. Hazlo hoy también, y quédate con mis vestidos en pago de tu estipendio.
-¿Y quiere el señor continuar su camino sin vestidos?
-¡Ah!, preferiría no seguir adelante. Me gustaría más, barquero, que me dieras un delantal viejo y me retuvieras a tu servicio, como aprendiz, pues antes habrías de enseñarme a manejar un barco.
El barquero se quedó mirando al forastero.
-Ahora ya sé quién eres- dijo, al fin-. Dormiste una noche en mi choza hace mucho tiempo, es posible que haga más de veinte años, y te pasé el río, y nos despedimos como buenos amigos. ¿No eras tú un samana? Lo que no recuerdo es tu nombre.
-Me llamo Siddhartha, y era un samana la última vez que me viste.
-Entonces, se bien venido, Siddhartha. Yo me llamo Vasudeva. Espero que hoy también seas mi huésped y que dormirás en mi cabaña, y que me contarás de dónde vienes y por qué te pesan tanto esos hermosos vestidos.
Habían llegado a la mitad del río y Vasudeva se afianzó en los remos para vencer la corriente. Trabajaba reposadamente, la mirada puesta en la proa, con sus brazos

robustos. Siddhartha iba sentado y le miraba, y recordaba que ya la otra vez, en aquel último día de su época de samana, había brotado el amor en su corazón hace este hombre. Aceptó agradecido la invitación de Vasudeva. Cuando llegaron a la otra orilla le ayudó a amarrar el bote a las estacas; luego el barquero le rogó que entrara en la choza, le ofreció pan y agua, y Siddhartha comió con placer, y comió también con gusto del fruto del mango que Vasudeva le dio.

Después, al ponerse el sol, se sentaron sobre un tronco, junto a la orilla, y Siddhartha refirió al barquero su vida y su alcurnia, como lo había visto hoy ante sus ojos, en aquella hora de desesperación. Su relato duró hasta bien entrada la noche.

Vasudeva le escuchó con toda atención. Se enteró de su genealogía, de su niñez, de todo lo que aprendió, de todo lo que buscó, de todas sus alegrías, de todas sus calamidades. Esta era una de las virtudes mayores del barquero: la de saber escuchar como pocos. El orador se dio cuenta de que Vasudeva recibía sus palabras tranquilo, abierto, esperando, sin perder ninguna, sin esperar ninguna con impaciencia, sin elogiarlas ni censurarlas, limitándose a escuchar. Siddhartha sentía cuán placentero es tener un oyente así, volcar en su corazón la propia vida, los propios anhelos, los propios dolores.

Cuando Siddhartha estaba teminando su relato, cuando habló del árbol junto al río y de su profunda caída, del sagrado Om y de que al despertar del sueño había sentido un amor muy grande por el río, el barquero redobló la atención, enteramente entregado a la narración, con los ojos cerrados.

Pero cuando Siddhartha calló, y después de un largo silencio, dijo Vasudeva:

-Es lo que yo pensaba. El río te ha hablado. También se te muestra propicio, también te habló. Eso es bueno, muy bueno. Quédate conmigo, Siddhartha, amigo mío. En otro tiempo tuve mujer, pero ya hace tiempo que murió, y desde entonces vivo solo. Ahora puedes vivir tú conmigo; hay sitio y comida para los dos.

-Te lo agradezco -dijo Siddhartha-, te lo agradezco y acepto. Y también te doy gracias, Vasudeva, por haberme escuchado con tanta atención. Pocos son los hombres que saben escuchar, y pocos he encontrado que lo hagan como tú. Tendré que aprender también esto de ti.

-Lo aprenderás-dijo Vasudeva-, pero no de mí. El río es el que me ha enseñado a escuchar; tú también lo aprenderás de él. Lo sabe todo, todo se puede aprender de él. Mira, hoy has aprendido de las aguas que es bueno tender hacia abajo, hundirse, buscar el fondo. El rico y culto Siddhartha quiere ser remero, el sabio brahmán Siddhartha aspira a convertirse en barquero: esto también te lo ha enseñado el río. También aprenderás lo demás.

Siddhartha habló después de una larga pausa:

-¿Y qué es lo demás, Vasudeva?

Vasudeva se levantó.

-Se ha hecho tarde-dijo-, vamos a dormir. No puedo decirte qué es lo "demás", oh amigo. Tú lo aprenderás; quizá ya sepas lo que es. Mira, yo no soy ningún letrado, no sé hablar, no sé pensar. Yo no sé más que escuchar y ser piadoso, no he aprendido otra cosa. Si yo supiera hablar y enseñar sería quizá un sabio, pero no soy más que un

barquero, y mi tarea es transportar gentes sobre este río. He pasado a muchos miles, y para todos ellos mi río no era más que un impedimento en su camino. Ellos viajaban por dinero y por negocios, para asistir a una boda, para hacer una peregrinación, y el río estaba en su camino, y para eso estaba allí el barquero: para que los pasara prontamente al otro lado. Unos pocos entre miles; unos pocos, cuatro o cinco, han dejado de considerar el río como un impedimento en su camino, han escuchado su voz, le han obedecido, y el río es sagrado para ellos como ha sido para mí. Y vayamos a descansar, Siddhartha.

Siddhartha se quedó con el barquero y aprendió a manejar el barco, y cuando no había que hacer nada en el río trabajaba con Vasudeva en el arrozal, recogía leña, recolectaba bananas. Aprendió a labrar un remo, aprendió a repara la barca y a trenzar cestos, y estaba contento con todo lo que había aprendido, y los días y los meses pasaban velozmente. Pero el río le enseñó mucho más de lo que pudiera enseñarle Vasudeva. Constantemente le estaba enseñando. De él aprendió ante todo a escuchar, a escuchar con tranquilo corazón, con el alma abierta, esperanzada, sin pasión, sin deseo, sin prejuicios, sin opinión.

Vivía amistosamente junto a Vasudeva, y a veces cambiaban entre sí unas palabras, pocas y bien meditadas. Vasudeva era poco amigo de hablar; pocas veces conseguía Siddhartha hacerle entrar en conversación.

-¿Has aprendido tú también-le preguntó una vez- aquel secreto del río que dice que no hay tiempo?

El rostro de Vasudeva se distendió en una clara sonrisa.

-Sí, Siddhartha-dijo-. Así es, como tú dices: que el río es igual en todo su recorrido, en sus fuentes como en su desembocadura, en la cascada, en el vado, en el rápido, en el mar, en la montaña, por todas partes igual, y para él no hay más que presente, sin futuro sombrío.

-Eso es-dijo Siddhartha-. Y cuando lo aprendí contemplé mi vida y vi que era también un río, y que el Siddhartha mozo y el Siddhartha hombre y el Siddhartha viejo solo estaban separados por sombras, no por realidades. Tampoco había pasado en los anteriores nacimientos de Siddhartha, como no habría futuro cuando muriera y volviera a Brahma. Nada ha sido, nada será; todo es, todo tiene ser y presente.

Siddhartha habló con entusiasmo. Estaba encantado de lo que había aprendido. ¡Oh!, ¡no era tiempo de dolor, tiempo de atormentarse y llenarse de temor, no se había orillado y vencido en el mundo todo lo difícil, todo lo enemigo, en cuanto se había logrado vencer al tiempo? Había hablado con entusiasmo, pero Vasudeva le sonrió, radiante, e hizo gestos aprobatorios, acarició con la mano el hombro de Siddhartha y se volvió a su trabajo.

Y otra vez, cuando el río se desbordó a causa de las lluvias y mugía reciamente, dijo Siddhartha:

-¿No es verdad, oh amigo, que el río tiene muchas voces, muchísimas voces? ¿No tiene la voz de un rey, de un guerrero, de un toro, de un ave nocturna, de una parturienta, de un sollozante y mil otras voces?

-Así es -respondió Vasudeva-; todas las voces de las criaturas están en su voz.

-¿Y sabes tú -prosiguió Siddhartha- qué palabra pronuncia si te es dado escuchar al tiempo todas esas diez mil voces?
El rostro de Vasudeva sonrió venturosamente, se inclinó sobre Siddhartha y pronunció en sus oídos la sagrada palabra Om. Y esta era precisamente la que Siddhartha había escuchado.
Y de ven en vez, su sonrisa era más parecida a la del barquero, casi era igual de radiante, casi igual traspasada de dicha, luminosa igualmente en mil arrugas, tan infantil, tan anciana. Muchos caminantes, cuando veían a los dos barqueros, los creían hermanos. Con frecuencia se sentaban juntos en la orilla sobre el tronco de árbol, callaban y escuchaban el rumor del agua, para ellos no era la del agua, sino la voz de la vida, la voz del que es, del ser eterno. Y a veces sucedía que ambos, escuchando al río, pensaban en la misma cosa, en una conversación de días atrás, en uno de sus pasajeros, cuyo rostro y destino les preocupaba; en la muerte, en su infancia, y que ambos a una, en el mismo instante, cuando el río les había dicho algo bueno, se miraban uno a otro, pensando los dos en lo mismo, regocijados los dos por la misma respuesta a la misma pregunta.
Emanaba de la barca y de ambos barqueros algo que muchos de los pasajeros percibían. Sucedía con bastante frecuencia que algún viajero, después de haber mirado al rostro de cualquiera de los dos barqueros, empezaba a relatar su vida, refería sus penas, confesaba sus maldades, pedía consuelo y consejo. Sucedía a veces que uno pedía permiso para pasar una noche con ellos y escuchar al río. Sucedía también que acudían muchos curiosos, a los que habían contado que en aquel pontón vivían dos sabios o magos o santos. Los curiosos formulaban muchas preguntas, pero no obtenían contestación alguna, y no encontraban ni encantadores, ni sabios; solo veían dos viejos hombrecillos que parecían ser mudos y algo extravagantes y tímidos. Y los curiosos se reían y se divertían al comprobar cómo se esparcía este rumor infundido entre el pueblo insensato y crédulo.
Los años pasaban y nadie los contaba. Una vez llegaron unos monjes peregrinos, discípulos de Gotama, el Buda, que rogaron les pasaran en la barca, y los barqueros supieron por ellos que volvían a toda prisa junto a su maestro, pues se había propagado la noticia de que el Sublime estaba enfermo de muerte y pronto moriría por última vez en este mundo, para alcanzar la redención. No mucho después llegó un nuevo tropel de peregrinos, y luego otro y otro, y todos los monjes y los demás viajeros no hablaban de otra cosa que de Gotama y de su próxima muerte. Y como si se tratara de una concentración militar o de asistir a la coronación de un rey, los hombres acudían de todas partes, formando hileras interminables como de hormigas; llegaban como empujados por un sortilegio al lugar donde el gran Buda esperaba su muerte, donde había de realizarse el prodigio de que el sumo Perfecto de toda una época de la Tierra se fuera a la Gloria.
Mucho pensó Siddhartha en este tiempo en el sabio moribundo, en el gran maestro, cuya voz exhortó a pueblos enteros y despertó a cientos de miles de gentes, cuya voz él también había escuchado en otro tiempo, cuyo rostro santo había contemplado con veneración en otro tiempo también. Pensó amistosamente en sí mismo, en el camino

de su perfección, y recordó sonriendo las palabras que el Sublime le dirigiera siendo un joven todavía. Fueron unas palabras, así se lo parecía, orgullosas y llenas de cordura; sonriendo las recordó. Se sabía muy allegado a Gotama, aunque no había podido aceptar su doctrina. No; el que busca de verdad la verdad no puede aceptar ninguna doctrina, al menos el que quiera encontrarla de verdad. Pero el que la ha encontrado puede sancionar toda doctrina, todo camino, toda meta, pues ya nada le separa de los mil otros que viven en la eternidad, que respiran la Divinidad.

En una de aquellas tardes en que cruzaron el río tantos peregrinos hacia el Buda moribundo, pasó por allí Kamala, la más hermosa de las cortesanas de otro tiempo. Hacía mucho que se había retirado de su vida anterior, había regalado su parque a los monjes de Gotama, había buscado refugio en su doctrina, contaba entre las amigas y bienhechoras de los peregrinos. Acompañada del joven Siddhartha, su hijo, se había puesto en camino al saber la próxima muerte de Gotama, vestida sencillamente y a pie. Se había puesto en camino hacia el río con su hijito, pero el muchacho se cansó pronto, quería volver a casa, quería descansar, quería comer, lloraba y pataleaba. Kamala tenía que detenerse con frecuencia, estaba acostumbrado a imponer su voluntad, tenía que darle de comer, tenía que consolarle, tenía que reñirle. No comprendía por qué había de realizar con su madre esta penosa peregrinación hacia un lugar desconocido, hacia un hombre extraño, que era santo y que estaba muriendo. Aunque se muriera, ¿qué le importaba al muchacho?

Los peregrinos no estaban lejos de la barca de Vasudeva cuando el pequeño Siddhartha obligó a su madre a hacer un nuevo alto. También Kamala estaba cansada, y mientras el muchacho trepaba a un banano, se sentó en el suelo, cerró un poco los ojos y descansó Pero de pronto lanzó un grito lamentable, el niño la miró horrorizado y vio que estaba mortalmente pálida y que de entre sus vestidos salía una culebra negra que la había mordido.

Corrieron presurosos en busca de socorro y llegaron cerca de la barca, pero Kamala cayó a tierra, sin poder incorporarse ya más. El muchacho gritó lastimeramente mientras besaba y abrazaba a su madre, la cual le acompañó en sus gritos de socorro. Vasudeva los oyó, acudió presuroso, cogió en brazos a la mujer, la llevó hasta la barca, el muchacho les siguió, y pronto estuvieron los tres en la choza, donde Siddhartha estaba encendiendo el fuego. Este miró a los recién llegados; primero el rostro del muchacho, que le recordó prodigiosamente el pasado. Luego vio a Kamala, a la que reconoció en seguida, aunque esta seguía inconsciente en los brazos del barquero, y entonces comprendió que aquel era su propio hijo, cuyo rostro tanto le había impresionado, y el corazón latió con fuerza en su pecho.

Lavaron la herida de Kamala, pero ya estaba negra y su cuerpo hinchado; le dieron a beber un brebaje salutífero y volvió en sí. La tendieron en la cama de Siddhartha, y este permaneció inclinado sobre aquella a la que tanto había amado en otro tiempo. A Kamala le parecía estar soñando, y miró sonriente aquellos rostros amigos, se fue dando cuenta lentamente de su estado, recordó la mordedura, llamó angustiada su hijo.

-Está a tu lado, no te inquietes-dijo Siddhartha.

Kamala le miró a los ojos. Habló con lengua pesada, paralizada por el veneno.

-Has envejecido mucho, querido-dijo-, tienes el pelo blanco. Pero pareces enteramente aquel joven samana que, sin vestidos y con los pies llenos de polvo, se acercó a mi jardín. Te pareces a él mucho más que cuando nos dejaste a Kamaswami y a mí. Te pareces a él en los ojos, Siddhartha. ¡Ah!, yo también envejecí; ¿me recuerdas aún?
Siddhartha sonrió:
-Te reconocí en seguida, amada Kamala.
Kamala señaló a su niño y dijo:
-¿Le reconoces también a él? Es tu hijo.
Sus ojos se enturbiaron y cerraron. El muchacho lloró. Siddhartha le sentó en sus rodillas, le dejó llorar, acarició sus cabellos, y al ver el rostro del niño recordó una oración brahmánica aprendida de pequeño. Lentamente, con voz cantarina, empezó a recitarla; las palabras fluían del pasado y de la infancia. Y con este canturriar la criatura se tranquilizó, hiñó de cuando en cuando y se durmió. Siddhartha le acostó en la cama de Vasudeva. Vasudeva estaba en el fogón y cocía arroz. Siddhartha le dirigió una mirada que él le devolvió sonriendo.
-Se morirá-dijo Siddhartha en voz baja.
Vasudeva asintió con la cabeza; sobre su rostro amistoso jugueteaba el reflejo del fuego del hogar.
Kamala volvió en sí otra vez. El dolor descomponía su rostro; los ojos de Siddhartha leyeron el dolor en su boca, en sus mejillas pálidas. Lo leía tranquilo, atento, esperando, sumergido en su dolor. Kamala lo sentía; su mirada buscó los ojos de él.
-También veo-dijo-que tus ojos han cambiado. Son ahora muy distintos. ¿En qué reconozco que eres Siddhartha? Lo eres y no lo eres.
Siddhartha no dijo nada; sus ojos miraban silenciosos los de ella.
-¿Lo has logrado?-preguntó Kamala-. ¿has encontrado la paz?
El sonrió y puso su mano entre las de ella.
-Lo veo-dijo-. Yo también la encontraré.
-Ya la has encontrado- susurró Siddhartha.
Kamala seguía mirándole a los ojos invariablemente. Pensaba que había querido peregrinar hacia Gotama para contemplar el rostro de un ser perfecto, para respirar su paz, y que en vez de encontrarse con Gotama había dado con Siddhartha, y era igual, enteramente igual que si hubiera llegado a ver al otro. Quería decirle todo esto, pero su lengua ya no obedecía a su voluntad. Le miraba silenciosamente, y él veía apagarse la vida en sus ojos. Cuando el último dolor quebró el brillo de sus ojos, cuando el último estremecimiento recorrió sus miembros, cerró los párpados de la muerta con los dedos.
Allí permaneció sentado un largo rato mirando el rostro como adormecido. Largo rato estuvo contemplando su boca, su boca vieja y fatigada, con los labios que habían adelgazado, y recordó que en otro tiempo, en la primavera de sus años, había comparado aquella boca con un higo abierto. Permaneció mucho tiempo junto a la muerta, leyendo en el pálido rostro, en las fatigadas arrugas; se reconoció en sus rasgos, vio su propio rostro reclinado así, igualmente pálido, igualmente apagado, y vio su rostro y el de ella cuando eran jóvenes, con aquellos labios rojos, con los ojos ardientes, y la sensación del presente y de la simultaneidad le atravesó enteramente,

junto con el sentimiento de la eternidad. Sintió profundamente, más profundamente que otras veces, la indestructibilidad de cada vida, la eternidad de cada instante.
Cuando se incorporó, Vasudeva le tenía preparado un poco de arroz, Pero Siddhartha no quiso comer nada. En el establo donde estaba la cabra, ambos viejos se prepararon un lecho de paja y Vasudeva se echó a dormir. Pero Siddhartha salió fuera y se sentó delante de la choza, escuchando al río, repasando el pasado, conmovido y envuelto por todos los tiempos de su vida. Y de cuando en cuando se levantaba, se acercaba a la puerta de la casa y escuchaba si el niño dormía.
Muy de mañana, mucho antes de que apareciera el sol, salió Vasudeva del establo y se acercó a su amigo.
-No has dormido-dijo.
-No, Vasudeva. Aquí he estado sentado, escuchando el río. Muchas cosas me ha dicho, me ha llenado profundamente de pensamientos saludables, con pensamientos de la unidad.
-Has sufrido un dolor, Siddhartha; y sin embargo veo que no hay tristeza en tu corazón.
-No, querido. ¿Cómo podría estar triste? Yo, que fui rico y feliz, soy ahora más rico y venturoso. Me ha sido regalado mi hijo.
-Bien venido tu hijo a mi casa. Pero ahora pongámonos al trabajo, porque hay mucho que hacer. Kamala ha muerto en el mismo lecho donde murió mi mujer. Levantaremos una pira en la misma colina donde en otro tiempo se alzó la de mi mujer.
Mientras dormía el niño levantaron la pira.

Capítulo X
El hijo

Tímido y lloroso asistió el muchacho al entierro de su madre; sombrío y tímido escuchó decir a Siddharta que le saludaba como a hijo y que se quedaría a vivir con él en la choza de Vasudeva. Permaneció sentado todo el día en la colina de los muertos, pálido, sin querer comer, cerrada la mirada, cerrado el corazón, defendiéndose y resistiéndose contra el destino.
Siddhartha le cuidaba y le dejaba a su libre albedrío, respetando su dolor. Siddhartha comprendía que su hijo no le conocía, que no le podía amar como a un padre.
Lentamente vio y comprendió también que aquel muchacho de once años estaba muy mimado, que había crecido en medio de la opulencia, que estaba acostumbrado a los manjares más finos, a un lecho blando, a mandar a los criados. Siddhartha comprendió que aquel niño entristecido y mimado no podía hacerse de pronto y voluntariamente a convivir con un extraño y a vivir en la pobreza. No le forzó a nada; hacía muchos trabajos por él, buscaba para él los mejores bocados. Pensaba ganarse al niño con amistosa paciencia.
Se consideró rico y feliz cuando llegó a él el niño. Pero como el tiempo pasara y el muchacho siguiera mostrándose extraño y sombrío, como demostrara tener un corazón orgulloso y terco, como no quisiera hacer ningún trabajo, ni respetar a los ancianos,

como se dedicara a robar la fruta a Vasudeva, Siddharta empezó a comprender que con su hijo no había venido a él la dicha y la paz, sino el dolor y las preocupaciones. Pero le amaba y prefería los dolores y preocupaciones del amor que la dicha y la paz sin el muchacho.

Desde que el joven Siddhartha llegó a la choza, los viejos se habían repartido el trabajo. Vasudeva había vuelto a realizar solo el oficio de barquero, y Siddhartha, para estar junto al hijo, se había encargado de la choza y del campo.

Mucho tiempo, muchos meses esperó Siddhartha a que su hijo le comprendiera, a que aceptara su amor, a que le correspondiera quizá. Largos meses esperó Vasudeva observando lo que ocurría, y esperó en silencio. Un día en que el joven Siddhartha había atormentado mucho a su padre con su obstinación y caprichos y le había roto dos platos de arroz, Vasudeva tomó aparte a su amigo por la noche y le dijo:

-Perdóname, pero quiero hablarte con corazón amigo. Veo que te atormentas, veo que tienes una gran pena. Tu hijo, querido, te causa muchos sinsabores, igual que a mí. Este pajarito está acostumbrado a otra vida, a otro nido. No ha huido de la ciudad, como tú, asqueado de las riquezas y de aquella vida, sino que ha tenido que dejar todo aquello en contra de su voluntad. He preguntado al río, oh amigo, le he preguntado muchas veces. Pero el río se ríe, se ríe de mí, se ríe de ti y de mi. Se ríe de nuestra necedad. Las aguas quieren correr hacia las aguas, la juventud hacia la juventud; tu hijo no está en el sitio donde pueda prosperar. ¡Pregunta tú también al río, escúchalo!

Siddhartha miró preocupado al rostro de su amigo, en el cual había muchas arrugas de durable serenidad.

-¿Es que tendré que separarme de él? -preguntó en voz baja, confundido-. ¡Déjame pensarlo algún tiempo, querido! Mira, estoy luchando por él, aspiro a conquistar su corazón, quiero ganarlo con amor y con amistosa paciencia. También el río le hablará a él alguna vez; también él es llamado.

La sonrisa de Vasudeva floreció más calurosa.

-Oh, sí, él también ha sido llamado, él también pertenece a la vida eterna. ¿Pero sabemos tú y yo para qué es llamado, hacia qué camino, hacia qué acciones, hacia qué sufrimientos? No serán pequeños sus dolores, pues su corazón es ya orgulloso y duro; mucho tiene que padecer, mucha ha de extraviarse, muchas injusticias ha de hacer, cometerá muchos pecados. Dime, amigo mío: ¿no educas a tu hijo? ¿No le fuerzas? ¿No le golpeas? ¿No le castigas?

-No, Vasudeva, no hago nada de eso.

-Ya lo sabía. No le fuerzas, no le pegas, no le ordenas, porque sabes que la blandura es más fuerte que la dureza, el agua más fuerte que la roca, el amor más fuerte que la violencia. Está muy bien, te alabo. Pero, ¿no es un error por tu parte creer que no le fuerzas, que no le castigas? ¿No le tienes atado con tu amor? ¿No le averguenzas a diario y se lo haces más grave con tu bondad y paciencia? ¿No obligas a este muchacho orgulloso y mimado a vivir en una choza con dos ancianos que no comen otra cosa que bananas y para los que un plato de arroz es un manjar delicioso, cuyos corazones son viejos y reposados y tienen otro ritmo que el del niño? ¿No está forzado con todo esto?

Siddhartha miró compungido a tierra. Luego preguntó en voz baja:
-¿Qué crees que debo hacer?
Habló Vasudeva:
-Llévale a la ciudad, llévale a la casa de su madre; todavía habrá allí criados, dáselo a ellos. Y si no hay nadie allí llévale a un maestro, no por la instrucción, sino para que se relacione con otros muchachos, con muchachas, con el mundo, que es el suyo. ¿No has pensado en esto?
-Lees en mi corazón- dijo Siddhartha, entristecido-. He pensado en ello con frecuencia. Pero mira, ¿cómo he de entregarlo al mundo no teniendo un corazón puro? ¿No se volverá sensual?, ¿no se perderá en el placer y en el poderío?, ¿no caerá en los mismos errores de su padre?, ¿no se perderá enteramente, quizá en el sansara?
La sonrisa del barquero resplandeció más clara; tocó delicadamente el brazo de Siddhartha y dijo:
-¡Pregunta al río sobre ello, amigo! ¡Escúchale reírse de eso! ¿Crees tú de verdad que cometiste tantas locuras para ahorrárselas a tu hijo? ¿Y podrás proteger a tu hijo del sansara? ¿Con qué? ¿Con lecciones?, ¿con oraciones?, ¿con advertencias? ¿Has olvidado, querido, aquella historia aleccionadora de Siddhartha, el hijo del brahmán, que aquí mismo me contaste una vez? ¿Quién protegió al samana Siddhartha contra el sansara, contra el pecado, contra la codicia, contra la locura? ¿Fueron bastante a defenderle la piedad de su padre, las advertencias de sus maestros, su propia ciencia y su propia virtud? ¿Qué padre o qué maestro le pudo preservar de vivir la vida, de mancharse con la vida, de cargarse con sus pecados, de ahogarse con amargas bebidas, de encontrar su camino? ¿Crees tú, querido, que este camino le es ahorrado a nadie? ¿Quizá a tu hijito, porque le amas y quieres ahorrarle dolores y decepciones? Pero aunque murieras por él diez veces no podrías evitarle la parte más insignificante de su destino.
Nunca había pronunciado Vasudeva tantas palabras. Siddhartha le dio gracias amablemente, entró en la choza preocupado y no pudo conciliar el sueño. Vasudeva no le había dicho nada que no hubiera pensado él mismo. Pero aquel consejo era irrealizable. Más fuerte que aquellas razones era su amor por el hijo, su ternura, su angustia de perderle. ¿Había puesto nunca tanto corazón en ninguna cosa; había amado a nadie así tan ciegamente, tan dolorosamente, tan vanamente y, sin embargo, con tanta felicidad?
Siddhartha no podía seguir el consejo de su amigo, no podía desprenderse de su hijo. Se dejaba mandar por el muchacho, se dejaba despreciar por él. Callaba y esperaba. Empezaba a diario la muda lucha de la amabilidad, la guerra silenciosa de la paciencia. También Vasudeva callaba y esperaba amistosamente, prudentemente, bondadosamente. Ambos eran maestros en la paciencia.
Una vez, como el rostro del niño le recordara el de Kamala, Siddhartha rememoró unas palabras que esta le dirigió en los tiempos de la juventud. "Tú no puedes amar", le había dicho, y él le había dado la razón y se había comparado con una estrella, y a los hombres-niños con las hojas marchitas, y, sin embargo, había sentido también en aquellas palabras un reproche. En realidad nunca se había perdido ni entregado

enteramente a otro ser, nunca se había olvidado tanto de sí mismo, ni había cometido las locuras del amor por culpa de otro; nunca había podido hacerlo, y esto era, como entonces le pareció, la gran diferencia que le separaba de los hombres-niños. Pero ahora, desde que estaba allí su hijo, él también, Siddhartha, se había vuelto un hombre niño que padece por causa de otro, que ama a otro, perdido en un amor, que se ha vuelto loco por causa de un amor. Más tarde sintió también una vez en la vida esta fuerte y extraña pasión; sufrió con ella, sufrió lamentablemente, y sin embargo era dichoso, se sentía renovado por algo, se sentía enriquecido en algo.

Bien sabía que este amor, este ciego amor hacia su hijo era una pasión, algo demasiado humano, un verdadero sansara, una turbia fuente, un agua oscura. No obstante sentía al mismo tiempo que no carecía de valor, que era necesario, que procedía de su propio ser. También este gozo quería ser expiado, también estos dolores querían ser paladeados, también estas locuras querían ser cometidas.

Entre tanto, el hijo le dejaba cometer sus locuras, le embaucaba, le dejaba humillarse a diario ante sus caprichos. Este padre no tenía nada que le encantara y nada que él pudiera temer. Era un buen hombre, un padrazo, bondadoso, quizá demasiado piadoso, quizá un santo; pero todo esto no eran singularidades que pudieran atraer al hijo. Este padre le aburría, este padre que le tenía preso en su miserable choza le aburría, y la más odiosa astucia de este viejo socarrón era que le devolvía sonrisas por sus travesuras, amabilidades por sus insultos, bondad por maldad. El muchacho hubiera preferido que le amenazara, que le maltratara.

Llegó un día en que el sentir del joven Siddhartha se reveló abiertamente contra su padre. Este le había encargado que saliera a recoger leña, pero el muchacho no se movió de la choza, obstinado y furioso, pataleando el suelo, apretando los puños y arrojando a la cara de su padre frases llenas de odio y desprecio.

-¡Ve tú a buscarla!-gritó echando espuma por la boca-. Yo no soy tu criado. Ya sé que no me pegarás; no te atreves a hacerlo. Ya sé que quieres castigarme a todas horas y empequeñecerme con tu piedad e indulgencia. ¡Quieres que yo llegue a ser como tú: tan piadoso, tan apacible, tan sabio! Pero yo, óyelo bien, aunque te duela, ¡prefiero ser un ladrón de caminos y un asesino e irme a los infiernos antes de parecerme a ti! ¡Te odio; tú no eres mi padre, aunque hayas sido el amante de mi madre!

El furor y el odio le hacían proferir terribles insultos contra su padre. Luego escapó corriendo de la choza y no volvió hasta muy entrada la noche.

Pero a la mañana siguiente desapareció. Con él desapareció también una cestita tejida con mimbres teñidas de dos colores, en la que los barqueros guardaban las monedas de cobre y plata que recibían como precio del pasaje de los viajeros. También había desaparecido el bote; Siddhartha lo descubrió al otro lado del río. El muchacho había huido.

-He de seguirle- dijo Siddhartha, que temblaba de pena desde que oyera a su hijo dirigirle aquellos insultos del día anterior-. Un niño no puede andar solo por el bosque. Perecería. Tendremos que armar una balsa, Vasudeva, para atravesar el río.

-Tendremos que armar una balsa-dijo Vasudeva- para recuperar nuestra barca que el joven nos ha robado. Pero a él deberías dejarlo marchar, amigo; ya no es un niño y

sabrá arreglárselas. Busca el camino de la ciudad y hace bien, no olvides esto. Ha hecho lo que tú deberías haber hecho. Con esto procura seguir su camino. Ah, Siddhartha, te veo sufrir, pero sufres unas penas de las que uno se podría reír, de las que tú mismo pronto te reirás.

Siddhartha no respondió. Empuñó el hacha y empezó a construir una balsa con bambúes, y Vasudeva le ayudó a atar los palos con cuerdas de fibras. Luego subieron a ella, la empujaron hasta la otra orilla, deslizándose a favor de la corriente.

-¿Para qué has traído el hacha?-preguntó Siddhartha. Vasudeva dijo:

-Pudiera ser que se hubieran perdido los remos de nuestra barca.

Pero Siddhartha adivinó lo que su amigo pensaba. Pensaba que el muchacho habría tirado al agua los remos, o los habría destrozado, para vengarse o para impedir que le persiguieran. Y, efectivamente, la barca no tenía remos. Vasudeva señaló el fondo de la barca y miró sonriendo al amigo, como si quisiera decirle: "¿Sabes lo que quiere decirte tu hijo? ¿No ves que no quiere ser perseguido?" Pero no lo dijo con palabras. Se puso a labrar unos nuevos remos. Siddhartha se despidió para ir en busca del huido. Vasudeva no se lo impidió.

Cuando Siddhartha llevaba un buen rato caminando por el bosque le vino el pensamiento de que su búsqueda era inútil. "O el muchacho, pensaba, ya había llegado a la ciudad o, si aún estaba en camino, se mantendría oculto de su perseguidor." Y como siguiera pensando halló también que no estaba preocupado por su hijo, que sabía muy bien que su hijo ni había perecido, ni le amenazaba peligro alguno en el bosque. No obstante corrió sin parar, no ya para salvarle, sino por el deseo de volver a verle, quizá por última vez. Y corriendo llegó hasta la ciudad.

Cuando alcanzó la amplia carretera que conducía a la ciudad se detuvo a la puerta de la quinta que perteneció en otro tiempo a Kamala, donde la vio por primera vez sentada en la silla de manos. El pasado surgió en su alma, volvió a verse allí, joven, como un barbudo samana, medio desnudo, con el cabello lleno de polvo. Siddhartha se detuvo allí mucho tiempo mirando por la puerta entreabierta del jardín, viendo pasearse bajo los árboles a los monjes de amarilla túnica.

Allí estuvo un buen rato rememorando la historia de su vida pasada. Largo tiempo estuvo mirando a los monjes, pero en vez de verlos a ellos vio al Siddhartha de aquel tiempo, vio a la joven Kamala paseando bajo los altos árboles. Claramente se vio a sí mismo, cómo fue recibido por Kamala, cómo recibió su primer beso, cómo miró orgulloso y despectivo hacia su bahmanismo, cómo inició su vida mundana lleno de orgullo y deseos. Vio a Kamaswami, vio a los criados, vio los festines, los jugadores de dados, los músicos, el pájaro canoro de Kamala en la jaula; volvió a vivir todo esto, respiró el sansara, volvió a sentirse viejo y fatigado, sintió otra vez el hastío, sintió otra vez el deseo de aniquilarse, sanó una vez más como el santo Om.

Después de haber permanecido mucho tiempo a la puerta del Jardín, Siddhartha pensó que el deseo que le había traído hasta ciudad era un deseo insensato, que no podía ayudar en nada a su hijo, que no podría hacerle volver. Sentía profundamente en su corazón el amor hacia el huido, como una llaga, y sentía al propio tiempo que aquella

llaga no se la habían dado para escarbar en ella, sino para que sangrara y resplandeciera.
Pero le entristeció que, en aquella hora, la llaga no sangrara ni resplandeciera. En el lugar de la meta del deseo que le había traído hasta aquí halló el vacío. Triste se dejó caer al suelo, sintió morir algo en su corazón, sintió el vacío, no vio ya alegría alguna, ningún fin. Estaba hundido en sus reflexiones y esperó. Esto había aprendido en el río: esperar, tener paciencia, escuchar. Y allí estaba escuchando, sentado en el polvo de la carretera, escuchando su corazón cómo latía fatigado y triste, esperando una voz. Así permaneció muchas horas escuchando, no vio ya más imágenes, se hundió en el vacío, dejóse caer sin descubrir un camino. Y cuando sintió arder la llaga pronunció en voz baja el Om, sintióse sumergido en el Om. Los monjes del jardín le vieron, y como llevara allí sentado varias horas y el polvo empezara a cubrir sus cabellos, uno se llegó hasta él y puso delante de Siddhartha dos bananas. El anciano lo miró.
De este envaramiento le sacó una mano que le tocó en el hombro. Pronto reconoció este contacto delicado y honesto y volvió en sí. Se levantó y saludó a Vasudeva, que le había seguido. Y cuando miró al rostro amigo de Vasudeva, a las diminutas arrugas iluminadas por una sonrisa, a los ojos alegres, sonrió también. Vio ahora las dos bananas delante de él, las recogió, dio una al barquero y se comió la otra. Después se volvió silencioso hacia el bosque con Vasudeva, atravesó el río en la barca y entró en casa. Ninguno habló de lo que hoy había sucedido, ninguno pronunció el nombre del muchacho, ninguno habló de su huida, ninguno habló de la llaga. Siddhartha se tendió en su lecho, y cuando, al cabo de un rato, Vasudeva se acercó a ofrecerle un tazón de leche de coco, le halló dormido.

Capítulo XI
Om

La llaga ardió mucho tiempo. Siddhartha tuvo que pasar el río a muchos caminantes que traían consigo un hijo o una hija, y a ninguno de ellos veía sin envidiarlos, sin que pensara: "Cientos, miles de personas poseen el más preciado tesoro. ¿Y por qué yo no? Hasta los malos, hasta los ladrones y asesinos tienen hijos, y los aman, y son amados por ellos, y yo no." Así pensaba, tan simplemente, tan sin razón; se había vuelto semejante a los hombres-niños.
Ahora veía a los hombres de diverso modo que antes, menos ladinos, menos orgullosos y, por tanto, más calurosos, más curiosos, más interesados por sus semejantes. Cuando pasaba el río a los caminantes en la forma acostumbrada, hombres-niños, negociantes, soldados, mujeres, ya no le parecían gentes extrañas como antes; los comprendía, los comprendía y compartía no solo sus pensamientos y puntos de vista, sino también los impulsos y deseos que impelían sus vidas; sentía como ellos. Aunque estaba cerca de la perfección y le apenaba su última desgracia, le parecía que todos aquellos hombres-niños eran sus hermanos; sus vanidades, codicias y ridiculeces perdían para él lo que tenían de ridículo, se habían vuelto más

comprensibles, más dignos de ser amados, y hasta más dignos de estimación. El ciego amor de una madre hacia su hijo, el estúpido y ciego orgullo de un padre presumido por su único hijito, la ciega y salvaje tendencia a adornarse y a agradar a los hombres de una mujer joven y vanidosa; todos estos impulsos, todas estas niñerías, todos estos anhelos y codicias simples, insensatos, pero monstruosamente fuertes, vivos, operantes, ya no eran para Siddhartha ninguna niñería; veía que los hombres vivían por ellos, por ellos trabajaban, viajaban, hacían la guerra, lo sufrían todo, todo lo soportaban, y por ellos podía amarlos, veía la vida, lo viviente, lo indestructible, el Brahma en cada una de sus pasiones, en cada uno de sus actos. Estos hombres eran dignos de ser amados y admirados por su ciega fidelidad, por su ciega reciedumbre y tenacidad. Nada les faltaba, en nada les aventajaba el sabio y el pensador más que en una futilidad, en una sola cosa: en que tienen conciencia de la unidad de toda vida. Y Siddhartha dudaba muchas veces si este saber, estos pensamientos, merecían ser estimados tanto o si no serían más que una niñería del hombre pensador, del hombre-niño pensador. En todo lo demás, los hombres del mundo y el sabio eran de la misma condición; con frecuencia eran muy superiores a él, como en muchas ocasiones podían parecer superiores las bestias a los hombres, en su tenaz y recto obrar impuesto por la necesidad.

Lentamente fue floreciendo y madurando en Siddhartha la conciencia de lo que era en realidad la ciencia, de lo que era en realidad la sabiduría, de lo que era en realidad la meta de su larga búsqueda. No era otra cosa que una disposición del alma, una facultad, un arte secreto, de poder pensar en cada momento, en medio de la vida, en la idea de la unidad, de poder sentir y respirar la unidad. Floreció lentamente en él, resplandeció en las facciones del rostro infantil de Vasudeva: armonía, conciencia de la eterna perfección del mundo, sonrisas, unidad.

Pero la herida seguía ardiendo; con amargura y añoranza pensaba Siddhartha en su hijo, alimentaba su amor y ternura en su corazón, dejaba que el dolor le mordiera y cometió todas las locuras del amor. Aquella llama no se apagaba.

Y un día en que la llaga ardía poderosamente, Siddhartha se fue al río, empujado por la añoranza; montó en la barca con intención de ir a la ciudad y buscar a su hijo. El río se deslizaba blandamente, era la estación seca, pero su voz sonaba extrañamente: ¡se reía! Se reía claramente. El río reía, se reía claramente del barquero. Siddhartha se detuvo, se inclinó sobre el agua para escuchar mejor, y en las mansas aguas vio reflejado su rostro, y en aquel retrato había algo que le hacía recordar algo olvidado, y haciendo un esfuerzo de imaginación lo encontró: este rostro se parecía a otro que en otro tiempo había conocido, amado y hasta temido. Se parecía al rostro de su padre, al rostro del brahmán. Y recordó cómo siendo joven había obligado a su padre a permitirle irse con los penitentes, cómo se despidió de él, cómo se fue y no volvió más. ¿No había sufrido su padre el mismo dolor por él que ahora él sufría por su hijo? ¿No hacía ya mucho tiempo que su padre había muerto, solo, sin haber vuelto a ver a su hijo? ¿No debía él esperar este mismo destino? ¿No era esto una comedia, una extraña cosa, esta repetición, este correr en un círculo nefasto?

El río se reía. Sí, así era; se repetía lo que no había sido sufrido hasta el fin y solucionado; sufriría siempre los mismos dolores. Pero Siddhartha volvió a empuñar los remos y bogó hacia la choza, pensando en su padre, pensando en su hijo, sintiendo que el río se reía de él, en desacuerdo consigo mismo, abocado a la desesperación, y no menos dispuesto a reírse en voz alta de sí y de todo el mundo. ¡Ah!, ya no florecía la llaga, ya se rebelaba su corazón contra el destino, ya no irradiaba su dolor alegría y victoria. Sin embargo, sintió esperanzas, y en llegando a la choza, sintió un irrefrenable deseo de abrir su pecho a Vasudeva, de mostrarle todo al maestro de los oyentes, de decírselo todo.

Vasudeva esta sentado en la choza y tejía un cesto. Ya no conducía la barca, sus ojos empezaban a debilitarse, y no solo sus ojos, sino también sus brazos y manos. Solo permanecían inmutables y florecientes la alegría y la benevolencia de su rostro. Siddhartha se acercó al anciano y empezó a hablar lentamente. Habló de lo que nunca habían hablado, de su ida a la ciudad aquella vez, de la ardiente llaga, de su envidia al ver a los otros padres felices, de su conocimiento de la locura de semejantes deseos, de su lucha inútil contra ellos. Todo lo relató, todo lo dijo, aun lo más penoso; todo se dejó decir, todo se dejó mostrar; pudo referirlo todo. Descubrió su llaga, refirió también su huida de hoy, su marcha por el río, una escapada infantil; su intención de llegarse hasta la ciudad, y cómo el río se había reído.

Mientras hablaba, y habló mucho; mientras Vasudeva le escuchaba con rostro sereno, Siddhartha sintió que su oyente le escuchaba con más atención de costumbre, que sus dolores, sus angustias, le penetraban, que sus secretas esperanzas le traspasaban, volvían a él desde el otro lado. Mostrar su llaga a este oyente era como bañarla en río hasta que se enfriara y fuera una sola cosa en el río. Mientras hablaba, mientras le informaba y se confesaba, Siddhartha sintió que aquel no era Vasudeva, que aquel no era un hombre que le escuchaba, que aquel oyente inmóvil embebía su confesión como un árbol la lluvia, que aquel ser inmóvil era el mismo río, el mismo Dios, el mismo Eterno. Y cuando Siddhartha cesó de pensar en sí y en su llaga, se apoderó de él la noción de cambio operado en Vasudeva, y cuanto más pensaba en ello, tanto menos milagroso le parecía, tanto más comprendía que todo estaba en orden y era natural que Vasudeva desde hacía mucho tiempo, casi desde siempre, había sido siempre así, que él mismo no se había dado cuenta de ello, y que él no era muy distinto del otro. Sentía que miraba ahora al viejo Vasudeva como el pueblo mira a los dioses, y que aquello no podía durar; empezó a despedirse de Vasudeva con el corazón. Y siguió hablando.

Cuando terminó de hablar, Vasudeva levantó su mirada afable y algo fatigada hacia él; no habló, le lanzó una oleada de silencioso amor y serenidad, de comprensión y entendimiento. Cogió la mano de Siddhartha, le llevó hasta la orilla del río, se sentó con él en tierra y sonrió a las aguas.

-Le has oído reír-dijo-. Pero no lo has oído todo. Escuchemos y oirás algo más.

Prestaron atención. Claramente se oía el polífono canto del río. Siddhartha miró a las aguas, y sobre ellas distinguió unas figuras: vio a su padre, solo, entristecido por el hijo; se vio a sí mismo, solo trabado por los lazos de la añoranza del hijo lejano; vio a su hijo, solo también, precipitándose por el camino ardiente de sus jóvenes deseos, cada

cual dirigido hacia su fin, todos sufriendo. El río cantaba con su voz dolorosa, cantaba vehemente, corría vehemente hacia su destino, su voz sonaba quejumbrosa.
-¿Oyes?-preguntó Vasudeva, con una mirada muda. Siddhartha asintió.
-¡Escucha mejor!-susurró Vasudeva.
Siddhartha se esforzó en escuchar con más atención. La imagen del padre, su propia imagen, la imagen de su hijo, se fundían unas con otras; también apareció la imagen de Kamala y se fundió, y la imagen de Govinda, y otras imágenes, y todas sobrenadaban en las aguas, formando un río, añorantes, codiciosas, sufrientes, y la voz del río sonaba anhelante, llena de dolor, llena de intranquilo deseo. El río caminaba hacia su término; Siddhartha veía el río formado por él y los suyos y todos los hombres que había visto antes, todas las olas y aguas, apresurarse dolorosamente hacia sus fines, muchos fines, hacia la cascada, el lago, la torrentera, el mar, y todos los fines eran alcanzados, y a cada uno le sucedía otro, y las aguas desprendían vapores que ascendías hacia el cielo, ya fuera fuente, arroyo, río, esforzándose de nuevo, corriendo de nuevo. Pero la voz anhelante había cambiado. Seguí sonando dolorosamente; pero otras voces se le unían, voces de alegría y dolor, voces buenas y malas, rientes y tristes, cientos de voces, miles de voces.
Siddhartha escuchó. Escuchaba ahora con toda atención, enteramente vació, absorbiéndolo todo; sentía que al fin había aprendido a escuchar. Ya otras muchas veces había oído todo esto, todas aquellas voces en el río; pero hoy sonaban de modo distinto. Ya no sabía distinguir aquellas numerosas voces, ni las alegres de las llorosas, ni las infantiles de las de los hombres; pertenecían a todos juntos, lamentos del que añora, risas del sabio, gritos del colérico y gemidos del moribundo; todo era uno, todo entremezclado y enredado mil veces. Y todo junto, todas las voces, todos los fines, todos los anhelos, todos los dolores, todos los goces, todo lo bueno y lo malo, todo junto formaba el mundo. Todo ello formaba el río del acaecer, la música de la vida. Y aunque Siddhartha escuchaba atentamente este río, esta canción a mil voces; aunque no oía el dolor ni la risa, aunque no acordaba su alma a ninguna voz ni penetraba con su yo en ellas, sino que escuchaba el todo, percibía la unidad, y la gran canción de las mil voces venía a concentrarse en una sola palabra, que se llamaba Om: la perfección.
-¿Oyes?-volvió a preguntar la mirada de Vasudeva. La sonrisa de Vasudeva resplandecía luminosamente; sobre todas las arrugas de su viejo rostro se cernía esta sonrisa, como sobre todas las voces del río flotaba el Om. Su sonrisa resplandecía luminosa cuando miró al amigo, y luminosamente brilló también en la cara de Siddhartha la misma sonrisa. Su llaga florecía, su dolor lanzaba destellos, su yo se había fundido en la unidad.
En esta hora cesó Siddhartha de luchar con el Destino, cesó de padecer. En su rostro floreció la serenidad del saber, al que no se opone ninguna voluntad, que conoce la perfección, que está de acuerdo con el río del devenir, con la corriente de la vida, lleno de compasión, lleno de gozo compartido, entregado a la corriente, perteneciente a la unidad.

Cuando Vasudeva se levantó de su asiento en la orilla, cuando miró a Siddhartha a los ojos y vio brillar en ellos la serenidad del saber, le tocó el hombro suavemente con la mano, como tenía por costumbre, y dijo:
-He estado esperando esta hora, querido. Ha llegado ya, déjame ir. He esperado mucho tiempo este instante, he sido mucho tiempo el barquero Vasudeva. Ya basta. ¡Adiós, choza, adiós, río; adiós, Siddhartha!
Siddhartha se inclinó profundamente ante el que se despedía.
-Lo esperaba-dijo en voz baja-. ¿Te vas al bosque?
-Me voy al bosque, me voy hacia la Unidad-dijo Vasudeva, radiante.
Se alejó, radiante; Siddhartha le siguió con la mirada. Le miraba alejarse con profunda alegría; con profunda seriedad contempló su paso lleno de paz, su cabeza llena de resplandores, su figura llena de luz.

Capítulo XII
Govinda

Govinda permaneció algún tiempo, con otros monjes, durante un descanso en la finca de recreo que la cortesana Kamala había regalado a los discípulos de Gotama. Oyó hablar de un viejo barquero, que vivía en el río a una jornada de distancia y que era tenido por sabio. Cuando Govinda reemprendió el camino, eligió el que pasaba por la choza del barquero, curioso por conocerle. Aunque siempre había vivido según la regla, aunque los monjes de su edad y de su discreción le miraban con respeto, en su corazón no se había extinguido la intranquilidad y el afán de buscar.
Llegó al río, rogó al viejo que le pasara al otro lado, y cuando bajaron de la barca, dijo al anciano:
-Muchas amabilidades has tenido para con nosotros los monjes y peregrinos; a muchos de nosotros has llevado en tu barca. ¿No eres tú también, barquero, uno que anda buscando el recto sendero?
Habló Siddhartha, sonriendo con los ojos ancianos:
-¿Andas buscándolo tú también, ¡oh venerable!, a pesar de tus años y del hábito de monje de Gotama que llevas?
-Es cierto que soy viejo-habló Govinda- para andar buscando, pero no he dejado de hacerlo. Nunca cesaré en la búsqueda, ese es mi parecer. Tú también, me parece, has buscado. ¿Quieres decirme algo, honorable anciano?
Habló Siddhartha:
-¿Qué puedo yo decirte, venerable amigo? ¿Quizá que buscas demasiado? ¿Qué por tanto buscar no encuentras nada?
-¿Cómo es eso?-preguntó Govinda.
-Cuando alguien busca-dijo Siddhartha-, suele ocurrir fácilmente que sus ojos solo ven la cosa que anda buscando, que no puede encontrar nada, que no deja entrar nada dentro de él, porque siempre está pensando en la cosa buscada, porque tiene un fin, porque está poseído por este fin. Buscar significa tener un fin. Pero encontrar quiere

decir ser libre, estar abierto a todo, no tener un fin. Tú venerable, quizá eres en realidad un buscador, pero aspirando a tu fin no ves muchas de las cosas que están cerca de tus ojos.
-Sigo sin entenderte-dijo Govinda-. ¿Qué quieres decir?
Habló Siddhartha:
-En otro tiempo, ¡oh venerable!, hace muchos años, estuviste otra vez en este río, y encontraste en sus orillas un durmiente, y te sentaste junto a él para velar su sueño. Pero no le reconociste, ¡oh Govinda!
Asombrado, como un encantado, el monje miró a los ojos del barquero.
-¿Eres Siddhartha?-preguntó con voz tímida-. ¡Tampoco te he reconocido esta vez! ¡Te saludo con todo el corazón, Siddhartha; cordialmente me alegro de volver a verte! Has cambiado mucho, amigo. ¿Y te has hecho barquero?
Siddhartha sonrió afablemente.
-Sí, un barquero. Muchos deben cambiar mucho, Govinda; deben llevar toda clase de vestimentas, y uno de esos soy yo, querido. Se bien venido, Govinda, y quédate esta noche en mi choza.
Govinda pasó la noche en la choza y durmió en el lecho que había sido antes de Vasudeva. Muchas preguntas hizo al amigo de su juventud, mucho hubo de contarle Siddhartha de su vida.
A la mañana siguiente, cuando llegó la hora de continuar las peregrinación, Govinda preguntó, no sin vacilaciones:
-Antes de partir, Siddhartha, permíteme que te haga una pregunta más. ¿Tienes una doctrina? ¿Tienes una fe o una ciencia que seguir para que te ayude a vivir y a hacer el bien?
Habló Siddhartha:
-Ya sabes, querido, que cuando era joven, cuando vivíamos entre los penitentes del bosque, solía desconfiar de las doctrinas y de los doctrinarios y solía volverles las espaldas. Sigo siendo igual. Sin embargo, he tenido desde entonces muchos maestros. Una hermosa cortesana fue mucho tiempo mi maestra, y un rico comerciante fue mi maestro, y algunos jugadores de dados. Una vez también lo fue un joven Buda caminante; se sentó junto a mí, una vez que me quedé dormido en el bosque, durante una peregrinación. También de él aprendí, también le estoy agradecido, muy agradecido. Pero donde más he aprendido es en este río y de mi antecesor, el barquero Vasudeva. Era un hombre muy sencillo, no era ningún pensador, pero sabía lo necesario; era tan bueno como Gotama, era un perfecto, un santo.
Dijo Govinda:
-Me parece, Siddhartha, que, como siempre, bromeas un poco. Ya sé, y te creo, que nunca has seguido a un maestro. Pero ¿no has encontrado por ti mismo, aunque no sea una doctrina, algunos pensamientos, algunos conocimientos, que te sean propios y te ayuden a vivir? Si pudieras hablarme de ellos, me llenarías el corazón de ventura.
Habló Siddhartha:
-Sí, he tenido pensamientos y conocimientos a veces. He sentido en mí, durante una hora o durante todo un día, muchas veces la ciencia como se siente la vida en el

corazón. Muchos eran pensamientos, pero me sería difícil comunicártelos. Mira, Govinda mío: este es uno de los pensamientos que he encontrado: La sabiduría no es comunicativa. La sabiduría que un sabio intenta comunicar suena siempre a necedad.
-¿Bromeas?-preguntó Govinda.
-No bromeo. Digo lo que he hallado. Se pueden transmitir los conocimientos, pero la sabiduría no. Se la puede encontrar, se la puede vivir, se puede ser arrastrado por ella, se puede hacer con ella milagros, pero no se la puede expresar y enseñar. Esto era lo que ya de pequeño sospeché muchas veces, lo que me apartó de los maestros. He encontrado un pensamiento, Govinda, que podrás tomar a broma o por sandez, pero que es mi mejor pensamiento. Es el que dice: "¡Lo contrario de cada verdad es igualmente cierto1" O sea, una verdad solo se deja expresar y cubrir con palabras cuando es unilateral. Unilateral es todo lo que puede ser pensado con pensamientos y dicho con palabras; todo unilateral, todo parcial, todo carece de integridad, de redondez, de unidad. Cuando el sublime Gotama, enseñando, hablaba del mundo, lo dividía en sansara y nirvana, en mentira y verdad, en dolor y liberación. No hay otra solución, no hay otro camino para el que quiere enseñar. Pero el mundo mismo, el que existe a nuestro alrededor y dentro de nosotros, no es unitarelal. Un hombre nunca es enteramente sansara o enteramente nirvana, nunca es un hombre enteramente santo o enteramente pecador. Parece que es así, porque estamos debajo del poder del engaño de que el tiempo es algo real. Pero el tiempo es una cosa ficticia, Govinda, lo he comprobado muchas veces. Y si el tiempo no es real, el breve espacio de tiempo que parece haber entre el mundo y la eternidad, entre el dolor y la bienaventuranza, entre el mal y el bien, también es un engaño.
-¿Cómo es eso?-preguntó Govinda, angustiado.
-Escúchame, Govinda, ¡escúchame bien! El pecador, como yo o como tú, es pecador, pero antes volverá a ser otra vez Brahma, habrá de alcanzar antes el nirvana, habrá de ser antes Buda. Y ahora mira: ¡este antes es una ilusión, es una parábola! El pecador no está en camino de convertirse en Buda, no está realizando un desenvolvimiento, aunque nuestro pensamiento no sepa representarse la cosa de otro modo. No, en el pecador está hoy y siempre el futuro Buda, su destino está todo entero en él, tú puedes adorar al Buda oculto, en ti, en todo el que existe. El mundo, amigo Govinda, no es imperfecto o en camino de perfecciones lentamente: no, es en cada momento perfecto, todo pecado trae en sí la gracia, todo niño lleva ya en sí al anciano; todo mamoncillo, la muerte; todo moribundo, la vida eterna. A ningún hombre le es posible ver cuánto ha progresado otro hombre en su camino; Buda espera en los ladrones y jugadores de dados, en el brahmán espera el ladrón. En la meditación profunda hay la posibilidad de anular el tiempo, de ver la vida pretérita, la presente y la futura, simultáneamente, y todo esto es bueno, perfecto; todo es Brahma. Por esto, todo lo que es me parece bueno, así la muerte como la vida, el pecado como la santidad, la cordura como la insensatez; todo debe ser así, todo necesita solamente mi aprobación, mi consentimiento, mi amable comprensión; de esta forma es bueno para mí, nunca puede dañarme. He aprendido en mi cuerpo y en mi alma que necesito mucho el pecado, que necesito el placer, el deseo de los bienes, la vanidad, y necesito la ignominiosa

desesperación para aprender a renunciar a toda resistencia, para aprender a amar al mundo, para no volverlo a compara con cualquiera de los mundos deseados o ensoñados por mí, con cualquiera de las formas de perfección pensadas por mí, sino dejarlo como es, amarlo tal cual es y pertenecer gustosamente a él. Estos son, ¡oh Govinda!, algunos de los pensamientos que se me han ocurrido.
Siddhartha se agachó cogió una piedra del suelo y la sopesó en la mano.
-Esto-dijo, jugando con ella- es una piedra, y con el tiempo será quizá tierra, y de tierra se convertirá en planta, o en animal o en hombre. En otro tiempo yo hubiera dicho: "Esta piedra es simplemente piedra, carece de valor, pertenece al mundo de Maya; pero porque puede convertirse quizá en el ciclo de las transmutaciones, en cuerpo y alma, le doy también valor." Así habría pensado antes quizá. Pero hoy pienso así: esta piedra es piedra, es también animal, es también Dios, es también Buda, no la reverencio y amo porque puede convertirse en esto y lo otro, sino porque lo es todo por siempre jamás, y precisamente por esto, por ser piedra, por ahora se me aparece como piedra; por esto precisamente la amo y veo valor y sentido en cada una de sus vetas y poros, en sus amarillos y grises, en su dureza, en el sonido que produce cuando la golpeo, en la humedad o sequedad de su superficie. Hay piedras que al tacto parecen como de aceite o jabón; y otras como hojas, otras como arena, y cada cual es distinta y reza el Om a su manera, cada una es Brahma, pero al mismo tiempo es piedra, aceitosa o jabonosa, y esto es precisamente lo que me agrada y me parece maravilloso y digno de adoración. Pero no quiero hablar más de esto. Las palabras no benefician en nada al sentido oculto, lo que es siempre igual debe ser siempre algo distinto cuando se lo expresa, se debe falsear un poco, se debe presentar de un modo un poco extravagante. Si, y esto también es muy bueno y me agrada mucho, con esto también estoy muy de acuerdo: que lo que para un hombre tiene mucho valor y está lleno de cordura, para otro siempre suena a sandez.
Govinda escuchaba silencioso.
-¿Por qué me has dicho lo de la piedra?-preguntó, vacilante, después de una pausa.
-Lo dije sin intención. O quizá porque amo a la piedra y al río y a todas estas cosas que vemos y de las cuales podemos aprender. Yo puedo amar a una piedra, Govinda, y también a un árbol o a un trozo de corteza. Pero no puedo amar las palabras. Por eso las doctrinas no son para mí, no tienen dureza, no tienen peso ni color, ni aristas, ni olor, ni gusto; no tienen más que palabras. Quizá sea esto lo que te impide encontrar la paz, quizá sean las muchas palabras. Pues también son simples palabras redención y virtud, sansara y nirvana. No hay ninguna cosa que sea nirvana; solo hay la palabra nirvana.
Habló Govinda:
-El nirvana, amigo, no es solo una palabra. Es un pensamiento.
Siddhartha prosiguió:
-Un pensamiento, ciertamente. He de confesarte, querido, que no hallo mucha diferencia entre pensamiento y palabra. Dicho con más claridad, no espero mucho de los pensamientos. Espero más de las cosas. Aquí, en esta barca, por ejemplo, había un hombre, mi antecesor y maestro, un santo varón que ha creído muchos años en el río,

casi en nada. Ha notado que la voz del río le hablaba, de ella aprendió, ella le educó y enseñó; el río era un dios para él; durante muchos años ignoró que cada viento, cada nube, cada pájaro, cada escarabajo es tan divino y tan sabio y puede enseñar tanto como el reverenciado río. Cuando este santo varón se fue al bosque, lo sabía todo; sabía más que tú y que yo, sin haber tenido maestros, sin libros, solo por haber creído en el río.

Govinda dijo:

-Pero todo eso que tú llamas cosas, ¿es algo real, algo sustancial? ¿No será solo un engaño de Maya, no será más que imagen y apariencia? Tu piedra, tu árbol, tu río, ¿son, pues, realidades?

-Eso tampoco me preocupa mucho-dijo Siddhartha-. Las cosas pueden ser apariencia o no, yo también lo seré entonces, y siempre serán mis iguales. Esto es lo que las hace ser amadas y dignas de veneración para mí: que son mis iguales. Por esto puedo amarlas. Y esto forma una doctrina de la que puedes reírte: el amor, ¡oh Govinda!, me parece ser el motivo de todo. Examinar el mundo, explicarlo, despreciarlos, es posible que sea tarea de los grandes pensadores. Pero a mí solo me queda poder amar al mundo, no despreciarlo, no odiar ni al mundo ni a mí; poder observarle a él y a mí y a todos los seres con amor y admiración y respeto.

-Esto lo comprendo bien-dijo Govinda-. Pero precisamente esto es lo que el sublime reconoce como engañoso. Exige bondad, indulgencia, padecimiento, pero no amor; nos prohibe encadenar nuestro corazón con el amor por las cosas terrenales.

-Ya los sé-dijo Siddhartha; su sonrisa resplandecía áurea-. Ya lo sé, Govinda. Y mira: ya estamos en medio de la espesura de las opiniones, en una batalla de palabras. Pues no puedo negar que mis palabras sobre el amor está en contradicción, en aparente contradicción con las palabras del Gotama. Precisamente por esto desconfío tanto de las palabras, pues sé que esta contradicción es aparente. Sé que soy una sola cosa con Gotama. ¡Cómo, entonces, no ha de conocer El el amor; El, que ha conocido la existencia humana en su caducidad, en su nulidad, y, sin embargo, amó tanto a los hombres que empleó toda una larga y penosa vida en ayudarlos, en instruirlos! También en él, también en tu gran maestro, amo más la cosa que las palabras; sus acciones y su vida son más importantes que sus discursos, son más importantes sus ademanes que sus opiniones. Veo su grandeza no en sus discursos ni en sus pensamientos, sino en sus actos, en su vida.

Los dos ancianos permanecieron largo tiempo en silencio. Luego habló Govinda, en tanto se inclinaba como despedida.

-Te doy gracias, Siddhartha, por haberme comunicado tus pensamientos. Son, en parte, extraños; no todos los he comprendido en seguida. Sea como sea, te lo agradezco, y te deseo días tranquilos.

Pero pensó secretamente para sí: "Este Siddhartha es un hombre extraordinario; tiene pensamientos extraños, su doctrina suena a demencia. No suena así la doctrina del sublime, que es pura, clara, comprensible; que no contiene nada loco o risible. Pero las manos y pies de Siddhartha, sus ojos, su frente, su alentar, su sonrisa, su saludo, su paso, me parecen distintos a sus pensamientos. Nunca, desde que nuestro sublime

Gotama penetró en el nirvana, he encontrado un hombre ante el cual haya dicho: "¡Este es un santo!" Solo él, este Siddhartha, me lo ha parecido. Su doctrina puede aparecerme extraña, sus palabras pueden sonar alocadas, pero su mirada y sus manos, su piel y sus cabellos, todo en él respira pureza, expande paz, irradia serenidad y dulzura y santidad, lo que no he visto en ningún otro hombre desde la última muerte de nuestro sublime maestro."

Mientras Govinda pensaba así, y en su corazón nacía la contradicción, volvió a inclinarse ante Siddhartha a impulsos del amor. Se inclinó profundamente ante el que seguía sentado con toda tranquilidad.

-Siddhartha-dijo-, hemos envejecido. Difícilmente volverá ninguno de nosotros a ver al otro bajo esta forma. Veo, querido, que has encontrado la paz. Reconozco que yo no la he encontrado. Dime algo más, venerable, ¡dame algo que yo pueda coger y comprender! Dame algo para el camino. Con frecuencia, mi camino es difícil, tenebroso, Siddhartha.

Siddhartha calló y le miró con su sonrisa tranquila. Govinda le miró fijamente a la cara, con angustia, con ansia. En sus ojos aparecía escrito el dolor y el eterno buscar, el eterno no encontrar.

Siddhartha le miró y sonrió.

-¡Inclínate sobre mi!-susurró al oído de Govinda-. ¡Inclínate más sobre mí! ¡Así, más cerca! ¡Muy cerca! ¡Bésame en la frente, Govinda!

Pero mientras Govinda, admirado e impulsado, sin embargo, por un gran amor y los presentimientos, obedecía sus palabras, inclinándose sobre él y rozando su frente con los labios, le sucedió algo maravilloso. Mientras su pensamiento estaba ocupado todavía con las palabras prodigiosas de Siddhartha, mientras se esforzaba en vano y con cierta resistencia en pensar más allá del tiempo, en imaginarse el nirvana y el sansara como una sola cosa, mientras luchaban dentro de él cierto desprecio para las palabras del amigo con un inmenso amor y reverencia, sucedióle esto:

Dejó de ver el rostro de su amigo Siddhartha, y en su lugar vio otros rostros, muchos, una larga serie, un caudaloso río de rostros, cientos, miles de ellos, que llegaban y pasaban, y sin embargo, todos parecían permanecer, aunque se renovaban y cambiaban continuamente, y todos eran Siddhartha. Vio el rostro de un pez, de una carpa, con las fauces dolorosamente distendidas; un pez moribundo, con los ojos quebrados; vio el rostro de un niño recién nacido, rojo y lleno de arrugas, predispuesto al llanto; vio el rostro de un asesino, al que vio clavar un cuchillo en el vientre de un hombre; vio en el mismo segundo a este criminal, arrodillado y cargado de cadenas, ofreciendo el cuello al verdugo, que le decapitó de un golpe de espada; vio los cuerpos desnudos de hombres y mujeres entregados a furiosas luchas de amor; vio cadáveres extendidos, quietos, fríos, vacíos; vio cabezas de animales, de cerdos, de cocodrilos, de elefantes, de toros, de pájaros; vio dioses, Krischnas, Agnis; vio todas estas figuras y rostros en mil relaciones entre ellas, ayudándose mutuamente, amándose, odiándose, destruyéndose, volviendo a nacer; cada una era un deseo de morir, un apasionado y doloroso testimonio de caducidad, y sin embargo, ninguno moría, solo se transformaba, volvía a nacer, recibía siempre un nuevo rostro, sin que mediara tiempo

alguno entre uno y otro rostro, y todas estas figuras y rostros descansaban, fluían, se engendraban, flotaban y discurrían unos sobre otros, y sobre todo ello había contantemente algo sutil, incorpóreo, pero existente, como un fino cristal o hielo, como una piel transparente, una campana, forma o máscara de agua, y esta máscara sonreía, y esta máscara era el rostro sonriente de Siddhartha, que él, Govinda, en este mismo instante rozaba con los labios. Y de esta forma, Govinda vio esta sonrisa de la máscara, esta sonrisa de la unidad sobre las figuras que pasaban, esta sonrisa de la simultaneidad sobre los mil nacimientos y muertes; esta sonrisa tranquila, fina, impenetrable, quizá bondadosa, quizá burlesca, sabia, múltiple, de Gotama, el Buda, como él mismo la había visto cien veces con reverencia. Así sonreían los que habían alcanzado la perfección, como él bien sabía.

No sabiendo ya el tiempo que había transcurrido, si aquella visión había durado un segundo o cientos de años, no sabiendo si aquello era propio de Siddhartha o de Gotama, o del yo y tú; herido en lo más íntimo como por una saeta divina, cuya punzada sabía dulce; íntimamente encantado y redimido, Govinda permaneció todavía un momento inclinado sobre el rostro de Siddhartha, que acababa de besar, que acababa de ser escenario de todas las figuras, de todo ser y existir. El rostro estaba inmutable; después de haberse vuelto a cerrar bajo la superficie la profundidad de las mil arrugas, sonreía tranquilo, sonreía suave y delicadamente, quizá muy bondadoso, quizá muy burlesco, exactamente como había sonreído el sublime.

Govinda se inclinó profundamente, corrieron las lágrimas, de las que no se dio cuenta, por su viejo rostro; como un fuego ardió el sentimiento del más íntimo amor, de la más humilde veneración, en su corazón. Se inclinó profundamente hasta tierra, ante el sedente inmóvil, cuya sonrisa le recordaba todo lo que había amado en la vida, lo que en su vida había sido de valor y santo.

FIN DE

"SIDDHARTHA"